
¡Auxilio!
MI JEFE ES UN
BÁRBARO
Olga Andreu

¡Auxilio!

MI JEFE ES UN BÁRBARO

Olga Andreu

Copyright © 2025 OLGA ANDREU

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, septiembre 2025.

Título Original: ¡Auxilio! Mi jefe es un Bárbaro

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

Epílogo

SERÍE JEFES NÓRDICOS

Amar no es mirarse el uno al otro, sino mirar juntos en la misma dirección...

1

El sueco congelado

Alexander

Sevilla huele a azahar y a café recalentado. El azahar es un lujo de la primavera. El café, cortesía de la máquina infernal de la oficina. Y yo, Rocío Romero, estoy preparada para lo que se supone que va a ser *el gran día:* conocer a mi nuevo jefe.

Un sueco.

Sí, un sueco en Sevilla.

El chiste se cuenta solo.

Dicen que es un genio de las finanzas, que viene de Estocolmo con un máster en eficiencia y cero en paciencia. Lo han mandado desde Suecia porque la filial de Sevilla llevaba meses en números rojos y necesitaban a alguien *frío y objetivo* para poner orden, aunque aquí lo vemos más como un invasor que como un salvador. Y, por si fuera poco, se rumorea que sonríe menos que el cajero del Mercadona a las diez de la noche.

—Respira, Rocío —me digo en el ascensor, mientras intento que el moño no se me venga abajo—. Que tampoco es un superhéroe nórdico de cómic.

Aunque, si es rubio, alto y habla con acento raro… pues ya veremos.

En la oficina de Nordic Global Solutions, una multinacional tecnológica que se dedica a proyectos de innovación y expansión cultural, todo el mundo anda revolucionado.

He preparado una presentación para enseñarle mi proyecto estrella: *Sevilla—Estocolmo, Puentes Culturales. Una idea brillante, currada y con un Excel que casi me cuesta una úlcera.*

—Rocío, ¿segura que esto le va a gustar al *frigorífico andante*? Ya sabes, dicen que hasta caga cubitos de hielo. —me pregunta Iván, dejándose caer en la silla con un suspiro digno de drama.

—Si no le gusta, que se vuelva a Ikea a montar muebles.

—Eso espero —refunfuña él—. Porque viene con fama de recortar lo que no le convence.

Genial. O sea, que mi proyecto puede acabar en la trituradora en menos de una hora.

A las nueve en punto, la sala de reuniones parece un quirófano. Todo preparado: botellas de agua, proyector encendido, aire acondicionado luchando por sobrevivir.

Yo respiro hondo.

Y entonces aparece él.

Alexander Lundqvist.

Calculo que tiene unos treinta y pico. Traje gris claro, camisa que seguro vale más que mi sueldo de dos meses y unos ojos grises que podrían congelar el Guadalquivir en agosto.

La primera impresión es clara: es guapo. Muy guapo. Molestamente guapo.

Rubio, alto y fuerte, como si hubiera salido de un catálogo de ropa de invierno. De esos que sabes que no te convienen pero que tu cerebro, el muy traidor, se encarga de subrayarlo en fosforito.

—Bienvenido a Sevilla —le digo, intentando sonar profesional y no como si estuviera narrando un anuncio de Cruzcampo.

—Gracias —contesta, seco como un esparto. Y sin mirarme más de dos segundos.

Vale. Confirmado: es borde. Habla español con un acento raro que me chirría en el oído, aunque, sinceramente, prefiero escucharlo así, como si estuviera medio borracho, antes que tener que hablar yo en inglés con mi acento cutre, que suena peor que cuando el Príncipe Gitano cantó *In the Ghetto*.

Empieza la reunión y yo saco artillería pesada. Presentación con gráficos, fotos preciosas del puente de Triana al atardecer, cifras prometedoras. Me esfuerzo en sonar convincente, porque este proyecto no es solo trabajo: es mi sueño, mi apuesta personal.

Él escucha. O finge escuchar. Porque no apunta nada, no sonríe, no asiente. Solo me mira como si estuviera calculando cuánto cuesta cada palabra que digo.

—¿Cuál es el retorno esperado en dos trimestres? —me corta de golpe, con esa voz grave que parece hecha para dar malas noticias.

—Entre un doce y un diecisiete por ciento —respondo, segura.

—¿Basado en qué? ¿Promesas? ¿Optimismo?

—En contratos en curso —lo miro con firmeza—. Y en que aquí sabemos lo que hacemos.

No sé si le ha gustado la respuesta, pero tampoco me importa. Bueno, sí me importa. Mucho. Odio que me importe.

Después de un rato de preguntas que suenan más a interrogatorio que a interés real, Alexander cierra la tablet y sentencia:

—Está… aceptable. Pero necesito una auditoría técnica independiente antes de aprobar nada.

Está aceptable. Vamos, que mi trabajo de meses lo acaba de mandar a la casilla de *ni fu ni fa*.

Sonrío por pura supervivencia.

—Perfecto. Tendrá todos los datos.

—Sin redondeos optimistas. —Y se queda tan pancho.

Sin redondeos optimistas. ¿Este hombre ha visto alguna vez un atardecer en Sevilla? ¿Un baile en Triana? ¿Una tapa de pringá? Seguro que no. Para él, todo son números y cálculos exactos.

Y lo peor de todo: que mientras pienso en lo insoportable que es, mi maldito cerebro sigue repitiendo: *pero qué guapo es el jodío.*

Salgo de la sala con una sonrisa forzada, la espalda recta y la firme convicción de que este sueco no va a poder conmigo.

Ni con mi proyecto.

Ni con Sevilla.

Aunque una parte muy tonta de mí —la misma que se fija en sus ojos grises— ya sabe que la guerra acaba de empezar.

2

Primera impresión

Rocío

Nunca he creído en las primeras impresiones. Son ruido. Gente intentando vender lo mejor de sí en cinco minutos, como anuncios baratos de televisión. Pero si me preguntan cuál ha sido mi primera impresión de Rocío Romero, la respuesta es sencilla: habla demasiado.

En cuanto abrió la boca, la sala de reuniones se llenó de frases largas, apasionadas, llenas de color… y vacías de precisión. Gráficos bonitos, palabras inspiradoras, comparaciones casi poéticas. *Conectar ciudades, activar talento, crear futuro*… frases de calendario motivacional. Ella cree en eso. Cree en la fuerza de lo emocional, en que las palabras cambian el mundo. Yo no.

Y, sin embargo, no he podido apartar la vista de ella.

Es morena, de piel cálida, con un acento andaluz tan marcado que me cuesta seguirle el ritmo. Cada vez que dice *vale* arrastra la palabra como si estuviera cantando. Cada gesto suyo tiene algo teatral, como si no pudiera limitarse a hablar, sino que tuviera que acompañar cada frase con las manos, los ojos, el cuerpo entero. Pura energía desordenada.

Me molesta. Y me atrae. Las dos cosas al mismo tiempo.

Cuando la miré por primera vez pensé: típica chica que confunde pasión con resultados. Lo sigo pensando. Pero también tuve claro

que esa belleza morena tiene raíces profundas en esta ciudad. Sevilla está en su manera de caminar, en la firmeza con la que me sostuvo la mirada, en el orgullo con el que defendió su proyecto.

Y no me gusta reconocerlo, pero es guapa. Molestamente guapa.

No es rubia, alta ni meticulosamente eficiente como yo. Ella es lo contrario: bajita, curvas que no intentan esconderse, ojos oscuros que dicen mucho más de lo que deberían, como si se empeñaran en revelar secretos que ella ni siquiera quiere contar. Y esa boca… demasiado expresiva. Demasiado peligrosa.

Su acento me desconcierta. No porque no lo entienda, sino porque me obliga a prestar más atención de la que quiero. No vine a Sevilla a dejarme atrapar por sonrisas fáciles ni por mujeres que hablan como si todo fuera importante. Vine a poner orden en una filial que lleva meses tambaleándose, a cortar gastos y a salvar lo que se pueda.

Y, sin embargo, al salir de la reunión seguía escuchando su voz en mi cabeza. Esa forma en la que se atrevió a replicarme, con la barbilla alta y la seguridad de quien está convencida de que la pasión vale tanto como los números.

Un error. Pero un error atractivo.

No me fío de ella. Todavía no. Quizá nunca lo haga. Pero sí sé una cosa: Rocío Romero no va a ponérmelo fácil. Y yo tampoco estoy dispuesto a hacerle concesiones.

Esto es una auditoría. Y no solo de proyectos.

3

El capirotazo mental

Rocío

Al día siguiente entro en la oficina con una decisión muy clara: no cruzarme con él antes del café. Eso, en mi escala de prioridades, está justo debajo de *que no se me derritan las medias a las nueve de la mañana* y justo encima de que *Iván no me dé la brasa con balances a primera hora*.

—¿Has dormido? —pregunta mi compañero nada más verme aparecer, con cara de abuelo preocupado.

—Lo justo para soñar que lo atropellaba un tranvía en la Plaza Nueva —contesto, dejando caer el bolso en mi mesa.

—¿Al sueco?

—Al *frigorífico andante*, sí —resoplo.

Iván se ríe bajo, encantado. Él disfruta con mis barbaridades, aunque siempre está listo para frenarme cuando estoy a punto de soltar alguna delante de quien no debo. Lo nuestro es un pacto tácito: yo le doy espectáculo, él evita que Recursos Humanos me abra un expediente.

Pero no pasa ni media hora cuando noto que el ambiente cambia. No hace falta levantar la vista: se siente.

Ha llegado.

Alexander Lundqvist.

El cubito de hielo con traje de Armani.

—Señorita Romero —su voz me cae encima como una losa de mármol—, necesito revisar con usted el desglose de proveedores.

Respiro. Uno, dos, tres. Giro en mi silla con una sonrisa tan encantadora que casi me parto un diente.

—Por supuesto, ¿qué parte quiere ver?

—Todas. —Ni pestañea.

Acompañarlo a la sala de reuniones con mi portátil en brazos es como desfilar hacia la arena del circo romano. Iván me despide con un gesto de gladiador en sacrificio.

Abro el archivo y empiezo a explicarle la división de costes. Él no escucha: dispara preguntas.

—¿Por qué este proveedor es local y no internacional? ¿Qué criterios de selección usaron? ¿Dónde está el contrato escaneado? ¿Y la copia traducida al inglés?

Esa última me hace parpadear como si hubiera oído mal.

—¿Perdón? ¿Quiere la copia traducida al inglés?

—Sí. —Cruza los brazos, firme como un muro—. No puedo confiar en documentos que no entiendo al cien por cien.

El capirotazo mental me tiembla en la mano. *¿En serio?* Aquí es donde yo querría soltarle: *pues aprende mejor español, que tampoco es física cuántica, cielo*. Pero me contengo.

Y luego, claro, me puede la curiosidad.

—Entonces, ¿dónde aprendió español? —inquiero, fingiendo interés, aunque la frase me sale con un deje de ironía imposible de disimular.

Sus ojos grises se me clavan como si estuviera calibrando si contestar o no. Finalmente habla, pausado, con esa seguridad que da saber que nunca tartamudeas.

—En la universidad tuve un intercambio en Ciudad de México. Seis meses. Después, practiqué en Madrid durante un año, trabajando en auditorías.

La respuesta me sorprende por lo coherente que suena. Nada de: *lo aprendí con una aplicación de móvil.* No, el tío tiene historia, acento y horas de vuelo. Eso me desarma un segundo. Solo un segundo.

—Vaya —digo, tragándome un: *pues para tanto viaje, qué poco has aprendido de la gracia latina*—. Pues se le da bastante bien.

—Suficiente para entenderme con la gente —su respuesta corta me devuelve a la realidad.

Ahí está otra vez: la muralla de piedra.

Yo sonrío como si estuviera encantada.

—Perfecto. Me encargaré de que le lleguen traducidos. Y, si quiere, también se los pido en sueco.

—Eso sería eficiencia pura —replica él, sin inmutarse.

Yo siento que acabo de perder otra batalla.

Cuando salgo de la sala, Iván está apoyado en la puerta, con los brazos cruzados y cara de: *¿Has sobrevivido?*

—¿Ha salido viva la gladiadora?

—De milagro —canto, todavía con la lengua dolorida de tanto callarme lo que pienso—. Si no me despiden antes, te prometo invitarte a una cerveza el día que le dé el primer capirotazo de verdad.

Iván suelta una carcajada y yo me siento un poco mejor. Porque está claro que este hombre me va a poner a prueba cada día. Y si quiero sobrevivir, necesitaré dos cosas: una dosis extra de paciencia e Iván como aliado.

Y, de paso, rezar para no quedarme sin la *sinhueso* de tanto apretarla con los dientes.

4

Google no miente

Rocío

Llego a casa con la cabeza como un bombo. Me dejo caer en el sofá, me quito los tacones como si fueran grilletes y me quedo mirando al techo, repasando mentalmente cada palabra del día.

Alexander Lundqvist. Señor eficiencia pura. Señor muralla de piedra. Señor necesito contratos en inglés porque en español no me fío.

No es que no pueda con él, es que me da hasta pena. Tiene pinta de tener un palo metido por el culo de manera permanente.

Y uno no nace así, ¿verdad? Para llegar a esos niveles de rigidez alguien te tiene que haber roto por dentro. Una mala experiencia, un drama familiar, una desgracia épica.

Lo imagino de niño, serio, con traje, sin saber lo que es mancharse de barro o jugar a la pelota en la calle. Y me entra una mezcla rara de compasión y rabia.

Porque, vale, quizá le pasaron cosas malas… pero eso no le da derecho a venir aquí a darme lecciones con su acento raro y su cara de estatua griega congelada.

Me levanto, voy directa a la cocina y me sirvo un vaso de agua. Necesito enfriar la cabeza. Aunque, claro, enfriarse pensando en él es imposible.

Agarro el portátil. No soy cotilla, soy… *precavida*. Que quede claro. Tecleo su nombre en Google: Alexander Lundqvist.

En menos de un segundo aparecen fotos perfectas: él en trajes de lujo, él en conferencias, él estrechando manos con políticos. Y titulares: *"El heredero de los Lundqvist asume la filial en el sur de Europa"*. *"El niño prodigio de Nordic Global Solutions"*. *"La saga empresarial que domina el mercado tecnológico nórdico"*.

—Tócate las narices… —murmuro, pasando la página.

Resulta que no es ningún pobre diablo traumatizado. Todo lo contrario. Niño bien de cuna, hijo de una familia de empresarios que básicamente son los dueños de la empresa entera. Él, su padre, sus tíos, sus primos. Monarquía absoluta versión tecnológica.

Me río sola, medio indignada. —Claro, así cualquiera va por la vida con cara de mármol. No es que tenga problemas: es que siempre ha tenido a todo el mundo a sus pies.

Cierro el portátil de golpe. Porque lo último que necesito es quedarme mirando esa cara en mil versiones diferentes y reconocer lo que ya sé: que, para colmo, es guapo. Molestamente guapo. Y que, por mucho que me cabree, cada vez que pienso en él me hierve la sangre… y no precisamente de odio. Quizá porque llevo tres meses a pan y agua, pero la verdad es que me pongo cachonda como una mona solo de pensarlo.

Y claro, tampoco ayuda que mi vida sentimental haya sido un desastre: mi último novio, Sergio, era un gaditano encantador al principio, pero con más celos que un gato chico. Lo dejamos porque no podía soportar que yo trabajara tantas horas, ni que tuviera amigos masculinos. Aguanté un año, hasta que un día me montó una escena en plena calle y ahí dije basta. Desde entonces, sequía absoluta.

Y aquí me tienes, volviendo a abrir el portátil como una tonta para mirar otra vez la foto del guapísimo Lundqvist, sabiendo que esta noche me tocará tirar de Satisfyer si quiero conciliar el sueño.

5

Cena con ruido

Alexander

No soporto el ruido. Nunca lo he soportado. Y Sevilla parece vivir en un estado constante de bullicio. He decidido salir a cenar solo, con la vaga esperanza de encontrar un lugar tranquilo. Ingenuo de mí.

Las calles del centro son un hervidero de voces, risas y música que sale de los bares como si la ciudad entera compitiera por ver quién hace más escándalo.

Mesas llenas en las terrazas, camareros corriendo de un lado a otro, gente hablando con las manos tanto como con la boca. Es agotador. Y, aparentemente, normal para ellos. A mí, en cambio, me pone de mal humor.

Todo esto es un desorden constante que no entiendo cómo puede resultarles agradable.

Me siento en una mesa pequeña de un bar del centro. La silla cojea un poco, la mesa está pegajosa y el mantel tiene manchas de vino. Todo en este lugar grita improvisación. El camarero apenas me entiende, pero logra anotar mi pedido: una cerveza y boquerones fritos.

Cuando llegan, me sorprende lo mucho que se parecen a los arenques marinados de mi país, aunque aquí están rebozados, grasientos y acompañados de un limón que me mancha los dedos.

El murmullo a mi alrededor es ensordecedor. Golpes de vasos, carcajadas, una guitarra que alguien toca sin afinar demasiado.

Me incomoda.

Estoy acostumbrado al silencio controlado, a cenas de negocios en las que se habla solo lo necesario. Aquí todo es exceso. La cerveza está demasiado fría, los boquerones demasiado aceitosos, el aire demasiado cargado.

Todo es demasiado.

Y no puedo evitar pensar que Rocío disfrutaría de esto. Seguro que sí. Ella encajaría en este caos como pez en el agua. Sonriente, hablando con todos, riéndose más fuerte que nadie. Ella se alimenta de ruido, de esa energía desbordada que a mí me resulta insoportable. Donde yo veo desorden, ella vería vida. Donde yo veo molestias, ella encontraría motivos para sonreír.

Me reprendo en silencio. ¿Por qué pienso en ella? Apenas nos conocemos. Es mi empleada. Y, lo más importante, es lo contrario de lo que me atrae. Yo siempre he buscado mujeres discretas, elegantes, tranquilas, que saben estar en silencio y no necesitan llenar cada espacio con palabras. Mujeres que encajan en cenas de gala, que saben cuándo callar y cuándo asentir.

Mujeres que no te molestan con su intensidad.

Rocío es todo lo opuesto. Es intensa, impulsiva, descarada. Habla demasiado, cuestiona cada cosa y parece incapaz de morderse la lengua. Y, sin embargo, aquí estoy pensando en cómo se le iluminarían los ojos probándolos. Me descubro imaginando su risa resonando por encima del bullicio, como si la ciudad estuviera hecha para ella. Y me fastidia. Mucho.

Sacudo la cabeza y me obligo a centrarme en la comida. Yo no disfruto de estas cosas. No sé hacerlo. Y no me interesa aprender. Prefiero la sobriedad, el control, la distancia. Prefiero seguir siendo quien soy: un hombre que no se deja arrastrar por nada. Que no se ríe de más. Que no necesita llenar silencios. Un hombre que, según muchos, es un aguafiestas.

Mala sombra, lo llaman aquí.

Pero mientras mastico y bebo de la jarra helada, no puedo negar la verdad incómoda que me atraviesa: ella me gusta. Y no debería gustarme. Ni un poco. Ni siquiera en secreto. Rocío Romero es descontrol y tempestad. Y yo he construido mi vida entera huyendo de todo eso.

Así que me obligo a tragar, a mirar a otro lado y a repetirme lo mismo una y otra vez: *no me gusta*.

Aunque la voz en mi cabeza ya no me cree.

6

Viernes, por fin

Rocío

Doy gracias al universo de que la semana llegue a su fin. Si hubiera tenido que aguantar otro día de este ritmo, probablemente me habría tirado por el Puente de Triana. Entro en la oficina con la esperanza de que, por ser viernes, todo fluya un poco más relajado. Ilusa de mí.

Apenas dejo el bolso en la mesa y enciendo el ordenador, aparece él. *El frigorífico andante* en persona, Alexander Lundqvist, con esa cara de inspector que viene a revisarte hasta los calcetines.

—Señorita Romero —me llama desde su despacho, como si estuviéramos en un internado suizo y no en una oficina en Sevilla—. Necesito el reporte de gastos actualizado. Ahora.

Respiro hondo, cuento hasta tres y me muerdo la lengua. Porque la respuesta que me pide el cuerpo es un: *¿y si te lo traigo con una guirnalda de feria, guapo?* Pero no. Me aguanto. Es el jefe. Y yo soy la nueva.

Un año y poco llevo en esta empresa. Prácticamente una recién llegada. Y, por la manera en que me mira, estoy convencida de que, si deciden hacer recortes, yo seré la primera en salir. A veces siento que no ha venido a hacer una auditoría a la filial, sino a mí personalmente. Como si llevara una lupa pegada a mi espalda.

Le entrego el dichoso informe y, como siempre, encuentra algo que no le gusta. Una cifra, una coma, una proyección. Algo.

—¿Algún día habrá un informe que le parezca correcto? —me atrevo a preguntar, con la sonrisa más profesional que tengo.

—Si lo haces bien, sí —responde él, implacable.

—Bueno, pues me avisa si algún día pasa, porque yo aún no lo he visto en este año que llevo aquí —respondo con tono derrotado, casi victimista y un pelín agónico, porque ese hombre me mina la moral en cuanto tiene ocasión y yo estoy *acojonaíta* perdida.

Alexander levanta una ceja, serio.

—No estoy aquí para repartir milagros, señorita Romero. Estoy aquí para comprobar que todo se mantenga bajo control, incluso sus informes.

Me reprimo para no soltarle que quizá lo que necesita es una tila y un abrazo, en ese orden, y me limito a asentir aguantándome las ganas de llorar. Salgo del despacho del sueco con el orgullo magullado y cara de querer desaparecer.

—Te juro que ese hombre me odia —le susurro a Iván, dejando caer el informe sobre mi mesa como si pesara una tonelada.

—No seas dramática —responde él, aunque se ríe—. Lo que tienes que hacer es empeñarte en caerle bien. Al congelador andante hay que conquistarlo poco a poco.

—¿Y cómo hago eso? —me giro hacia él, incrédula—. Ese hombre no sonríe nunca. Ni cuando respira.

Iván se encoge de hombros, divertido. —Pues tendrás que inventarte algo, Rocío. Porque si no, estás perdida.

El día se me hace eterno. Cada vez que paso por delante de su despacho, Alexander me fríe con la mirada como si le hubiera robado la cartera. Me corrige una coma, me devuelve un correo con un comentario seco y me pide rehacer una tabla porque, según él, no está alineada correctamente. A las seis de la tarde, estoy hecha un guiñapo emocional.

—Vámonos, que hoy invito yo —me dice Iván, rescatándome de mi silla—. Rebujitos y flamenquines en Los Remedios, y a olvidarnos de que existe el señor congelador.

—¿Tú crees que se olvida con rebujito? —respondo, recogiendo las cosas a duras penas.

—Si no se olvida, al menos se emborrona —bromea él.

Una hora después, en una terraza llena de ruido y olor a fritura, Iván levanta el vaso. —Por sobrevivir a una semana con Lundqvist.

—Y porque no me echen todavía —añado yo, brindando con gesto agónico.

—Eres un drama con patas —se ríe Iván—. Pero te prometo que el congelador andante caerá rendido a tu gracia sevillana.

—O me congela viva antes —respondo, dándole un mordisco al flamenquín como si fuera la cabeza del susodicho.

Iván me señala con el tenedor. —Pues si de verdad quieres sobrevivir, deberías pedirle una cita para enseñarle la ciudad. Sacarlo de su zona de confort.

—¿Una cita? —casi me atraganto—. ¿Tú quieres que me echen el lunes?

—No hablo de amor, loca —se ríe—. Hablo de un tour. Que vea que aquí no todo son informes. Que vea que tú eres la guía perfecta para meterlo en el fregao sevillano.

—Sí, claro —ironizo—. Yo enseñándole la Giralda y él tomando notas de eficiencia en la cola de las entradas.

—Exacto —ríe Iván—, tú mostrándole la Torre del Oro y él preguntando por el presupuesto de mantenimiento.

—O yo llevándolo a la Feria y él calculando cuántas luces se encienden por minuto.

—¿Ves? —aplaude Iván—. Si lo sacas de la oficina, al menos nos echamos unas risas. Y quién sabe, igual hasta se le afloja un tornillo.

—Lo dudo —respondo, rodando los ojos—. Ese hombre tiene los tornillos más apretados que una estantería de Ikea.

Me quedo un momento en silencio, mirando mi vaso, y pienso que a lo mejor Iván tiene razón: quizá la única forma de sobrevivir a Lundqvist sea dejar de temerle y empezar a verlo como un reto. Aunque, siendo sincera, ahora mismo lo único que quiero es otro rebujito y olvidarme de que el lunes existe.

7

Orden en el caos

Alexander

Las reuniones colectivas son necesarias. La gente suele relajarse demasiado si no sienten la presión de alguien que les recuerde que cada error cuesta dinero.

He venido aquí para eso: para ajustar las cuentas, poner las piezas en su sitio y demostrar que esta filial puede ser rentable.

A las nueve en punto entro en la sala.

Nadie espera a que yo hable para empezar: aquí la costumbre es conversar entre ellos, bromear, levantar la voz.

En Suecia eso sería impensable. Allí, cuando entra el jefe, el silencio es automático.

Aquí, en cambio, todavía oigo a Romero riéndose de algo con su inseparable aliado, Iván.

—Buenos días —digo, en un tono que corta el aire.

El murmullo baja, aunque no desaparece del todo. Tomo asiento en la cabecera y despliego mi tablet.

Frente a mí, todos esperan, algunos con cara de respeto, otros con gesto cansado.

Y ella, Rocío Romero, con esa expresión que no sé si es atención o reto.

Expongo mi plan: control semanal de gastos, informes detallados de proveedores, reducción de márgenes en todos los departamentos.

Hablo con frases cortas, concisas, sin adornos.

En mi mundo, la información se presenta limpia.

—¿Entonces habrá revisiones mensuales o semanales? —pregunta una de las veteranas, con voz temblorosa.

—Semanales —respondo sin dudar. Ella asiente rápido, como si temiera que le quitara el puesto en ese instante.

Iván levanta la mano y suelta, con media sonrisa: —¿Y si ponemos multas cada vez que alguien entregue un informe con una coma mal? Así, además de orden, hacemos caja.

Varias risas se escapan por la sala.

Yo no me río.

No he venido a reír.

Y Rocío tampoco, aunque no porque esté de acuerdo conmigo: simplemente me observa con esos ojos oscuros que parecen buscar pelea.

Cuando termino, levanto la vista. Todos asienten. Todos menos ella.

—¿Algún problema, señorita Romero? —inquiero, consciente de que me está mirando con las cejas arqueadas.

—Ninguno —canta demasiado rápido, pero sé leer entre líneas—. Solo estaba pensando que, con tanto control, quizá necesitemos tres manos para rellenar informes.

Algunos sonríen, otros se remueven incómodos.

—Si el trabajo está bien hecho, con dos bastará.

Ella calla, aunque la veo apretar los labios. No me sorprende. Rocío siempre parece contener una réplica. Es como un fuego que chisporrotea en mitad de esta oficina. Un fuego que me irrita y que, de manera absurda, me atrae.

No debería fijarme en ella. No es profesional. No es inteligente. Pero la forma en que se mueve, el brillo en sus ojos cuando discute, la seguridad con la que defiende sus ideas… Todo en ella desentona con mi manera de entender el trabajo.

Y, precisamente por eso, no puedo evitar notarlo.

Sigo con la reunión, anotando mentalmente quién parece capaz de adaptarse y quién no. Y aunque mi objetivo es auditar la empresa entera, tengo claro que mis ojos regresan, una y otra vez, a Rocío Romero.

Quizá porque encarna justo lo que vine a eliminar: *el desorden*. Y tal vez porque, por primera vez en mucho tiempo, me descubro preguntándome qué pasaría si, en lugar de sofocarlo, lo dejara arder.

8

Correos cruzados

Rocío

Los miércoles por la mañana suelo llegar con la esperanza de que todo sea tranquilo, pero hoy no hay tregua. Abro el correo y ahí está: un email del sueco. Asunto: *Informe con observaciones*. Lo abro con el mismo ánimo con el que una abre una multa de tráfico.

Ha corregido hasta la última coma. Literal. Me señala espacios dobles, cifras que *deberían estar alineadas* y me suelta que el formato de la tabla *no es consistente con el resto del documento*. Vamos, que para Alexander Lundqvist no solo soy su empleada: soy un examen que se corrige con bolígrafo rojo.

Resoplo y contesto rápido: *Gracias por las observaciones, lo revisaré. Aunque no estoy segura de que la coma del párrafo tres afecte al retorno de la inversión.*

A los cinco minutos llega su respuesta: *Toda desviación afecta. Incluidas las comas.*

¿En serio? Me muerdo los dedos para no contestar lo que pienso. Pero claro, no puedo evitarlo: *Perfecto. Entonces cambiaré la coma y salvaremos la filial. Un milagro de puntuación.*

Silencio unos minutos. Hasta que aparece otro email suyo: *La ironía no mejora los informes, señorita Romero.*

Me tapo la cara con las manos. Iván se asoma desde su mesa.

—¿Qué pasa? —susurra.

—Que este hombre me tiene fichada hasta por las comas —respondo, girando la pantalla para que lo vea.

Iván lee y suelta una carcajada.

—Cuidado, Rocío. Que todo eso queda por escrito. El congelador andante igual te despide con cita textual.

—Pues que lo haga —replico en voz baja—. Al menos me quedo a gusto. ¡Qué bárbaro!

—Ni que lo digas —añade, divertido—. El jefe es un bárbaro de los de verdad.

Iván me lanza una mirada de advertencia, pero ya estoy metida en el lío.

Respiro hondo y cierro el portátil. No pienso dejar que me arruine el día. Hasta que me suena el móvil: notificación de correo.

Asunto: *Reunión privada, 16:00 h.*

A. Lundqvist.

Genial.

El examen oral después del escrito.

9

La reunión privada

Rocío

A las cuatro en punto toco a la puerta del despacho y abro para que sepa que estoy aquí. Él ni siquiera levanta la vista de la pantalla cuando me dice: —Adelante.

Trago saliva y entro. Todo en esa oficina está perfectamente alineado: carpetas, bolígrafos, incluso la lámpara parece puesta a escuadra.

El contraste con mi mesa, llena de *post-its* de colores, me da hasta vergüenza. Cierro la puerta detrás de mí y me siento frente a él.

—Señorita Romero —dice, por fin levantando la vista—. ¿Es consciente de por qué la he llamado?

—Supongo que por los correos —respondo, intentando que mi voz suene firme. Por dentro estoy cagadita perdida.

Él asiente lentamente, como si confirmara una sospecha.

—Efectivamente. Quiero dejar algo claro: no me gusta que la gente se tome a broma el trabajo. Mucho menos que me hablen como si pasaran por alto quién manda aquí.

Me remuevo en la silla. Sé que debería contestar, pero la garganta se me seca. Me siento como una niña pequeña a la que

pillan copiando en un examen. Bajo un poco la mirada.

—No era mi intención faltarle al respeto —digo, en un susurro casi.

Alexander me observa fijamente. Esos ojos grises no parpadean. Me atraviesan. La tensión en el aire se podría cortar con un cuchillo.

—Pues lo pareció —replica, sin elevar la voz. No necesita hacerlo. Su tono es suficiente para dejarme helada.

—Solo intentaba… quitarle hierro —me atrevo a decir—. A veces el humor es mi forma de trabajar.

—El humor no paga facturas, señorita Romero. La precisión, sí.

Me muerdo el labio. Podría contestar mil cosas, pero ninguna me salvaría. Así que asiento.

Él se reclina en la silla, sin apartar los ojos de mí.

—He revisado sus informes. Tienen potencial. Usted tiene potencial. Pero si sigue con esa actitud, no llegará muy lejos en esta empresa.

El golpe me da de lleno. Me siento diminuta, pero también rabiosa. Porque sé cuánto me esfuerzo. Sé las horas que echo. Y sé que no soy un cero a la izquierda, aunque él se empeñe en tratarme como tal.

—Entendido —respondo, bajando la voz. Es lo único que puedo hacer para no echarme a llorar o, peor, para no soltarle un capirotazo.

Alexander no se inmuta. Vuelve a mirar la pantalla, como si yo ya no estuviera ahí.

—Puede retirarse.

Me levanto, sintiendo que me tiemblan las piernas. Camino hacia la puerta con el corazón a mil. Antes de salir, me atrevo a mirarlo un segundo más. Él sigue allí, impasible, con la misma expresión de mármol que me está volviendo loca. Y no de la manera buena.

Salgo del despacho con el estómago revuelto y la certeza de que este hombre disfruta poniéndome contra las cuerdas.

10

La reunión

Alexander

Alguien golpea la puerta de mi despacho. Ni me molesto en levantar la vista de la pantalla. —Adelante.

Rocío Romero entra con paso vacilante. Se sienta frente a mí, nerviosa, y eso me da una cierta satisfacción.

Quiero que entienda que aquí mando yo.

No tolero el desorden ni la insolencia.

Y ella tiene las dos cosas grabadas en la piel.

—Señorita Romero —digo, levantando la vista al fin. La veo con la cara ligeramente sonrojada, el pelo un poco revuelto, un mechón rebelde pegado cerca de su boca. Una descarga eléctrica me recorre el cuerpo y noto un latido incómodo en mi entrepierna. Me aclaro la garganta y continúo—. ¿Es consciente de por qué la he llamado?

—Supongo que por los correos —intenta sonar segura, pero noto la tensión en su voz. Y entonces me asalta una idea incómoda: *¿hacerla sufrir me debería poner tan cachondo?*

—Efectivamente. Quiero que quede claro: no me gusta que la gente se tome a broma el trabajo. Y mucho menos que hablen como si olvidaran quién manda aquí.

La veo encogerse un poco en la silla. Baja la mirada. Por un instante me parece vulnerable, distinta a la mujer desafiante que suele ser en la oficina.

Joder.

—No era mi intención faltarle al respeto —murmura.

—Pues lo pareció —respondo, sin necesidad de alzar la voz.

Se defiende con algo que no espero: —Solo intentaba… quitarle hierro. A veces el humor es mi forma de trabajar.

La insolencia disfrazada de ligereza. Esa capacidad de contestar con una sonrisa cuando lo lógico sería pedir disculpas. Y, contra todo pronóstico, me descoloca. No debería gustarme esa actitud. Es indisciplina. Un error. Pero me atrae más de lo que quiero reconocer.

—El humor no paga facturas, señorita Romero. La precisión, sí.

Ella se muerde el labio. No replica. Y yo debería dar por cerrada la conversación. Pero me escucho decir: —He revisado sus informes. Tienen potencial. Usted tiene potencial. Pero si sigue con esa actitud, no llegará muy lejos en esta empresa.

Veo cómo traga saliva, dolida. Se limita a asentir, derrotada.

La despido con un simple: —Puede retirarse.

La observo levantarse y caminar hacia la puerta. Sus piernas tiemblan ligeramente. Antes de salir, me mira de reojo, como si buscara una grieta en esta fachada que me esfuerzo en mantener.

Cuando la puerta se cierra, dejo escapar un suspiro que no sabía que contenía. Ella me irrita, me desafía, me desconcierta. Y, sin embargo, me atrae.

Me paso una mano por la cara y vuelvo a la pantalla, fingiendo concentración. Pero lo cierto es que mi mente se ha quedado atrapada en ella.

En Rocío Romero.

La empleada que me irrita y, a la vez, se niega a abandonar mis pensamientos.

11

Hundida en cerveza

Rocío

Llego a casa con el cuerpo en piloto automático, me quito los zapatos de cualquier manera y me sirvo una cerveza fría.

La primera entra de un trago, como si quisiera apagar el incendio que llevo dentro desde la reunión con Alexander.

Me dejo caer en el sofá, pongo música sin pensar demasiado y suena una canción melancólica, de esas que parecen escritas para cuando la vida te da una bofetada.

Y yo lloro.

Lloro con la cerveza en la mano, con los ojos ardiendo y el corazón hecho un ovillo.

Intento repetirme que es solo trabajo, que no debería afectarme tanto, pero la verdad es que me ha dejado tocada y hundida. Ese hombre me hace sentir pequeña. Me cuestiona. Y lo odio por eso.

También lo odio por haberme sorprendido usando el Satisfyer pensando en él y en su maldita autoridad cada noche desde que lo busqué en Google. Tengo el clítoris a punto de nieve.

Otro sorbo, otra lágrima.

Me limpio la cara con el dorso de la mano y suelto una risa amarga.

Parezco un cuadro: despeinada, con las mejillas rojas y cantando a media voz el estribillo de una canción triste mientras el mundo sigue girando.

Desde que entré en esta empresa y nunca me había sentido tan a prueba como ahora. Y, peor aún, siento que cada vez que me mira, me desnuda de todas mis defensas.

Termino gritando en voz alta, con la cara empapada de lágrimas: «¿Por qué no me quieres? ¿Por qué me odias tanto?» Mientras de fondo suena Manuel Carrasco con *Que nadie*, y cada palabra parece escrita para mí.

Abro una segunda cerveza y me tumbo de lado en el sofá.

Dejo que la música me envuelva, que la tristeza haga lo suyo. Mañana será otro día. Pero hoy necesito permitirme este derrumbe. Porque si no lo saco ahora, sé que mañana me romperé delante de él.

Y eso sí que no se lo pienso regalar.

12

Noche sevillana

Rocío

Hoy ha sido el primer día sin Alexander en la oficina desde que llegó, y la atmósfera ha sido un poco más ligera, como si todos hubiéramos podido respirar mejor.

Yo, sobre todo. Ha sido un alivio no tener a ese bárbaro observándome como si fuera una ecuación mal planteada.

Claro que tampoco estoy para tirar cohetes. Aún arrastro la resaca emocional y física de anoche. Confieso, aunque me duela admitirlo incluso a mí misma, que volví a usar el Satisfyer pensando en él.

No lo soporto.

Es como si mi propio cuerpo se empeñara en traicionarme.

Y hoy, para rematar, Iván ha decidido que necesito salir un rato a despejar la cabeza.

—Venga, Rocío, que la Alameda nos espera —me dice, casi arrastrándome de la oficina al caer la tarde.

—Aún me laten las sienes de las cervezas anestésicas que me tomé anoche, sola como una auténtica alcohólica —protesto, llevándome la mano a la frente.

—¿Cuántas fueron? —pregunta Iván, con esa ceja arqueada de inspector.

—Creo que cinco —miro al suelo.

Iván me clava la mirada y yo acabo confesando: —Vale, siete. Fueron siete.

Él suelta una carcajada. —Pues por un día más que te dejes arrastrar por el desenfreno y la autodestrucción, no pasa nada. A ver si se te quita lo amargo, mujer.

—Genial, otra noche para sumar a mi currículo de desastres —resoplo, aunque no puedo evitar reírme con él.

Al final cedo. Total, ¿qué puede pasar? Solo un par de cervezas y a casa. Eso me digo. Pero ya en la segunda estoy riéndome a carcajadas con Iván, el alma de cualquier plan improvisado.

—Ese hombre me quita el sueño —confieso entre risas, con el vaso en la mano.

—¿El congelador andante? —se burla Iván, arqueando una ceja —. Pues yo creo que te lo quita por algo más que informes.

—Anda ya —declaro, aunque noto el calor en mis mejillas.

—No me engañas —Iván se inclina hacia mí con sonrisa pícara—. Si hasta parece que te has puesto *coloraíta* solo de nombrarlo.

—Que no, pesado —le doy un manotazo en el brazo—. Será el calor o la cerveza.

—Claro, claro. Y yo soy monje cartujo —ironiza él, brindando conmigo—. Venga, confiesa: ¿cuánto tardas en volver a cargar el novio eléctrico cuando llegas a casa?

—Eres insoportable —me río, llevándome la copa a los labios para esconderme.

La noche avanza entre tapas y bromas. La Alameda está a reventar: música en directo, terrazas llenas, grupos de amigos en cada esquina. Es Sevilla en su salsa. Y yo, por un momento, me dejo llevar.

Hasta que lo veo.

Alexander Lundqvist. El bárbaro del norte. Sentado en una mesa a pocos metros, cenando con un hombre trajeado que parece un contacto de negocios. Mi vaso casi se me cae de la mano.

—No puede ser… —murmuro.

Iván sigue mi mirada y se ríe. —El destino tiene sentido del humor.

Y yo pienso que es una jugarreta cruel. Pasar un día entero sin verlo había sido un espejismo, una ilusión pasajera. Creí que el universo me estaba dando un respiro, pero aquí está otra vez. Impecable, distante, fuera de lugar en medio del bullicio. Y, sin embargo, inevitable.

Iván carraspea y me susurra: —¿Deberíamos ir a saludarlo? Es nuestro jefe.

—Fuera del horario laboral no somos nada más que gente corriente disfrutando de su tiempo libre —le respondo, clavando la vista en mi vaso.

—Pues creo que nos está mirando con cara de pocos amigos —añade Iván, divertido.

—Pues que mire todo lo que quiera —respondo, encogiéndome de hombros—, porque efectivamente no somos amigos.

Respiro hondo. Porque empiezo a entender que escapar de él no va a ser tan fácil como pensaba.

13

Tensión y vino

Alexander

La Alameda está abarrotada. He buscado el sitio por internet, intentando encontrar un lugar adecuado para cenar. Pero lo que realmente me incomoda no es el bullicio, sino la risa de Rocío Romero, clara y fuerte, a pocos metros de mi mesa.

¡Qué maldita casualidad!

La veo con Iván, su inseparable aliado, riendo como si no existiera nada más en el mundo. Esa risa que en la oficina siempre me parece insolente, aquí se me clava en el pecho de otra manera: me enfada.

Y, para mi desgracia, me despierta una punzada de celos.

Saben que los he visto. Sé que lo saben porque nuestras miradas se han cruzado, aunque solo por un instante.

Y, aun así, han decidido ignorarme, pagar la cuenta y marcharse juntos, cogidos del brazo.

¿Qué clase de compañera se comporta así con un colega?

¿O es que su relación es algo más que amistad?

La idea me golpea como un latigazo.

¿Y por qué debería importarme?

No debería.

—¿Estás bien, hijo? —me pregunta la voz grave de mi acompañante, mientras me sirve una copa de vino.

Levanto la vista. Frente a mí está mi padre, con ese porte imponente que nunca pierde, aunque los años ya se le noten en el rostro.

Ha venido a Sevilla unos días para que lo ponga al corriente de la filial. Y yo, en lugar de prestarle atención, estoy perdiendo el tiempo observando a una empleada.

—Sí, estoy bien —respondo, con más frialdad de la necesaria. Mi padre me estudia un segundo, pero no insiste.

Cambia de tema, empieza a hablar de cifras y proyecciones, de la necesidad de recortar gastos y de revisar ciertos contratos que parecen sospechosos. Yo asiento en automático, sin escuchar del todo, consciente de que debería estar prestando atención y, en cambio, estoy atrapado en la imagen de Rocío alejándose del local.

Cuando terminamos, mi padre decide irse a un hotel en lugar de quedarse en mi apartamento alquilado en Nervión. No lo hace porque seamos poco familiares, sino porque en la costumbre sueca se evita molestar: cada uno respeta el espacio del otro.

En la despedida, me mira con seriedad y me suelta:

—Te he notado distraído toda la cena. ¿Hay algo sobre la empresa que me estés ocultando?

Dudo un momento, valorando si contarle lo que de verdad me distrae. Pero no pienso confesar que ha sido Rocío la que me ha

tenido ausente toda la noche. Así que uso lo de la filtración, una sospecha que aún no tengo del todo clara y que no pensaba compartir hasta estar más seguro.

—Creo que alguien nos está jugando una mala pasada. Puede que tengamos una filtración interna.

Mi padre asiente, con ese gesto grave que siempre me incomoda.

—Entonces más te vale descubrir quién es, hijo. No podemos permitirnos grietas en esta filial. Mañana quiero conocer a todo tu equipo, convoca una reunión a las once, que no me apetece madrugar. Hay veces que hay que salir de la zona de confort y darse algunos caprichos.

Yo sonrío de medio lado y asiento, pensando en Rocío. Tal vez siga su consejo, aunque no precisamente en el sentido que él imagina.

Más tarde, en mi apartamento, el silencio se vuelve insoportable. Camino de un lado a otro, repasando mentalmente cada gesto, la forma en que la que se reía con Iván, la naturalidad con la que me ignoró, la manera en que parece no necesitar nada de mí.

Intento convencerme de que no importa. Que ella no importa. Rocío Romero representa todo lo que no encaja en mi vida: impulsividad y emoción desbordada. Y sin embargo… la quiero cerca.

Es irracional, impropio, una debilidad que no puedo permitirme.

Me descubro admitiendo que la vigilo demasiado, que observo cada uno de sus movimientos como si fuera una pieza clave de la empresa. O peor aún, como si fuera la pieza clave de mi propio desconcierto.

Me detengo frente a la ventana, la ciudad extendiéndose bajo mis pies, ruidosa e inabarcable como ella.

Dejo que la verdad amarga me atraviese: *ella es justo lo que debo evitar… y, sin embargo, lo único que miro.*

14

El dueño supremo

Rocío

Viernes. Bendito viernes. Suspiro de alivio al pensarlo, aunque la sonrisa se me borra de golpe en cuanto abro el correo a primera hora*: reunión general a las 11:00* convocada por el mismísimo Lundqvist.

Me giro hacia Iván, que ya está en su mesa, y le susurro:

—Esto huele fatal.

—Si lo convoca *el frigorífico andante*, seguro que es para echarnos a todos menos a él —responde, con su ironía habitual.

Me río a medias, aunque con un nudo en el estómago. Pasan las horas hasta que se acerca la reunión y cada minuto se me hace eterno.

Entro en la sala con el corazón acelerado.

El ambiente está más tenso que de costumbre, todos en silencio, alineados como si fuéramos figuritas de museo.

Alexander ya está allí, impecable como siempre, con esa cara de seta que tanto me crispa… y a su lado, sentado con porte solemne, está el hombre de la noche anterior en el restaurante.

El mismo que lo acompañaba.

El mismo que me pilló riéndome a carcajadas con Iván en la Alameda.

Me quedo helada.

—Les presento a Magnus Lundqvist, presidente del consejo y dueño de Nordic Global Solutions. Mi padre —anuncia Alexander, con voz firme.

¡Tierra, trágame! El dueño supremo de todo el tinglado. El jefe de mi jefe, el dios corporativo. Yo, que ayer brindaba con rebujitos y decía que ese hombre me quitaba el sueño… y aquí estoy, al borde de hiperventilar delante del mismísimo patriarca.

Magnus nos dedica una mirada evaluadora que pesa toneladas. Yo sonrío como puedo, con esa sonrisa que parece más una mueca. Me siento en mi silla y trato de no llamar la atención. Claro, dura poco.

—Señorita Romero, ¿podría exponer el desglose de proveedores locales? —pregunta Alexander, como si hubiera estado esperando justo ese momento.

Asiento, aunque siento que las manos me sudan. Empiezo a hablar, repasando los datos, pero noto cómo se me traba la lengua.

Y entonces ocurre: Alexander se levanta, se coloca detrás de mí y se inclina para señalar una cifra en el documento.

Su brazo roza el mío, y su respiración me acaricia la mejilla.

El mundo se me detiene.

Me desconcentro.

Las palabras se me mezclan y siento que voy a decir una barbaridad.

Mi piel arde.

Lo odio por estar tan cerca, lo odio por hacerme reaccionar de esta manera.

¿Cómo demonios puedo estar pensando en cómo sería besarlo en plena reunión con su padre?

—Aquí, señorita Romero —dice Alexander, marcando con el dedo el punto exacto del papel. Su voz está tan cerca de mi oído que un escalofrío me recorre la espalda.

Trago saliva, intento recomponerme y sigo hablando como si nada. Pero mis pensamientos están a kilómetros de distancia de ese informe.

Sé que él lo nota. En su rostro no hay expresión alguna, pero estoy convencida de que lo sabe. Y que, de alguna forma, la descarga lo ha sacudido también. Porque cuando se endereza y vuelve a su lugar, tarda un segundo más de lo normal en apartarse.

Magnus asiente satisfecho, comenta que espera que el equipo mantenga ese nivel de detalle, y Alexander añade con seriedad que la precisión es el estándar mínimo en su filial. Alguien en la mesa interviene con un comentario nervioso sobre lo difícil que será mantener el ritmo, lo que arranca una mirada fulminante de Alexander.

Yo, mientras tanto, siento que la vagina me palpita como una patata frita en plena cocción. Me agarro a la mesa para que no se note, al borde del colapso.

Magnus vuelve a dirigirse a mí con otra pregunta:

—¿Y qué estrategias propondría usted para optimizar el coste de transporte en los próximos meses? —inquiere con calma, como si esperara una respuesta brillante.

Mi voz tiembla, titubeo:

—Podríamos renegociar contratos con proveedores locales… quizá buscar alternativas más sostenibles —balbuceo, sin estar del todo convencida. Y mi cuerpo vuelve a reaccionar a la mirada fija de Alexander, que parece incluso sonreír levemente. *Joder, qué bien le sienta sonreír.*

Iván me da un codazo disimulado bajo la mesa y noto cómo todos me miran raro. Magnus remata:

—No parece usted muy convencida.

—No, bueno… sí. Gracias por la pregunta —respondo, soltando la mayor absurdez del día. Alexander arquea las cejas ante la tontería que acabo de soltar y yo solo quiero desintegrarme viva, como el T-1000 de *Terminator* cayendo en la lava.

Salgo de la reunión con la certeza de dos cosas: que el padre de Alexander es aún más intimidante que él… y que estoy perdida, porque mi cuerpo reacciona a su hijo como si me hubieran enchufado a una corriente eléctrica.

Sofocada, me escapo hacia el baño, pero en el pasillo Iván me intercepta.

—¿Qué coño te ha pasado ahí dentro? —me suelta, arqueando una ceja.

—Ni yo misma lo sé —respondo, aún con la respiración agitada.

Él me observa un segundo y añade: —Si no fuera porque me parece poco probable, diría que estabas teniendo un orgasmo espontáneo.

—Más o menos —resoplo, llevándome las manos a la cara.

—Entonces, ¿te van los hombres que pintan canas? —ironiza Iván, con media sonrisa.

—No ha sido por Magnus —se me escapa sin pensar.

Iván abre mucho los ojos, captando lo que acabo de confesar. —Amiga, no sé si es buena idea colarte de esa forma por el *frigorífico andante*… puedes acabar como croqueta olvidada en el congelador.

15

Sospechas

Alexander

El despacho huele a cuero, a madera encerada y al café que mi padre nunca perdona después de una reunión de equipo. Magnus está sentado frente a mí, con los brazos cruzados. Hablamos de cifras, de proveedores, de contratos.

Pero yo estoy en otra parte.

Me sorprendo recordando, contra toda lógica, el perfume de Rocío Romero en la reunión. Una fragancia ligera, con un fondo dulce que aún parece flotar en mi memoria. Aprieto los puños.

No debería pensar en eso.

No aquí, no ahora, no delante de mi padre.

Me reprocho a mí mismo con furia, pero es inútil: la imagen vuelve una y otra vez.

—Alexander, ¿me escuchas? —la voz de Magnus corta mi ensoñación.

—Sí, claro —respondo rápido, desviando la mirada hacia los documentos.

Me obligo a concentrarme en los números, en las sospechas que empiezan a crecer. Hay movimientos extraños en los contratos de

transporte. Facturas que no cuadran. Algo no encaja. Y cada vez estoy más seguro de que alguien dentro de esta oficina está jugando sucio. Una filtración, quizá.

Una infiltración calculada.

Todavía no tengo pruebas, pero la corazonada es demasiado fuerte.

Paso las páginas y, sin querer, mi mente regresa a ella. La veo sentada frente a mí, nerviosa, con ese mechón rebelde cerca de la boca. Imagino lo que sería inclinarme de nuevo sobre su hombro para señalar un punto en un documento… y dejar que mis dedos rocen los suyos como por error.

Cierro los ojos un instante y respiro hondo.

Basta.

No puedo permitirme esta distracción. Ella es una empleada. Ella es parte de este caos que he venido a ordenar. Y, sin embargo, es también la única persona que consigue colarse en mis pensamientos cuando deberían estar blindados.

Mi padre carraspea, devolviéndome a la realidad. Me enderezo en la silla, reprimo cualquier gesto y me obligo a volver al terreno seguro de los números.

Pero lo sé. Aunque encuentre al culpable de la filtración, aunque ponga todo en orden, la verdadera amenaza sigue ahí: Rocío Romero. Porque ella es la única capaz de hacer tambalear todo mi control.

16

Choque frontal

Alexander

La llamo a mi despacho después de comer. El sol de Sevilla entra a raudales por las ventanas y calienta demasiado el ambiente, pero la tensión que se avecina no tiene nada que ver con el clima.

Rocío entra con paso inseguro, aunque su mirada no lo refleja: se cruza de brazos y se planta frente a mí.

—Quiero revisar contigo algunas irregularidades en los contratos de proveedores —comienzo, señalando los papeles sobre mi mesa.

—¿Irregularidades? —repite, arqueando una ceja.

—Movimientos extraños, facturas infladas, datos que no cuadran. Y todos pasan, curiosamente, por tu departamento.

—¿Está insinuando que yo…? —da un paso hacia adelante, fulminándome con la mirada.

—No insinúo —respondo, con voz baja pero firme—. Solo digo que necesito respuestas claras. Y tú estás demasiado cerca de todo como para no saber nada. Además, su actuación en la reunión fue sospechosa cuando se te preguntó por los proveedores, señorita Romero.

El aire se corta entre nosotros. Ella aprieta los labios, roja de indignación.

—He trabajado más horas que nadie en esta oficina desde que llegué. Y que venga a acusarme como si fuera una ladrona… —da un golpe suave en la mesa— es insultante.

Me levanto despacio y me acerco. Ella no retrocede. Estamos frente a frente, tan cerca que puedo ver cómo se le acelera la respiración.

—Lo que me preocupa —digo, conteniendo el tono— es que tal vez confía demasiado en la gente. Y eso puede costarnos caro.

—Y lo que me preocupa a mí —responde ella, sin apartar la vista — es que usted se crea el *sheriff* de este lugar y no vea que aquí todos hacemos lo imposible para que esto funcione.

El volumen sube, pero nuestras voces no son lo más intenso: es la distancia. Apenas un palmo entre los dos. Puedo sentir el calor que desprende, su perfume otra vez. Y ella lo nota también, porque no aparta la mirada.

El silencio se instala, pesado, muy pesado. Por un instante parece que voy a inclinarme, que voy a besarla.

Sé que no debería, y mucho menos después de haberla sacado de quicio acusándola de ser responsable de ciertas cosas. Pero no puedo evitarlo: verla así, tan expuesta, tan vulnerable y al mismo tiempo tan cabreada y recelosa, me pone a mil.

Ella me mira fijo y susurra entre dientes:

—¿Qué se supone que está haciendo conmigo? Está demasiado cerca… parece que quiere besarme.

No me da tiempo a responder. Un golpe en la puerta nos hace dar un respingo.

—Señor Lundqvist, ¿tiene un momento? —asoma mi secretaria, interrumpiendo el momento.

Doy un paso atrás de inmediato, recuperando la compostura. Ella se aparta también, con el rostro encendido.

—La conversación no ha terminado —le digo, antes de indicarle a la secretaria que pase.

Rocío sale del despacho con paso rápido, y yo me quedo mirando los papeles sin verlos realmente. Mi corazón late demasiado fuerte para alguien que presume de control absoluto.

17

Plan de emergencia

Rocío

Todavía tengo la cara encendida cuando me dejo caer en mi silla. No sé qué ha pasado en el despacho de Lundqvist.

Me detesta activamente, con esa precisión nórdica que tiene para todo. Y si el asco que me tiene se midiera en grados, el suyo estaría bajo cero.

—Te veo blanca como una sábana —me dice Iván, dejándose caer en la silla de al lado con su botellín de agua.

—Porque estoy jodida, Iván —suspiro—. Ese hombre me tiene enfilada y, si hay que hacer recortes, la primera en salir soy yo.

—Bah, exagerada.

—No exagero. Me mira como si quisiera borrar mi existencia de un plumazo.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —Iván señala con la barbilla el despacho de Lundqvist.

—Me ha tildado de algo que no soy —respondo, sintiendo otra vez la rabia en el estómago.

—¿Qué te ha dicho? ¿Que eres monja? —ironiza Iván.

—Peor. Ha insinuado que soy la hija del Dioni, que si no sé controlar a los proveedores algo turbio debo estar escondiendo. Que me llevo comisiones, vaya.

Iván se echa a reír.

—Claro, eso es porque las cámaras te grabaron una vez llevándote papel higiénico a casa.

—¡Fue solo una vez! —me defiendo—. Me había quedado sin papel y era una emergencia.

Iván me observa un momento, ladea la cabeza y suelta:

—Vale, entonces hay que trazar un plan.

—¿Un plan? ¿Qué soy, una espía rusa? —me río, aunque sin muchas ganas.

—Más o menos. —Él se inclina hacia mí como si fuera un secreto de Estado—. Operación: *Que el frigorífico confíe en ti.*

—Ni que fuera tan fácil. Ese hombre no confía ni en su sombra.

—Entonces habrá que forzarlo.

Resoplo, me tapo la cara con las manos.

—No sé qué es peor: si que piense que soy una ladrona o que tenga que ganarme su simpatía como si fuera un golden retriever.

Iván da un sorbo al agua y me guiña un ojo.

—Si conseguimos que le caigas bien, tu puesto está a salvo. Y oye, de paso te quitas de encima esa tensión sexual que parecéis arrastrar.

—¿Perdona? —Casi me atraganto.

—Lo que oyes. Y antes de que lo niegues, sí, se nota.

Lo miro indignada, pero en el fondo sé que tiene razón. Aunque jamás se lo admitiría.

—Vale, lo confieso, he fantaseado con echarle un polvo —murmuro bajito, casi como si fueran palabrotas—. Pero no hay reciprocidad, Iván.

—Eso ya lo veremos, amiga —me contesta con media sonrisa maliciosa.

Me resigno. Al final, parece que mi vida profesional se resume en esto: sobrevivir a un sueco que me odia y rezar porque no me despidan antes de que mi Satisfayer pida la baja laboral.

18

El primer intento

Rocío

El lunes tiene la mala costumbre de llegar siempre con cara de inspección sorpresa.

Vengo de un fin de semana rarísimo con Iván: me hizo de hombro para llorar, trazamos el plan como si fuéramos agentes secretos y acabamos el sábado bebiendo una botella de rosado y otra de blanco en su piso mientras yo despotricaba de Lundqvist a gritos… y al minuto siguiente confesaba que me gustaba y que me ponía cachonda.

Un finde distópico y absurdo, pero altamente necesario.

Llego con mi moño torcido, mis ojeras discretamente maquilladas y un mantra en la cabeza: *que* confíe en ti.

En la puerta del edificio me cruzo con el ficus de recepción (que lleva mejor la vida que yo) y con Manoli, la de seguridad, que me dice: vaya, qué guapa hoy, niña, como si no me hubiera visto arrastrarme por aquí el viernes con pinta de croqueta rebozada.

Dejo el bolso en la mesa, enciendo el ordenador, y antes de que el ventilador del portátil termine de soltar su primer suspiro, aparece Iván, botellín de agua en mano, sonrisa de conspirador profesional.

—Bueno, agente Romero —susurra, inclinándose como si fuéramos a descifrar planos de la NASA—. ¿Lista para llevar a cabo

tu objetivo?

—Me tiemblan hasta las pestañas —admito, abriendo el correo—. Si me vuelve a mirar cómo el viernes, me desintegro como un azucarillo en agua caliente.

—Tú tranquila —arrastra una silla hasta la mía—. Hoy te ofreces voluntaria para ayudar con el informe nuevo. Te pones servicial, profesional y un poco irresistible. Pero laboralmente irresistible, ¿eh? Nada de ojos de cervatilla.

—O sea: yo, pero con silenciador —resumo.

—Exacto. Y recuerda: no es una cita. Es un Excel.

—Ya, pero a mí los Excels me ponen nerviosa —confieso—. Y él más.

Iván me mira de arriba abajo, calibrando daños.

—Te veo bien. Llevas la blusa negra que te hace cara de jefa, te recogiste el pelo y no se te ha corrido el rímel. Perfecto para dar pena profesional, que es lo que queremos: *Míreme, señor, soy competente y obediente.*

—Me estás ofendiendo y motivando a la vez.

—Es mi superpoder —dice, dándome un toque con el bolígrafo en el hombro—. Venga, calienta que sales.

—¿No sería mejor mandarle un correo? —pregunto, abriendo ya un borrador—. Algo tipo: *si necesita manos extra con el informe de proveedores, aquí estoy para sumar.*

—No, no, en persona —me corta Iván—. El correo se lo traga el agujero negro del cinismo. Tú necesitas aire, perfume y presencia.

En persona te niega con más dificultad.

—¿Perfume? —Me huelo—. Llevo el de siempre.

—Perfecto. Huele a: *puedo con todo menos con usted, señor Lundqvist.*

—Muy animador.

—Te acompaño hasta la puerta —dice, levantándose—. Por si te da un soponcio.

Cruzamos la oficina como si fuéramos a presentar una oferta en bolsa.

Siento miradas.

Puede que no sean miradas, pero hoy todo me raspa un poco.

El pasillo hacia su despacho se me hace largo como un documental de cuatro capítulos.

Llamo a la puerta.

Dos golpes secos.

—Adelante —dice esa voz que ya me suena a aire acondicionado en diciembre.

Entro. Alexander está de pie, frente a la ventana, camisa blanca impecable, chaqueta en la silla, la corbata perfectamente alineada con su existencia. La luz de la mañana le pone el pelo rubio en modo anuncio de champú de lujo.

Me da rabia que me guste. Mucha.

—Señor Lundqvist —saludo, en la versión más profesional de mí —. Venía a… bueno, quería ofrecerme para echarle una mano con el informe nuevo de proveedores. Sé que tiene un *deadline* esta semana y pensé que… puedo ayudar a recopilar, cotejar con contratos locales, revisar precios de transporte… lo que haga falta.

Él me mira. No pestañea. Valora. Pesa. Es como si yo fuera una factura y él comprobara que no me falta el sello.

—Gracias, señorita Romero —dice, al fin—. No es necesario.

No duele. Arde.

—Entiendo —respondo, tragando con dignidad—. Por si cambia de opinión, estaré en mi mesa.

Me doy la vuelta con la mejor sonrisa neutra, pero antes de llegar al pomo, su voz me alcanza.

—Un momento.

Me giro. Él ha vuelto a la mesa y acerca una carpeta.

—Podría empezar por esto —dice, entregándomela—. Es un volcado de pedidos del último trimestre. Quiero un cruce con facturas y albaranes. Detecte duplicados, retrasos y cualquier patrón raro. Lo necesito hoy a las cinco.

Mi orgullo vuelve de su paseo por el subsuelo y me da la mano.

—Perfecto —sujeto la carpeta—. A las cinco lo tiene.

—Y… —añade, con esa pausa que solo usa para clavar estacas— sin tonterías en el informe.

—Solo números —prometo.

—Y hechos.

—Hechos —repito.

Salgo con la carpeta como si fuera un trofeo y casi me choco con Iván, que finge leer un tablón de anuncios que nadie mira desde 2007.

—¿Qué tal? —susurra.

—Tengo misión —le digo, alzando la carpeta—. Cruce de datos, duplicados, retrasos y patrones raros. Hoy a las cinco.

—¡Eso es! —Me da un choque de palmas bajito, como si estuviéramos en misa—. Vale, piensa: necesitas ritmo, enfoque, café… bueno, algo que sustituya el café, que ya prometiste no vivir a base de cafeína.

—Una tila con esteroides.

—Me sirve.

Pongo música bajita en los auriculares —una lista de *concentración* que parece compuesta por señores que tocan piano en nubes—, abro la hoja de cálculo y me sumerjo. Columnas, fechas, números de pedido, códigos de proveedor. Es como mirar una foto de familia donde todos llevan el mismo jersey.

A los diez minutos ya tengo los dedos calientes de tanto filtrar.

—Te traigo agua —dice Iván, dejándome una botella—. Y una napolitana por si te caes a media mañana.

—Eres mi ángel de la guarda, versión bollería —murmuro, sin levantar la vista.

—¿Vas bien?

—De momento sí… Espera. —Ruedo la silla, acerco la cara a la pantalla—. Aquí hay algo.

—¿Algo bueno o algo que nos mete en un lío?

—Algo raro. Mira —le indico el monitor—: estos pedidos de Transportes La Flor están duplicados. Mismo día, misma ruta, casi el mismo importe… pero con número de factura distinto. Y aquí… —paso pestañas— los albaranes no llegan el mismo día. Uno entra dos días después. Y las cantidades no cuadran por muy poco.

—¿Pequeños redondeos o *ups, me cayó una caja extra en la furgoneta*?

—No lo sé. Pero no huele a limpio. —Marco celdas en amarillo—. Y aquí hay otra cosa. Este proveedor local Suministros del Sur sube precios un 7% un martes al azar y luego vuelve a bajarlos la semana siguiente. No hay nota de revisión de tarifas ni nada. ¿Qué es esto, la bolsa?

—A ver si es que se quedaron sin papel y…

Lo miro.

—No —se corrige—. Era una broma. Sigue.

Trabajo.

Paro.

Respiro.

Vuelvo a trabajar.

A media mañana ya tengo un primer mapa de rarezas que haría llorar a un contable.

He señalado patrones de retrasos que se concentran en las semanas con más carga de eventos, pequeñas variaciones que, sumadas, son dinero.

Mucho dinero.

Y un par de relaciones extrañas: pedidos que pasan por la misma persona de logística siempre que hay *ajustes.*

—Esto va a cabrear al vikingo —dice Iván, mirando con el ceño fruncido.

—No es vikingo —suspiro—. Es un Báltico.

—Ya, pero, *esto va a cabrear al Báltico*, no suena igual. —Pausa —. ¿Se lo vas a llevar antes de las cinco?

—Quiero llegar con algo sólido. Si voy ahora y me hace preguntas, me desmonta.

—Vale. Pero no te metas tanto que te olvides de comer —me señala la napolitana—. Si te desmayas en su despacho, te hace un parte.

—Mejor me echa —respondo con media sonrisa.

—No bajes ese ánimo —levanta los pulgares—. Yo vigilo que nadie te moleste. Hoy eres cirujana de datos.

Me quedo sola con mis celdas y mis marcos amarillos. Y en una de esas, sin querer, se me cruza una imagen de la reunión del viernes: su brazo rozándome, su respiración en mi mejilla, el mechón rebelde que se me pegó a la boca.

Joder, qué bueno está cuando sonríe, me oigo pensar otra vez, y me doy un capirotazo mental.

Datos, Rocío. Hechos.

Vuelvo a lo mío.

A la una llevo el primer resumen a un documento. Nada de chistes. Nada de metáforas. Puro dato.

Se detectan 11 posibles duplicados (Anexo A). Se observan variaciones de precio del 7% sin justificación documental (Anexo B). Retrasos de albarán recurrentes en rutas X y Y (Anexo C).

Me sorprendo a mí misma con lo seria que sueno. Hasta parezco una persona de bien.

—¿Le ponemos una portada con tu cara? —asoma Iván, colándose por encima del monitor—. «Rocío te salva la empresa».

—Le pongo una portada lisa y doy gracias —digo, guardando el archivo—. Voy a comer algo rápido y lo termino.

—Te acompaño. —Mira el reloj—. El Bárbaro come en su mesa, ¿lo sabías?

—Natural —respondo—: así no pierde tiempo en digestiones.

Comemos en la terraza de la esquina: media tostada con una conversación de: *respira que puedes con esto*.

Vuelvo a la oficina con un nudo nervioso en el estómago, pero también con la certeza de que hoy no me pilla a contrapié.

A las 15:47 tengo el documento listo.

Repaso faltas.

Quito una coma por superstición.

A las 16:02 llamo a su puerta.

19

Santa y Justa

Rocío

—Adelante —Abro.

Está otra vez de pie, como si no se sentara nunca. Me pregunto si los suecos vienen con columna de acero de serie. Dejo el informe en su mesa, junto a su laptop impoluto.

—Aquí está el cruce con facturas y albaranes —digo, sin temblor —. He marcado en amarillo duplicados y retrasos. En rojo, variaciones sin soporte. Anexos al final, por proveedor.

Él no dice nada. Solo abre el documento y, con su maldita eficiencia, recorre cada línea. Silencio. Mi corazón hace taca-taca-taca silencioso. Yo intento parecer una planta. A los dos minutos, su dedo se detiene.

—Explique esto —señala.

—Transportes La Flor. Duplicados con diferencia de treinta y cuatro céntimos y fecha de albarán desfasada dos días. Se repite en cinco semanas alternas. —Me escucho técnica. Casi no me reconozco.

—¿Sugerencias? —pregunta, y la palabra me pilla con la guardia baja.

—Auditoría de ruta y registro de sellos. Revisión de protocolo en recepción: foto de albarán al momento de descarga. Y… —me muerdo la lengua— suspender temporalmente la orden automática a ese proveedor hasta que justifiquen las variaciones.

Levanta la vista. Se encuentran nuestros ojos. Lo juro: hay un destello de algo parecido a sorpresa. O respeto. Es un parpadeo microscópico, pero existe.

—¿Y esto? —pasa a la página del Suministros del Sur.

—Variación del 7% sin comunicación. Revisé correo y no hay circular. Propongo pedir anexo de actualización y, si no lo envían, aplicar cláusula 4.2 del contrato: precios congelados hasta notificación formal.

—Congelados —repite él, neutro.

—Figuradamente —aclaro.

Sigue leyendo. Yo respiro cuando me acuerdo. Se detiene otra vez, mira los anexos, vuelve atrás. Tarda. Bien: eso es que no está descartándolo de un plumazo. Cuando cierra el documento, me mira con esa cara que no dice.

—Está… —pausa— correcto.

La palabra me cae como un halago con gabardina.

—Gracias —respondo, digna.

—Siéntese —añade, señalando la silla frente a su mesa.

Obedezco. Él gira la pantalla para que veamos lo mismo. Su perfume es discreto y caro; su camisa huele a plancha a vapor y orden. Me odia, me digo, para recordar quién soy. Pero cuando sus

dedos rozan mi mano al mover la carpeta, una corriente me sube por el brazo. Aparto la mano tan rápido, que parezco una niña robando galletas.

—Perdón —murmuro.

Él no reacciona. Sigo con el informe.

—Aquí hay otra cosa —señalo, pasando página—. Los retrasos coinciden con semanas de eventos en la ciudad. Triana, Feria, Corpus… Podría ser simple saturación de tráfico, pero el patrón es fino: siempre en proveedores que usan la misma nave intermedia.

—¿Qué nave?

—Santa Justa 14B. —Paso al anexo D—. Aquí.

Él teclea algo en su portátil. Escribe rápido, como si las palabras tuvieran lugar asignado. Me pregunto si también reparte el tiempo así, por cajoncitos, y por qué me gustaría que un segundo de su tiempo se saliera del cajón por mí. Otra sacudida. Vuelvo al papel. Datos. Hechos.

—Bien —dice—. Va a coordinar con logística el cambio de protocolo. Quiero el piloto esta misma semana.

—¿Yo? —parpadeo.

—Usted lo detectó —responde, como si fuera obvio—. Y… —otra pausa— confío en que no deje pasar detalles.

Mi cerebro hace un doble mortal. *¿Confío?* Él. En mí. ¿Es real? ¿Estoy soñando en la terraza con la napolitana como almohada? Respiro.

—De acuerdo —asiento—. Empezaré hoy.

Él vuelve a la página uno. Señala la cabecera.

—Y quite este doble espacio. Es innecesario.

Me río por dentro. No por fuera. Por fuera soy funcionaria del rigor.

—Lo quito.

Nos quedamos unos segundos en silencio, muy cerca, mirando la pantalla. El reflejo nos encuadra a ambos. Podría contarle las pestañas. Él tose, mínimo, y mueve la silla un poco. La distancia vuelve a ser la reglamentaria. Yo tardo un segundo más en recomponerme.

—Gracias por el informe, señorita Romero —dice, de pie ya, como si hubiera tocado la campana de clase—. A las siete quiero el plan de implantación del protocolo. Dos páginas. Sin florituras.

—A las siete lo tienes —respondo, y me odio por el tienes. —Lo tendrá —corrijo.

—Eso.

Recojo la carpeta, y cuando estoy a punto de salir, escucho:

—Bien visto lo de Santa Justa.

Me vuelvo.

—Gracias —digo, y esta vez sí sonrío, chiquitito. Cierro la puerta antes de que se me caigan todas las armaduras.

20

Bajo la superficie

Alexander

La miro entrar con esa carpeta en las manos como si llevara una bomba.

No titubea.

O finge que no.

Sus pasos son firmes, pero sus ojos me observan con esa mezcla de respeto y desafío que ya me tiene demasiado presente.

Me incomoda y me atrae a partes iguales.

Me entrega el informe y se sienta frente a mí. Puedo oler su perfume, algo fresco, cálido a la vez, nada sofisticado, pero… funciona. Huele a ella, y eso basta para distraerme.

Me obligo a centrarme en las páginas.

La precisión de sus respuestas me sorprende. Duplicados detectados, anomalías señaladas, propuestas lógicas.

¿Dónde estaba esa minuciosidad antes?

He revisado informes suyos previos y jamás llegaban a este nivel. Por un instante me pregunto si siempre estuvo escondida detrás de su ironía… o si de pronto tiene un motivo personal para impresionar.

—Está… correcto —digo, y noto cómo la palabra le enciende los ojos como si fuera el mayor halago del mundo.

Cuando le indico que se siente, la tensión sube de golpe. Su cuerpo queda demasiado cerca. El reflejo en la pantalla nos muestra a los dos, hombro con hombro. La profesionalidad se me escurre entre los dedos.

Un roce.

Apenas un segundo.

Mis dedos con los suyos.

Ella retira la mano enseguida, pero el contacto me quema todavía.

Siento el pulso acelerarse en un lugar donde no debería hacerlo en medio de la oficina.

Me aclaro la garganta.

Ella también parece afectada, aunque se esfuerza por fingir normalidad.

Mientras explica lo de Santa Justa, me descubro mirándole la boca. Un mechón de pelo se ha soltado y casi roza sus labios.

Me viene una imagen rápida, brutal, de apartárselo con la mano y besarla hasta que deje de responder con cifras.

Sacudo la cabeza.

No.

La escucho hablar y, al mismo tiempo, mi mente me traiciona.

¿Cómo es posible que apenas la semana pasada pareciera incapaz de cuadrar un balance sin chiste de por medio… y ahora esté tan implicada en revisar patrones de proveedores, detectando cosas que ni yo había visto?

Cuando la despido, todavía me queda la duda ardiendo: ¿lo hace porque de verdad es buena, o porque hay algo más detrás?

Sale del despacho y cierro el informe, pero la imagen de su sonrisa tímida se me queda grabada.

Y me repito a mí mismo una pregunta incómoda:
¿Cómo demonios no lo había visto antes… y por qué ahora me resulta imposible quitarme esa duda de la cabeza?

21

Maratón erótica

Rocío

—¿Qué cara es esa? —me asalta Iván, media hora después, cuando me engancha en la impresora.

—Cara de: *no me han despedido* —respondo, enseñándole el pulgar—. Me ha dicho:
bien visto.

—¿Te ha dicho *bien visto*? —Abre los ojos como si hubiera presenciado la aparición de la Virgen—. ¡Eso en sueco es un: *ime estoy enamorando!*

—No seas tonto —me río—. Me ha puesto deberes: plan de protocolo a las siete.

—Perfecto —choca su puño con el mío—. Primer paso del plan: que te vea útil. Hecho. Siguiente fase: humanizar al *frigorífico*.

—Eso suena a documental de La 2.

—Pues lo diriges tú. Esta semana lo sacas de la pecera. Café corto, paseo de cinco minutos por el patio, lo que sea. Ya has roto el hielo.

—Otra metáfora con hielo y convoco a la ONU.

Lo que no le digo es que por dentro sigo sofocada por el *momentazo* en su despacho; aún siento palpitar mis partes bajas y las notas amaderadas de su perfume pegadas a las paredes de mi pituitaria.

Y lo peor (o lo mejor) es que me siento orgullosa de mí misma: me he plantado delante de él, he entregado un informe sólido y hasta me ha soltado un *bien visto*.

El plan de Iván parece funcionar, y por primera vez estoy confiada en que puedo darle la vuelta a esto… aunque mi cuerpo siga vibrando como si hubiera corrido una maratón erótica.

22

Sospechas cruzadas

Alexander

Llevo toda la mañana del martes repasando balances, albaranes y hojas de cálculo como si la salvación de la humanidad estuviera escondida en un número de pedido.

La voz de mi padre aún resuena en mi cabeza: *Encuentra al responsable, Alexander. No podemos permitir fisuras*.

Como si fuera tan fácil.

Como si bastara con apretar un botón y la verdad saltara en la pantalla.

He aprendido que las cifras pueden mentir tanto como las personas. Un redondeo aquí, un duplicado allá… y la empresa pierde miles sin que nadie levante la ceja. El problema es descubrir quién se beneficia de esto.

Cierro los ojos un momento. Y, como un reflejo involuntario, aparece su rostro. Rocío Romero. La he visto esta semana con una determinación que no esperaba.

El informe que me entregó ayer estaba limpio, detallado, casi impecable. Detectó irregularidades que mis propios filtros habían pasado por alto.

Eso debería aliviarme, convencerme de su valía. Pero en lugar de eso, me genera sospechas.

Nadie pasa de ser ligera, bromista y dispersa a convertirse en la guardiana de los números de la noche a la mañana. Algo hay detrás.

La recuerdo sentada frente a mí, explicando lo de *Transportes La Flor* con voz firme. No se inmutó cuando la interrogué. Incluso propuso protocolos que me parecieron sensatos.

Y, sin embargo, había algo más: un brillo en sus ojos, un temblor en sus labios, como si detrás de cada cifra hubiera un pulso secreto.

Me reprendo a mí mismo.

No debería fijarme en eso.

No debería pensar en cómo olía su perfume ni en el calor que desprendía cuando nuestras manos se rozaron.

No debería, pero lo hago.

Me levanto, camino por el despacho, miro la ciudad desde la ventana. Sevilla bulle con un ruido que me cuesta soportar: cláxones, voces, el eco de una guitarra en la calle. Allá abajo la vida no se detiene. Y aquí dentro, yo me ahogo en el silencio de mis propias dudas.

¿Y si Rocío estuviera implicada en la filtración? Sus risas con Iván, su complicidad… Si hay alguien capaz de mover cosas por debajo del radar, tendría que contar con alguien de dentro. Ella es nueva, apenas más de un año en la empresa. Nadie la miraría dos veces.

Perfecta tapadera.

Mi padre me dijo hace unos años: *No confíes en las sonrisas, hijo. A veces esconden las traiciones más caras.*

Sé que tiene razón. Pero también sé que esa sonrisa me está volviendo imprudente.

Me siento de nuevo. Abro la carpeta que ella me dejó. Releo sus anotaciones, sus marcas en amarillo y rojo. Son precisas, pero… demasiado precisas. ¿Es posible que quien siembra el desorden sea el mismo que lo detecta? La idea me carcome.

Al mismo tiempo, me descubro recordando cómo me miró cuando dije: *está correcto*. Como si le hubiera regalado un mundo entero con dos palabras. Nadie debería mirarme así. Nadie debería importarme así.

Golpeo la mesa con el puño, frustrado. Estoy dividido. Ella no puede ser las dos cosas: la infiltrada que arruina a la empresa y la mujer que me altera el pulso. Y, sin embargo, todo en mí dice que es ambas.

Un enemigo potencial.

Una distracción peligrosa.

Y no sé cuál de las dos versiones me asusta más.

23

Cruzcampo y llanto

Rocío

Los martes suelen ser mi día de paz. Me gusta la noche del martes porque el barrio está tranquilo, las terrazas no están abarrotadas y siempre puedo bajar a comprar pan sin toparme con medio vecindario.

Es mi pequeño ritual de calma en mitad de la semana.

Pongo la lavadora, veo series malas y finjo que mi vida es normal. Pero hoy es distinto. Iván se ha presentado en mi casa con un par de packs de Cruzcampo y cara de: *hoy toca terapia intensiva.*

—Rocío, hoy no vamos a hablar de balances —dice, agitando una lata como si fuera champán de celebración—. Hoy vamos a hablar de ti, de mí y de cómo sobrevivimos a los bárbaros del norte.

—No le llames bárbaro, que luego se me mete en la cabeza —protesto, dejándole pasar—. Y esas cervezas mejor que cumplan lo que prometen, porque estoy al borde de la autodestrucción.

Nos acomodamos en mi sofá.

Yo con el pijama más decente que encontré (léase: camiseta de publicidad y shorts) y él con su eterna camisa remangada, porque Iván ni en días normales de la semana pierde las formas.

Abre un par de latas heladas y al primer trago ya siento que la lengua se me suelta.

—No puedo más —confieso, después de la segunda lata—. Ese hombre me trae por la calle de la amargura.

—¿Ese hombre? —Iván sonríe con malicia—. ¿O ese jefe *buenorro* que no puedes quitarte de la cabeza?

—Las dos cosas. Alexander Lundqvist: la pesadilla con mandíbula cuadrada.

Iván ríe, levanta la lata y brinda:
—Por los hombres que nos arruinan el hígado y nos confunden las hormonas.

Brindamos. Y yo sigo.

—Es que no lo soporto. Me corrige, me mira como si quisiera borrarme, y al mismo tiempo… —me muerdo el labio— al mismo tiempo me pone.

—Ajá —dice él, reclinándose como terapeuta barato—. ¿Quieres desarrollar esa última parte?

—¡No quiero! —grito, y me sirvo otro trago—. Pero es la verdad. Me pone nerviosa, me pone rabiosa, me pone… cachonda.

Iván suelta una carcajada.
—Amiga, eso se llama tensión sexual. Manual básico.

—Yo lo llamo tortura laboral. —Bebo de un trago—. Y lo peor es que cada vez que me acerco a él siento que me derrito. El perfume, la voz, la manera en que me dice cualquier cosa es como si fuera una sentencia divina.

—Rocío, creo que estás perdida.

—Lo sé —me desplomo contra el respaldo—. Pero también me da miedo. Él no confía en mí. Estoy convencida de que sigue pensando que oculto algo.

—¿Y acaso no ocultas algo? —me provoca, con una ceja arqueada.

—¡Claro que no! —protesto—. Bueno, solo lo del papel higiénico aquel día.

Nos reímos los dos. Pero luego el tono se vuelve más serio.

—Fuera de bromas —digo, bajando la voz—. Creo que alguien está manipulando las cifras. Y obviamente no soy yo.

—¿Quién?

Dudo. Vuelvo a beber. La cerveza me da valor.

—No tengo pruebas, pero… creo que podría ser Ramírez.

Iván abre mucho los ojos.

—¿El de logística?

—Sí. Siempre está en medio cuando hay retrasos, y justo en esas semanas aparecen las variaciones. Y además… —suspiro— me mira demasiado.

—¿Demasiado cómo? —se burla.

—Demasiado de: *te estoy evaluando*. Y ya tengo bastante con Lundqvist haciéndome auditoría personal.

Iván asiente, pensativo.

—Puede ser. Ramírez siempre ha tenido un aire raro. Yo lo descartaba por aburrido, pero a veces los aburridos son los que esconden más.

Me quedo callada un momento.

—¿Sabes qué es lo peor? —le digo—. Que pese a todo, a veces me siento orgullosa. De haberle plantado cara, de haber entregado ese informe. Es como si… como si necesitara su aprobación.

—Eso es humano, Rocío. Aunque te fastidie.

—Pues me fastidia mucho. —Me río nerviosa—. Porque cada vez que lo tengo cerca pienso que o me mata o me besa.

Iván levanta la lata otra vez.
—Brindemos por no saber la diferencia.

Las cervezas se acaban rápido.

El piso queda lleno de latas vacías como si fuera una caseta de feria.

La conversación se vuelve un carrusel: que si Alexander parece de acero, que si yo debería huir, que si en el fondo me excita que me rete.

Yo despotrico, lloro un poco, luego río. Al final termino gritando como el sábado:

—¡Es que me gusta, Iván! Me gusta y me da miedo y me vuelve loca.

Iván me abraza, me deja llorar en su hombro y murmura:
—Pues habrá que encontrar la forma de que esa locura no te deje sin trabajo.

Nos quedamos en silencio un rato. Afuera, Sevilla sigue con su ruido nocturno. Yo bebo el último sorbo y reconozco lo que me está destrozando por dentro.

Y también lo que me está incendiando.

24

Presión

Alexander

—Quiero nombres, Alexander —la voz de mi padre corta el aire del despacho como un cuchillo helado—. No podemos seguir jugando a las adivinanzas.

Aprieto la mandíbula. No quiero decirlo, pero me sale solo:

—Iván… y Rocío Romero.

Asiente despacio, sin inmutarse.

—Lo suponía. Los he visto juntos demasiadas veces. Son uña y carne. Si hay un desvío, uno de los dos está implicado. O los dos.

—No. Rocío no… —dudo, pero la frase muere en mi boca.

Mi padre clava en mí esos ojos grises, tan fríos como los míos.

—Entonces aprovéchalo. Usa lo que tienes. Acércate a la chica, sácale información.

—¿Te ha vuelto loco? —suelto, con un calor extraño recorriéndome la espalda.

—No quiero ladrones en mi empresa —me corta, tajante—. Y si sospechas de ellos, es porque hay algo que no quieres admitir.

—No tengo pruebas.

—Precisamente por eso debes encontrarlas —replica Magnus—. Aunque tengas que engatusar a Rocío para conseguirlas. Y no te hagas el ingenuo, Alexander: tu atractivo, bien usado, caza tan bien como el talento.

—No voy a jugar con ella de esa forma —me rebelo, más fuerte de lo que esperaba.

Arquea una ceja.

—¿Defendiendo ya a tu empleada? Me sorprende, Alexander. Me sorprende mucho.

—No es defensa, es lógica —miento a medias. Lo que siento en realidad es otra cosa, un nudo en el estómago que no sé explicar.

—Llámalo como quieras —responde él, volviendo la vista a los papeles—. Pero lo harás. Si no por mí, por la empresa.

Un silencio incómodo llena la sala. Yo inspiro hondo, intentando sofocar el impulso de decirle que no pienso usar mi aspecto como moneda de cambio.

—Me conoces, padre —le digo al fin—. Si encuentro pruebas, actuaré. Pero no voy a inventarlas.

Magnus me atraviesa con la mirada.
—Más te vale. Porque si no las encuentras, otros lo harán. Y entonces el problema serás tú.

Me quedo en silencio. Odio admitirlo, pero sé que, a partir de ahora, cada vez que la mire, la tentación y la sospecha van a mezclarse como veneno en mis venas.

Y ese veneno puede arrastrarme más de lo que imagino.

25

Entre papeles y miradas

Rocío

La tarde del miércoles se alarga como un chicle pegajoso. Yo solo quiero esconderme en mi mesa y fingir que soy parte del mobiliario, pero no: el bárbaro nórdico ha decidido que necesito pasar la tarde con él revisando contratos.

—Romero, en mi despacho —ordena, seco.

Recojo mi carpeta con resignación. El corazón me late más rápido de lo que debería.

Dentro, la mesa está cubierta de contratos. Todo impecable, como siempre. Él está de pie, con esa presencia que llena la sala, aunque no diga nada.

—Siéntese —me indica, y yo obedezco.

Empieza el repaso: páginas y páginas de cláusulas, precios, plazos. Yo intento concentrarme, pero noto su mirada clavada en mí más de lo normal. Cada vez que levanto la vista, ahí está, observándome como si buscara una fisura en mi armadura.

—Aquí —dice, señalando una línea—. Explique esto.

Me inclino sobre el papel. Al hacerlo, mi brazo roza el suyo. Y últimamente eso de rozarnos pasa demasiado, tanto que empieza a tocar lo peligroso, lo picante. Es apenas un segundo, pero suficiente

para que un escalofrío me recorra de arriba abajo y me entren ganas de reírme nerviosa de lo ridículo y excitante que resulta.

Retiro la mano de golpe.

—Perdón —murmuro, sintiéndome idiota.

Él no responde. Ni siquiera se aparta. Solo sigue leyendo, como si nada hubiera pasado. Pero yo sé que lo ha sentido. Lo noto en la rigidez de sus hombros, en la manera en que aprieta la pluma entre los dedos.

El repaso continúa, y cada palabra suya me parece cargada de un peso extra. No son simples cláusulas. Es su voz baja, su cercanía, la tensión que flota como un cable eléctrico en la sala.

En un momento dado, nuestras manos coinciden sobre la misma hoja. Esta vez ninguno se aparta de inmediato, y el efecto es devastador: un chispazo que me sube por el brazo y me enciende las mejillas.

—Romero. —Retira la mano despacio—. Concéntrese.

—Estoy concentrada —respondo, demasiado rápido.

Nuestros ojos se cruzan. Y por un instante, el silencio es tan intenso que juro que solo se escucha mi corazón martilleando.

Él aparta la mirada primero. Yo respiro hondo, tratando de recomponerme.

Seguimos revisando, pero la tensión se queda. Y cada vez que nuestras manos se acercan, sé que a él también le cuesta mantener el control. Aunque lo disimule, aunque se esconda detrás de su máscara de hielo.

¿Por qué me mira así? ¿Por qué me hace sentir que cualquier cláusula es una invitación a algo más?

Y yo, mientras tanto, me consumo en la duda: ¿me vigila porque sospecha… o porque siente lo mismo que yo?

De pronto, su voz me saca de mis cavilaciones.

—¿Tiene algo que hacer esta noche, señorita Romero?

Aguanto la mandíbula mentalmente para que no se me desplome al suelo.

—Poner una lavadora —respondo tímida—. ¿Acaso necesita ayuda también con la colada?

Frunce el ceño, serio, ladeando la cabeza.

—Ya sé que no le gustan las bromas —me apresuro a aclarar—. Disculpe. No tengo nada interesante que hacer esta noche… pero tampoco entiendo por qué quiere saberlo.

Sin cambiar el rictus, replica con gravedad que suena casi graciosa: —Porque creo que debería compensar tanto trabajo por su parte con una cena al salir de la oficina.

Me quedo helada.

—Quizá se haga muy tarde si tengo que ir a casa a cambiarme. Esta ropa es de trabajo, poco apropiada para una cena.

—Yo creo que está perfecta. Siempre lo está.

Me da un soponcio mental. No ha mostrado ni una sola sonrisa mientras lo pedía, y, aun así, lo único que pienso es que esta vez *el frigorífico* acaba de subirme la temperatura a mil grados.

26

Los *pescaitos*

Rocío

Acepto la invitación porque, sinceramente, no he tenido reflejos para negarme… y también porque la idea de cenar con él es tan tentadora como excitante, aunque me dé rabia admitirlo; ya me veo contándolo como chiste malo en el grupo de amigas.

Podría haber dicho que tenía yoga, dentista, cena con amigas, incluso que me iba a alinear los chacras con incienso barato del chino.

Pero no.

Dije que sí.

Y ahora me encuentro caminando junto *al frigorífico* hacia un restaurante en el centro como si esto fuera lo más normal del mundo.

—¿Le gustan los pescados? —pregunta, sin mirarme, como quien consulta la temperatura del aire.

—Depende de quién los cocine. Si los fríe mi tía Paqui, son gloria bendita. Si los hace usted, seguro que vienen con un PowerPoint de 200 diapositivas adjunto.

Él ladea la cabeza, serio. Yo sonrío sola, como siempre.

El lugar es elegante sin llegar a ostentoso. Manteles blancos, copas finas, camareros que te llaman *señorita* sin sonar condescendientes. Alexander pide una mesa apartada.

Natural, porque este hombre no sabe lo que es mezclarse con la plebe.

Cuando me siento, noto su mirada unos segundos más de lo necesario. Yo juego con la servilleta, fingiendo normalidad.

—¿Siempre hace bromas cuando está nerviosa? —pregunta, mientras hojea la carta.

—¿Siempre interroga cuando no sabe de qué hablar? —le devuelvo.

Un silencio breve. Luego, una media sonrisa fantasma, tan rápida que dudo si fue real. Me descoloca.

Pedimos. Él, pescado a la plancha. Yo, solomillo con salsa de champiñones, porque si me va a despedir mañana, al menos que me lleve la barriga contenta.

El vino llega. Yo no bebo mucho, pero esta noche me sirvo la copa entera.

—Brindemos —digo, levantándola.

—¿Por qué?

—Por sobrevivir a la jornada sin matarnos.

Chocamos las copas. Su mirada se queda fija en la mía unos segundos. Siento calor en las mejillas, y no precisamente del vino.

La conversación fluye a trompicones: que si Sevilla le parece demasiado ruidosa, que si yo no entiendo cómo alguien puede vivir en un país donde el sol se pone a las tres de la tarde. Entre pulla y pulla, noto cómo la distancia se acorta.

—¿Siempre habla tanto? —me pregunta, con esa calma nórdica.

—¿Siempre escucha tanto sin dar pistas? —respondo.

Él me observa en silencio. El camarero trae los platos, rompiendo la tensión.

Mientras como, siento sus ojos en mí. A ratos me incomoda, a ratos me enciende. Y maldigo internamente que pueda ser ambas cosas a la vez.

—Tiene buena técnica para analizar contratos —dice, de pronto.

Me atraganto con un trozo de carne. Tos, vino, servilleta. Él me ofrece agua, imperturbable.

—¿Es eso un cumplido, Lundqvist? —pregunto entre toses.

—Es un hecho.

Yo ruedo los ojos, pero por dentro mi ego da volteretas.

Entre bocado y bocado, no aguanto más la duda. —¿Por qué me ha dicho antes que siempre estoy perfecta? —pregunto, intentando sonar casual, aunque la voz me sale más aguda de lo normal.

Él levanta la vista, seco como siempre. —Porque lo está.

Espero algo más, un guiño, un doble sentido, cualquier cosa que me confirme que no estoy loca y que este hombre puede tener sed de sexo además de sed de control. Pero nada. Ni media sonrisa. Ni

un pestañeo. Sólo el *frigorífico* en versión humana soltando lo que para él es lo obvio.

Me desinflo como un globo al que le han quitado el nudo. Mi gozo en un pozo. Si pensaba que aquí iba a haber carnaza, mejor me hubiera quedado en casa con el Satisfyer.

El postre llega casi sin darnos cuenta. Él lo pide para compartir. Yo hago chistes sobre cucharas y bacterias, pero acabo probando del mismo plato. Y siento, de manera absurda, que hay algo íntimo en ese gesto.

Cuando terminamos, voy a sacar la cartera, pero él ya ha pagado.

—Ni lo intente, Romero —dice.

—¿Y si quiero invitar yo?

—No lo quiere.

Tiene razón. Pero igual me fastidia que la tenga.

Salimos a la calle. La noche sevillana vibra: terrazas llenas, risas, guitarras callejeras. Yo me envuelvo en mi chaqueta y pienso que este hombre, aquí, desentona como un pingüino en la playa. Y, aun así, no puedo apartar la vista de él.

—La acompaño a casa —dice, como quien dicta una orden.

Yo debería negarme. Debería decir que estoy bien sola. Pero lo cierto es que quiero ver hasta dónde llega esto.

Camino a mi lado, alto, impecable, frío. Seco, tosco, serio, imperturbable… exactamente igual que siempre. Y por más que no

entienda muy bien el motivo de esta cena, la verdad es que ese aire impenetrable suyo me pone a mil, lo que me cabrea todavía más.

Yo sonrío sola, pensando que esta noche no es solo una cena. Es un campo minado, y estoy a punto de pisar el centro.

27

Ladrón de bocas

Alexander

Caminar con ella por las calles de Sevilla es como entrar en un escenario que no me corresponde. El bullicio me molesta, las voces altas me irritan, las risas me parecen demasiado estridentes. Y, sin embargo, el contraste de su presencia a mi lado suaviza esa incomodidad.

Romero se ríe de algo que acaba de decir, una ocurrencia banal sobre las luces colgadas en las farolas. Yo no veo nada gracioso, pero escucharla me resulta… tolerable. Incluso agradable.

El aire es húmedo, cálido, lleno de olores que no logro descifrar: especias, cerveza derramada, perfume barato. Yo debería estar pensando en las cuentas, en los nombres que tengo que entregar a mi padre, en la infiltración que podría estar pudriendo la filial. Pero mi mente se desvía hacia el modo en que su pelo oscuro se mueve cuando gira la cabeza.

Y me jode admitirlo: al final he cedido a esta cena porque Magnus me pidió que la conquistara, que me acercara a ella. Pero lo que mi padre no sabe —y no pienso confesarle— es que lo hice también por voluntad propia. Porque desde el minuto uno en que la vi en la oficina, su insolencia, su belleza morena y esa energía caótica me han atraído más de lo que quiero reconocer.

—¿Siempre es tan serio? —me lanza de repente.

—¿Cómo debería ser según usted? —pregunto, arqueando una ceja.

—Es un hombre afortunado, que viene de buena cuna y que no parece haber pasado nada catastrófico en su vida… y aun así va por ahí tan tieso como un palo de fregona recién comprado —me suelta, con una comparativa andaluza que me deja perplejo.

—No entiendo lo que quiere decir —respondo.

Ella se ríe otra vez y aclara: —Que parece que le hubieran pasado por la plancha y lo hubieran dejado recto de por vida. Demasiado serio para alguien que, a primera vista, lo tiene todo.

—El dinero no lo es todo —respondo seco.

—¿Entonces qué le falta para sonreír un poco? —me desafía.

—Quizá algo que aún no sé nombrar —contesto ambiguo, y la desconcierto. Lo noto en su cara. Y verla así, tan inocente y vulnerable por un segundo, me oprime el pecho de una forma que no esperaba. Me esfuerzo por esbozar una sonrisa sincera y, para mi sorpresa, veo cómo se le ilumina la mirada.

Ella se ríe, ligera, como si la vida no pesara. Me pregunto cómo lo hace.

Llegamos frente a su edificio.

Es modesto, con una puerta de hierro pintada de verde y un portal iluminado por un fluorescente tembloroso. Nada en este lugar se parece a lo que yo conozco.

Y, aun así, hay una calidez que me resulta insoportable y atrayente al mismo tiempo.

Ella se detiene y me mira. No sé si espera que me despida o que diga algo más.

Mis labios se abren para soltar un adiós formal, pero no pronuncio nada.

El silencio se alarga. Demasiado.

Romero baja la mirada, juguetea con las llaves, se muerde el labio. Y yo siento cómo mi control se resquebraja.

Doy un paso más, apenas un movimiento. La distancia entre nosotros se reduce a un suspiro. Puedo oler su perfume, mezclado con el vino que ha bebido.

Ella alza la vista. Sus ojos me sostienen. En ese instante, mi padre, la empresa, las sospechas… todo desaparece.

Solo queda ella.

Me inclino. Lento. Como si todavía me diera tiempo a arrepentirme. Romero parece dudar, gira un poco la cabeza.

Podría retroceder.

Podría detenerme.

No lo hago.

Mis labios rozan los suyos en un contacto breve, eléctrico, casi robado. Ella no corresponde, pero tampoco me aparta. Es un beso suspendido, a medio camino entre el atrevimiento y el error.

Me retiro de inmediato, con la respiración controlada a la fuerza y la polla pugnando por erguirse dentro de mis pantalones.

—Buenas noches, señorita Romero —murmuro, con un tono que no revela nada.

Ella asiente, muda, y entra en el portal. La puerta se cierra y observo cómo desaparece.

Camino de regreso a mi apartamento con una sola pregunta taladrándome la mente: ¿qué demonios me pasa que no consigo sacarla de mi cabeza ni un segundo?

Y la respuesta, aunque intente negarla, es peligrosa.

28

Imanes de nevera

Rocío

En cuanto cierro la puerta de casa, hago lo que cualquier persona con el corazón acelerado y las ideas revueltas haría: llamar a Iván, mi fiel amigo.

Ni un segundo tardo.

Marco su número y, cuando responde, ya estoy a punto de explotar.

—Me ha invitado a cenar. —Ni hola, ni nada.

—¿Quién? —Iván bosteza al otro lado, como si fueran las tres de la madrugada y no las once y media.

—¿Quién va a ser? ¡*El frigorífico*! Alexander Lundqvist en persona.

—Ajá… —su tono cambia de inmediato, y hasta puedo verlo incorporarse de golpe en el sofá—. Cuenta.

Respiro hondo.

—Pues que la cena ha sido… normal. O sea, poca emoción, a ver si me entiendes. Él igual de seco que siempre, yo intentando arrancarle alguna chispa… y nada. Pero luego me ha acompañado a casa y…

—Y… ¿qué? —Iván alarga la sílaba como si estuviera degustando un caramelo.

—Me ha besado —lo digo de carrerilla, antes de que mi cerebro lo censure.

Silencio al otro lado. Luego, la carcajada.

—¿Qué tipo de beso? —pregunta entre risas.

—Uno robado, ligero… pero en el que nuestras bocas se han unido como dos imanes de nevera. —Yo misma me sorprendo de la comparación.

—Muy buena, Romero. Apuntada queda para el libro de frases célebres. —Iván se está partiendo de risa.

—No estoy para bromas, Iván.

—Imagino que estarás mojada como un albero después de la primera lluvia de primavera y lista para que el jefazo te quite las telarañas del útero.

—¡Eres un cerdo! —le grito, aunque no puedo evitar soltar una risita nerviosa.

—Un cerdo sincero —remata él.

Me dejo caer, mirando el techo.

—Todo me parece rarísimo. De verdad. Pienso que me está utilizando para algo. Que hay gato encerrado.

—Si así fuera, habría ido más a saco. Créeme. —Iván suena serio esta vez.

Me muerdo el labio, enredada en mis propios pensamientos bipolares. Lo odio porque es seco, tosco, un robot programado para revisar contratos… pero a la vez me atrae como si fuera un imán, otra vez los imanes, qué cruz. No me fío de la gente que no se ríe, que hace todo como autómatas. Y, sin embargo, aquí estoy, con el corazón latiendo como si me hubiera bebido cinco cafés y con las piernas temblando por un beso que duró menos que un anuncio de compresas.

—Amiga —dice Iván con tono cómplice—, lo quieras o no, *el frigorífico* te tiene más encendida que las luces de la Feria.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer ahora? —pregunto, desesperada.

—Mañana llegas a la oficina como una diva en celo y atacas. Coges el toro por los cuernos.

—No pienso doblegarme ni pedirle que me bese de verdad otra vez —respondo indignada.

—Igual el chico es tímido.

—¿Tímido? ¡Es todo lo contrario! ¿No lo ves en las reuniones? Es un narcisista integral.

—Tal vez tiene el pito pequeño y por eso le falta seguridad.

—Dudo mucho que tenga una flautita entre las piernas —replico entre carcajadas.

—Pues entonces te tocará comprobarlo —me pincha Iván.

Y me quedo callada, preguntándome si de verdad debería ser yo la que dé el siguiente paso.

29

¿Resultados?

Alexander

Jueves a primera hora.

Apenas cruzo la puerta de la filial, ya sé que el día no será fácil. Magnus está sentado en mi despacho como si fuera suyo —y en cierto modo lo es—, con un café a medio terminar y un rictus que conozco bien. Quiere sangre.

—Alexander —saluda sin adornos—. Mira, hijo: te he dado libertad para mover las piezas, pero ya se me han acabado las excusas. Quiero resultados. Nombres, cifras, pruebas. Y los quiero antes de que vuelva a Suecia la semana que viene. No te hablo solo como presidente: te hablo como padre. Pero tampoco olvides que soy capaz de cerrar lo que haga falta si esto no se arregla.

—Su tono no es solo exigente; lleva la amenaza velada de quien puede cerrar una filial con un chasquido, pero también un matiz paternal, como si aún esperara que yo aprendiera la lección a su manera.

Me siento frente a él, repasando mentalmente todo lo que aún no encaja.

—Necesito más tiempo —empiezo.

Me corta con un gesto seco.

—Ya lo has tenido —responde, con una mezcla de dureza y una sombra de cansancio paternal—. No más excusas. Te doy siete días para traerme algo sólido. Si fallas, no será una charla: actuaré. Y no lo digo como amenaza vacía, Alexander. Lo sabes.

Su mirada me oprime el pecho. Y lo peor es que, en medio de todo, pienso en Rocío. En el beso que no debí robarle…

—Entendido —respondo, aunque la palabra me queme.

Magnus se levanta.

—A las once, reunión con el resto del equipo. Prepárate.

Cuando se va, el silencio me ahoga. Me quedo mirando la pantalla del portátil, pero lo único que veo es la imagen de Rocío entrando por la oficina con un maldito vestido rojo.

La hago llamar.

Cuando entra, mi mundo se tambalea.

El vestido es aún más ajustado de lo estrictamente profesional, los labios pintados del mismo color.

Su andar tiene un punto pícaro, consciente.

No es la Rocío de siempre; hoy ha decidido jugar.

—¿Me mandaba llamar, señor Lundqvist? —su voz suena más grave, más insinuante.

Me aclaro la garganta.

—Sí. Quiero que revisemos juntos los contratos pendientes —mi tono pretende ser neutro, pero no lo consigo.

Se sienta frente a mí, cruza las piernas despacio. El aire se espesa. Intento concentrarme en los papeles, pero sus pestañas baten como cuchillas.

—La cena de ayer estuvo… correcta —me atrevo a decir. Apenas un roce de osadía.

—¿Correcta? —pregunta, inclinándose sobre la mesa, dejando que el escote me distraiga a propósito—. Entonces esta noche tendremos que mejorar la estadística.

Siento un latigazo recorriéndome. Ella sonríe, segura de haberme tocado un nervio.

—¿Tiene algún plan? —pregunto, con la voz más ronca de lo que querría.

—Quizá. ¿Qué le parecería un tablao flamenco? —responde con un guiño—. Dicen que a los guiris les da urticaria tanto duende junto.

La carcajada me muere en la garganta, pero algo parecido a una sonrisa asoma. Ella lo nota. Y yo, derrotado, acepto:

—Lo comprobaré.

30

Giro en la sombra

Rocío

Una hora antes de salir hacia la cita más absurda de mi vida: yo, llevando *al frigorífico* a un tablao flamenco. Estoy en mi mesa, intentando decidir si ponerme barra de labios nueva o dejar la que ya llevo, cuando un correo aparece en la pantalla.

Asunto: *Revisión urgente — proveedores.*

Lo abro sin pensar. Y lo que encuentro me congela la sangre. Un intercambio de mensajes entre alguien de administración y un proveedor externo. Fechas manipuladas, facturas duplicadas. Y la firma al final…

—No puede ser… —susurro, bajando la voz.

Miro alrededor. Nadie parece haberlo visto. Pero yo sí. Y ahora ya no hay vuelta atrás.

Me levanto, doy un par de vueltas junto a mi mesa. El corazón late como un tambor. Alexander. ¿Él sabía algo de esto? ¿Me está usando como carnada? ¿Soy solo una pieza más en su estrategia?

Al ir hacia la cabecera del correo para ver los destinatarios, noto un detalle: el mensaje no iba exclusivamente al proveedor; alguien lo había incluido por error en un envío masivo a compras@sevilla —y mi dirección estaba en copia. Parece que la usuaria de administración, Beatriz Cortázar, adjuntó la conversación pensando

que iba a un buzón privado y la remitió al listado general por descuido. La copia me llegó a mí.

Un fallo tonto y gigantesco.

Cierro el correo, pero la imagen de la firma me arde en los ojos.

Podría ser un error, podría ser un montaje.

Y lo peor es que, con tan pocas pruebas, contarlo podría comprometer no solo mi puesto, sino también a esa persona. Y si me equivoco, puede costarme muchas cosas.

En ese instante aparece Iván, que me observa con el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa? Tienes la cara desencajada.

—No me pasa nada —respondo rápido, forzando una sonrisa—. Estoy nerviosa por la quedada con Alexander esta tarde… en un tablao flamenco.

—Vaya, nuestra Rocío domando a un sueco a golpe de taconeo —bromea, levantando las cejas.

No me río. Sigo demasiado en *shock* para entrar en el juego.

Respiro hondo, agarro el bolso. La hora se acerca.

—Hasta mañana —le suelto a Iván con la garganta seca y la voz apagada.

Alexander me estará esperando, impecable como siempre, sin sospechar que yo acabo de ver el monstruo dentro del armario.

Camino hacia el ascensor con una sola pregunta devorándome: ¿lo confronto esta noche… o guardo el secreto hasta saber más?

Las puertas se cierran. Y con ellas, la poca certeza que me quedaba se deshace, dejándome un nudo en la garganta.

31

Duende y tentación

Rocío

El tablao está en una casa antigua del centro, de esas con patio interior, azulejos pintados y macetas colgando que parecen pendientes de gitana.

Desde fuera ya se oye el *tac-tac-tac* de los tacones y las palmas marcando el compás. La noche huele a jazmín y fritura, a gente que se ríe demasiado fuerte y a guitarra recién despertada.

—Si nos quedamos en la puerta, no cuenta como cita —le digo, empujando a Alexander por la espalda con dos dedos. Está plantado como un poste de luz, mirándolo todo con una seriedad que, no sé por qué, me da ganas de morderle el cuello.

—No estoy seguro de que esto sea… —mueve la mano como buscando una palabra—… adecuado para una reunión de trabajo.

—Perfecto, porque no es una reunión de trabajo —le sonrío—. Es cultura. Educación sentimental. Curso intensivo *Sevilla 101.*

Me mira con los ojos entrecerrados. Yo le devuelvo la mirada con cara de: *aquí mando yo*, aunque por dentro los nervios me hacen cosquillas. Doy mi nombre en la entrada. El chico de la taquilla me guiña un ojo, me coloca una pulsera de papel y nos señala el patio:

—Hoy hay *fin de fiesta*, niña. Te va a gustar.

A mí me gusta todo lo que se llama *fin de fiesta*. Suena a permiso para perder la vergüenza.

Cruzamos el patio. El suelo es de ladrillo viejo, las luces son cálidas y el aire está sembrado de murmullos.

Nos sientan en una mesa de madera frente a un pequeño escenario de tabla y cortinas rojas.

Pido dos cervezas antes de que Alexander diga: agua con gas.

Cuando el camarero se va, él me lanza una mirada de reproche tan leve que casi me la pierdo.

—Relájese —le digo bajito—. Una Cruzcampo fresquita no ha matado a nadie. Además, le vendrá bien, que con tanto calor se le va a derretir la gomina.

No lleva gomina, pero él se toca el pelo por instinto. Yo no sé quién le ha dicho a este hombre que todo en esta vida se resuelve con rigidez. El traje le sienta como un pecado y, aun así, parece que lleva armadura. Y cuanto más tenso se pone, más me apetece desarmarlo.

—No llevo gomina —murmura.

—Ya lo sé —respondo, apoyando el codo en la mesa y sonriendo —. Era una metáfora. Mire alrededor. Aquí la gente respira alto y se le nota.

Las cervezas llegan. Yo doy un trago largo, él se limita a rozar la espuma con el labio, como si probara veneno.

En el escenario aparece un guitarrista de barba con la guitarra apoyada en la pierna, una cantaora con bata de cola y un bailaor con un traje negro que parece un vendaval contenido.

El guitarrista rasguea, la cantaora cierra los ojos y lanza una queja que me atraviesa, como siempre, y el bailaor marca el compás con una mirada de toro manso que precede al embiste.

Palmas sordas. Palmas fuertes. *Tata-tá, tata-tá.* La madera se convierte en corazón.

—¿Siempre… gritan tanto? —me pregunta Alexander junto a mi oído. Tiene que acercarse por el ruido. Su aliento me roza la oreja y, por un instante, me olvido del correo, de la empresa, de las sospechas. Solo noto un chispazo, pequeñito, impertinente.

—No gritan —respondo, sin apartarme—. Llaman. Llaman a lo que duela. Ya verá.

Empieza a latir algo en el pecho, y no me refiero al compás. Es como si la música me hubiera abierto una especie de rendija y por ahí se colara él, sin permiso.

La primera pieza es solemne. El bailaor dibuja con las manos, la cantaora desgrana letras que hablan de querer y de perder. Alexander observa con el ceño fruncido —su ajuste de fábrica—, pero le pillo una cosa nueva: no mira la hora. Por fin. Está ahí, conmigo, en este lugar que no entiende del todo, dejándose envolver sin darse cuenta.

—¿Qué le parece? —le pregunto en voz alta, para pelearle una reacción.

—Es… —busca— intenso.

—Bienvenido a mi territorio.

Le brilla un poco la mirada, no sabría decir si por la luz o por mí. Quiero pensar que por mí. Me bebo media cerveza de golpe.

La segunda pieza es más juguetona. El bailaor invita a la cantaora a marcarle palmas y ella le responde con una letra pícara. La gente del público se ríe. Alexander se tensa menos. Me acerco, le pongo las manos casi sobre los muslos y, sin tocarlo, le marco el *tá* y el *tá*. Él me mira como si estuviera aprendiendo un alfabeto nuevo.

—Uno, dos… *tá*. Uno, dos… *tá*. ¿Lo pilla?

Asiente. Y ahí, como un milagrito, lo veo: el gesto mínimo de la comisura del labio que sube un centímetro. La sonrisa infantil de un niño que ha ensamblado su primera pieza de Lego. Se me calienta toda la piel.

—No es tan difícil —dice. Y yo me echo a reír.

Cuando llega el *fin de fiesta*, el guitarrista anuncia: *ahora bulerías, quien quiera que salga*. Un par de chicas del público se levantan, una señora de rojo da dos pasos valientes, y el bailaor va animando a cada una con *oles* de media sonrisa. Yo noto el cosquilleo en las piernas. Quiero bailar. Necesito bailar.

—No pienso hacer el ridículo —dice Alexander, adelantándose a mis intenciones como si me leyera el cerebro.

—¿Quién ha hablado de usted? —le contesto, y me pongo de pie de un salto.

Me acerco al centro, no para lucirme, sino para respirar. La bulería me compone el cuerpo, la cintura se me suelta, las manos me crecen, la risa me sube. Dos chicas aplauden conmigo, el bailaor me señala y me da entrada. Yo doy mis pasitos cortos, una media vuelta y un *zap* juguetón. No me creo artista, pero me creo mía. En ese segundo, soy mía.

Cuando vuelvo a la mesa, con el pulso alto y los ojos brillantes, Alexander me está mirando como si no supiera dónde colocarme en

su sistema operativo. No me siento. Cojo su mano. Está fría.

—Venga.

—No —dice—. No sé hacerlo.

—No le he pedido que baile —respondo—. Solo que me acompañe. Se queda a mi lado y aplaude muy serio.

Me sigue como quien se acerca a un borde. Allí, a un metro del tablao, la música sube. *Tirititán, tirititán*. Yo le coloco las manos: *aquí, palma sorda; aquí, fuerte*. Le marco despacio. Y él aprende. Lo siento relajarse, un milímetro. Otro.

El roce de su traje con mi brazo me despierta un temblor caliente. Sus dedos, largos, empiezan a copiar mi ritmo hasta que lo hacen suyo.

—Míreme —le digo, atrevida—. No mire al suelo.

Me mira. Y me dan ganas de pedirle algo que no sé si debo. La cantaora se ríe y yo me dejo llevar. Giro un poco, mi falda roza su pierna. Él no retrocede. Al contrario: da medio paso y me queda peligrosamente cerca.

—Así sí —susurro.

No sé quién empieza la siguiente parte —si la guitarra, la palmas o mi sangre—, pero el aire se enciende. La gente aplaude, el bailaor jalea un *¡eso, guapa!* y yo me río a carcajadas. Alexander ya no parece un palo de escoba: parece un hombre al que le han quitado una pieza que no le dejaba respirar. Está presente. Está conmigo.

—Rocío —dice, y no sé si es una advertencia o un conjuro.

—¿Sí?

—No sé qué me está pasando.

No se lo digo, pero a mí me pasa lo mismo. Hace unas horas me latía el correo en la cabeza como una alarma. Ahora, sin embargo, se me ha quedado atrás una esquina de mi cerebro que no manda.

La música manda. Su mirada manda. Su mano, a un centímetro de mi cintura, manda.

Cuando me giro, la yema de sus dedos roza mi costado por accidente. No dura ni un segundo, pero me estalla una chispa que me recorre desde el ombligo hasta el cuello. Nos miramos. Nadie en la sala se ha enterado de nada, y, sin embargo, yo estoy convencida de que se nos nota todo.

—¿Quiere… ir a tomar aire? —pregunta.

Asiento, porque si me quedo un minuto más en la orilla de ese escenario, me tiro con ropa.

32

En penumbra

Rocío

Salimos al patio lateral, el de las macetas y la fuente. La noche está tibia. Se oye el eco del cajón. Una pareja se besa en la sombra de una columna. Yo respiro hondo y me obligo a recuperar un poco de sentido común.

El correo, Rocío.

Las facturas.

La firma.

La sospecha.

La palabra *sospecha* pasa corriendo y se me cae al suelo.

No la recojo.

—¿Está bien? —pregunta él, serio, como siempre, y a la vez diferente.

—Sí. —Doy un paso hacia la fuente—. Esto es lo mío. El ruido. La risa. La música. Usted… —lo miro—… usted es otra cosa. Un sudoku guapo.

Se le escapa esa media sonrisa que me pega fuerte.

—No sé si es un cumplido —dice.

—No lo es —respondo, y me acerco medio paso más—. Es una advertencia.

Quiero decirle que me da miedo cómo puedo llegar a desear a alguien tan distinto de mí.

Quiero decirle que estoy cansada de sentirme evaluada.

Quiero decirle que pasé años con un hombre que no me miraba de verdad y que ahora, cuando me miran demasiado, se me dispara el corazón.

No digo nada.

Me quedo ahí, muriéndome un poquito de pudor y de ganas.

—Hoy no he pensado en el trabajo —dice él, como si me escuchara por dentro.

—Mentira —le digo, sonriendo—. Usted piensa en el trabajo hasta cuando pestañea.

—Hoy —repite, sin mover un músculo más que la boca— no he pensado en el trabajo mientras bailaba. Solo en usted.

Trago. Si me pinchan, sangro bulerías. Bajo la mirada. Miro sus manos. No llevo barra de labios en las comisuras, pero me siento pintada entera.

—No sé si es buena idea —susurro.

—Yo tampoco —contesta.

Hay una brisa mínima que mueve las hojas de una buganvilla. Un segundo de vacío. Dos. Tres. Doy otro paso. Ya no hay aire. Estamos en penumbra. Oigo mi respiración, la suya, el *tac* lejano de una planta que cae.

—Rocío —dice, más bajo.

Me inclino. Él también. La primera vez que nos rozamos en la puerta de mi casa fue un beso robado, una duda. Este no. Este es un sí completo.

Choque suave, calor de boca, electricidad de labios. Su mano me busca la cintura y yo, en lugar de pensar, me pego.

No hay prisa, pero tampoco hay tregua: nos probamos, nos saboreamos, nos entramos.

La lengua roza apenas, tímida, y el mundo se apaga como una lámpara en un dedo.

Me besa con paciencia, como si se negara a romper algo y, sin embargo, no pudiera separarse. Yo le sostengo la cara —ángulo perfecto, barba que raspa lo justo— y me pierdo ahí, entre su seriedad y mi escándalo, en el hueco exacto donde cabe mi boca.

No sé cuánto dura. Podrían ser veinte segundos o un siglo. Cuando nos apartamos, él apoya la frente en la mía. Toco su camisa —tensa, caliente— y me río bajito porque me siento diecisiete años más joven.

—Se me ha deshecho la gomina —susurra, y por primera vez escucho que puede hacer un chiste.

—No lleva —respondo, sin aliento—. Le he dicho que era metáfora.

—Entonces otra —dice—: me he quemado con el sur.

Yo debería pensar en el correo. Debería. Pero hay noches que son una trampa dulce, y esta es una de ellas. *Mañana* —me digo—. Mañana investigo, mañana pregunto, mañana dudo. Hoy, le dejo el control a la sangre.

—Venga —le cojo la mano—. Que nos perdemos el *fin de fiesta*.

—Pensé que esto era el fin de fiesta —responde, con el labio aún rojo de mí.

—Esto es… —lo miro, incapaz de decirlo en voz alta—… otra cosa.

Volvemos al patio. El bailaor está llamando a *la guapa de la mesa de la esquina* y un grupo se levanta a palmear alrededor.

Yo me quedo a su lado.

Él no me suelta la mano.

Es discreta, la mano, casi formal, pero ahí está: *está*.

Me vuelve a mirar con esa atención entera que me hace daño y me cura a la vez.

—¿Te apetece quedarse un rato más? —pregunta, y hay algo en el tono que suena a rendición gustosa. Además, ya me tutea.

—Hasta que nos echen.

Nos quedamos. Dos bulerías más. Una letra de desamor que me pellizca, otra de guasa que me salva. A intervalos, su pulgar se mueve en el dorso de mi mano en un gesto mínimo. Él no aprieta. No invade. Solo acompaña. Y yo, que me paso la vida fingiendo que

nada me conmueve, siento una gratitud tontísima por ese pulgar que se mueve en silencio, como diciendo *estoy aquí.*

Cuando termina el espectáculo, la gente aplaude de pie. El guitarrista hace una reverencia, la cantaora lanza un beso, el bailaor guiña a medio público. Alexander choca palmas, torpe pero convencido. Yo me río otra vez porque nunca pensé que me iba a gustar tanto la cara de un hombre formal intentando ser humano.

Salimos a la calle con un rumor en el cuerpo que no baja. Él pregunta si quiero que me acompañe a casa. Yo digo que sí. No me hago la difícil. No hoy. Caminamos despacio por las calles estrechas, con faroles que nos dibujan sombras en el suelo. Pasamos junto a un bar donde un señor canta bajito y una mujer se abanica en la puerta. Todo es un cuadro de feria —sin feria—, y yo me noto feliz de una forma rara, pringosa y bonita.

—Sigo sin entender por qué la gente… —dice él, y se detiene.

—¿Por qué la gente qué?

—Se ríe tan alto —completa, con una media sonrisa.

—Porque no lo sabe hacer de otra manera —respondo—. Y porque hay días que el cuerpo se te cae al suelo si no lo espantas con una carcajada.

—*Mmm*.

—¿Qué?

—Nada —dice—. Que me gusta cómo lo explicas.

Nos callamos. Cuando llegamos a mi puerta, no nos despedimos al primer segundo. Damos vueltas tontas, como quien no quiere irse del agua, aunque tenga los dedos arrugados. Me apoyo un segundo

en la reja. Él me mira como si quisiera memorizarme a trocitos. Quiero hacer un chiste para romper la cosa, pero por primera vez no me sale. Mejor así.

33

Confesiones

Alexander

Afuera, la noche conserva el eco del tablao como un latido persistente. Sevilla tiene esa cualidad de quedarse pegada a la piel. Caminamos despacio. Ella se adelanta medio paso, como si conociera el mapa y yo fuera un invitado que aún no sabe leerlo.

No digo nada durante un par de calles.

No me reconozco en este silencio, porque suelo llenarlo con cifras y órdenes.

Esta vez me basta con seguir su hombro, el ritmo liviano de su andar, el cabo suelto del mechón oscuro que escapó del broche durante la bulería. Me descubro queriendo colocarle ese mechón detrás de la oreja. No lo hago. Voy aprendiendo a no hacerlo todo inmediatamente.

—Has sobrevivido —dice ella sin mirarme, con una sonrisa audible—. Al ruido, a las palmas, a la intensidad.

—A ti —contesto.

La palabra queda suspendida entre los dos, como esas banderolas que cruzan las calles en diagonal. Ella la atrapa con una mirada ladeada donde caben ironía y curiosidad en partes iguales.

—¿Y qué tal el curso intensivo *Sevilla 101*? —pregunta.

—Difícil de acreditar —respondo—, pero… instructivo.

—¿Eso es tu manera de decir que te ha gustado?

—Es mi manera de decir que algo en mí no ha sabido negarse a estar allí.

Se ríe. La risa le mueve la clavícula y algo dentro de mí se ablanda, contra mis normas.

Prometí otra cosa. Ayer, sentado frente a Magnus, me dejé empujar a una frontera que nunca pensé cruzar: acercarme a ella hasta leer entre líneas su lealtad. «Resultados en una semana», dijo. «Pruebas, Alexander, o cierro». Asentí, como siempre, y luego me encontré aceptando una cena, entrando a un tablao, dejándome enseñar a aplaudir.

No es estrategia, admito en silencio.

Es rendición.

Una que me exaspera y me alivia a la vez.

—Tienes esa cara —dice Rocío.

—¿Qué cara?

—La de: *estoy pensando en treinta cosas a la vez y ninguna tiene que ver con lo que estoy viviendo.*

—No —miento—. Solo en veinte.

—¿Alguna me incluye a mí?

El ataque directo no me sorprende y, aun así, me desarma. Podría rodear la respuesta con protocolo, pero la noche me ha

dejado con escudos agujereados.

—Sí —digo.

Ella baja la velocidad. Agradezco el gesto; me permite elegir.

—He intentado ser racional —añado—, mantener mis líneas. Delimitar.

—Las tuyas parecen de pintura epoxi —bromea—. No se quitan ni con aguarrás.

—Eso creía —respondo—. Hoy… no lo sé.

La calle se estrecha antes de desembocar en su plaza. Hay una farola defectuosa que parpadea y proyecta sombras que van y vienen, como si la noche respirara entre dientes. Me quedo mirando el suelo un segundo para juntar piezas.

Me he pasado la vida evitando lo que no se nombra con exactitud: incertidumbres, emociones, supersticiones. Esta ciudad es una colección de todas ellas.

Ella, su síntesis.

—Te asusta —dice. No pregunta; afirma.

—Me incomoda —matizo—. Asustar es otra cosa.

—¿Qué te incomoda? ¿El ruido, lo impredecible, la gente que dice lo que piensa? ¿O que alguien te devuelva la mirada y no baje los ojos?

—Lo segundo —admito, sin esconderme.

Asiente, como si acabara de ganar un punto en un juego que ambos fingimos desconocer. Seguimos caminando.

El eco de una guitarra callejera nos alcanza como una ola baja. Rocío silba un fragmento y se le escapa un paso mínimo, un balanceo de cadera que se le cuela sin permiso. Mi atención va detrás de ese movimiento como un hilo tenso.

—¿Y a ti qué le asusta? —le devuelvo el gesto, más por higiene que por curiosidad, aunque la curiosidad ya me ha adelantado.

Se toma su tiempo.

—Perder el tiempo —dice al fin—. Y perder el sentido del humor.

—En ese orden.

—Hoy sí. Mañana depende.

—¿De qué?

—De si duermo —se ríe—. De si tú me miras tan serio. De si el mundo decide fastidiarse justo donde yo estaba empezando a estar bien.

Es una respuesta que no sabría escribir en ningún informe y, sin embargo, la entiendo. Tal vez porque llevo demasiado tiempo mirando números que no me devuelven la mirada. Tal vez porque quiero quedarme en este margen sin título donde la prioridad es el latido y no la casilla.

Llegamos a su portal. El hierro verde sigue igual de frío, pero ahora lo veo de otra manera. Una pareja sube por la escalera interior.

—¿Subes? —pregunta ella, con un juego en los ojos que no alcanzo a descifrar del todo.

—No —respondo, demasiado rápido—. No hoy.

—Correcto —dice, y parece que una parte de ella se alivia y otra protesta. Yo entiendo ambas.

Nos quedamos frente a frente, con un palmo de aire a medio compartir. Pienso —solo un momento— en lo que me trajo aquí: detectar fallos, cerrar vías de agua, impedir que algo ajeno pudra la estructura. Rocío no es una vía de agua. Es una grieta por donde entra luz. Lo descubro ahora, con incomodidad.

—A veces —empiezo— las cosas se complican cuando no deberían.

—Y a veces lo que está claro se complica porque nos entra la risa —contesta—. O el miedo.

—O las dos.

—O las dos —repite, y el eco me parece menos amenazante cuando lo dice ella.

Acaricio la idea, solo la idea, de levantar la mano y tocarle la mejilla. No suelo tocar sin motivo. No me toco ni a mí mismo las dudas. Pero hay miradas que piden dedos, y esta es una.

Levanto la mano.

No pregunta.

No se aparta.

Le recojo el mechón rebelde y lo llevo detrás de la oreja.

La yema roza la piel mínima donde el pómulo empieza a ser mejilla. Caliente.

Cierra los ojos un segundo, apenas, como si ese gesto le arreglara una pieza que llevaba suelta.

La piel tiene memoria, pienso.

Calor que sube tarde y se queda más de lo debido.

—No debería —murmuro.

—Lo sé —dice—. Tampoco debería haberte enseñado a aplaudir.

—Eso fue… útil —concedo.

—¿Y esto?

La pregunta no tiene respuesta práctica. De todas las cosas que no debo hacer, contestarle como un hombre y no como un jefe era la primera en la lista. Decido fallar.

—Esto —repito— es inevitable.

Me acerco. Esta vez no hay urgencia, ni torpeza, ni la sospecha de que estoy robando algo.

La beso con la parte de mí que menos he usado: la que se detiene. El primer contacto es tan leve que podría negarse después.

No se niega. Ella se inclina hacia delante con una docilidad tensa, como quien se asoma a un balcón demasiado estrecho, y me encuentro con un borde que no tenía previsto.

La sostengo por la base del cráneo y por un segundo mi mano toma una forma que no conocía: la forma de pedir permiso sin

soltar.

El beso avanza un centímetro. Abre la boca, apenas, y yo no invado; espero. Nos encontramos en la mitad exacta donde la paciencia y la necesidad dejan de pelear y comienzan a bailar. Sus dedos suben por mi solapa y alcanzan la nuca. Uñas mínimas.

Piel que aprende caligrafía extranjera.

No pienso.

No debo pensar.

Solo registro: el sabor leve a cerveza, el filo de una risa que quedó colgando, la respiración que busca sitio. Un segundo, dos, tres. Me gustaría extender este margen indefinidamente, pero no existe ese verbo en mi idioma.

Sé cortar, no sé prolongar.

Me aparto antes de que el músculo viejo de la prudencia se desgarre. Ella abre los ojos como si volviera de un lugar con poca gravedad. Quisiera volver a besala y, al mismo tiempo, deseo recuperar la distancia que me permite entender quién soy.

La contradicción me produce un vértigo físico.

—Esto complica las cosas —digo, pero lo que escucho es otra frase: *me complica a mí.*

No lo retiro. No lo maquillo. Es la única oración honesta que encuentro disponible.

—A mí me las simplifica —responde, y la frase me golpea por su claridad.

—¿Cómo?

—Me gustas. No puedo hacer mucho más con esa información. —Se encoge de hombros—. Bueno, sí. Dormir peor.

El humor que le sale en situaciones serias es una droga de baja intensidad que se me sube a la cabeza con rapidez. No estoy acostumbrado a elegir desde la risa. No estoy acostumbrado a elegir con alguien mirándome sin miedo.

—No sé ser… —busco— fácil.

—Yo tampoco —dice—. Nunca lo he sido. Pero tampoco me interesa serlo.

Nos callamos. Oigo a lo lejos una moto y el choque tímido de unos vasos. El mundo sigue. Sorprendente.

—Mañana tengo que pedirte algo —digo al cabo—. Trabajo. No será cómodo.

—¿Alguna vez lo ha sido? —me desafía, pero sin filo.

—No contigo.

—Entonces no me asustes con advertencias. Pídelo.

Su valentía sin aspavientos me deja con menos excusas. La tentación de confesarle que hubo una orden implica traicionarme a mí mismo y a mi padre.

No puedo.

Lo que sí puedo es ajustar mi promesa, aunque sea a oscuras: no va a ser carnada. No por mi mano.

—Confía en mí un poco —pido, y odio la súplica en mi voz porque me revela más de lo que quiero.

—Un poco —asiente—. Pero no me trates como a una estudiante. No me subestimes.

—No lo hago.

—A veces, sí —me descoloca con la misma calma con que aplaude.

La observo. Tiene la barbilla en alto y, sin embargo, hay una fragilidad que asoma cuando baja la vista hacia mis manos. Me sorprendo volviendo a rozarle la mejilla con el dorso de los dedos, despacio, como quien comprueba que lo de antes ocurrió de verdad.

—Rocío —digo, y no completo la frase. No puedo. Me descubriría demasiado.

—Alexander —responde, riéndose un poco del melodrama que no queremos hacer.

Estamos a dos sílabas de cruzar una línea que no sé cómo administrar en horario de oficina. Me aparto un paso, porque si me quedo otro segundo pegado a la reja empiezo a negociar con mis propios principios y suelo ganar en las negociaciones, pero esta me daría miedo ganarla.

—Buenas noches —digo, formal como un salvavidas.

—Buenas noches —responde.

No me muevo. Ella tampoco. El mundo decide regalarnos diez segundos más en los que no pasa nada y, al mismo tiempo, pasa todo. Hay noches así. He vivido pocas.

—Una cosa más —añado antes de girarme—. No cambies de territorio.

—¿Cómo?

—Sigue llevándome al tuyo.

Asiente con una alegría sobria que me conquista y me alarma.

Me voy. Bajo por la calle con la sensación de que camino dentro de un perfume que no puedo lavar.

34

Qué peligroso

Rocío

Entro. Subo las escaleras con el corazón pisando palmas por dentro. Al llegar a casa, me quedo de pie en la oscuridad del salón, abrazando mi propio pecho como si fuera a escapárseme algo. *Qué peligroso*, pienso. *Qué delicioso*, pienso. *Qué mal momento para liarme con el bárbaro*, pienso.

Me perdono. No todos los días una se encuentra con un hombre que, siendo hielo, se deja prender. Y no todas las noches son lo bastante grandes como para sostener la sospecha y el deseo sin que nada se quiebre.

Esta lo ha sido. Apenas.

Me lavo la cara, me miro al espejo con los labios algo hinchados y la mirada excesiva. Enciendo la radio bajito. Me meto en la cama con el calor de su boca todavía latiéndome. Decido —como quien firma una tregua— que mañana volveré a ser lista, precavida, profesional. Que mañana le preguntaré. Que mañana leeré el hilo entero y sabré si estoy metida en un jardín con flores o con espinas.

Hoy, por una vez, me permito dormir con el duende prendido a la almohada.

Y con su pulgar invisible aun dibujándome el compás en mi mano.

35

Verdad

Alexander

Echo de menos el ruido, que ya no me hiere.

Me escucho y me sorprendo: deseo volver.

No para vigilarla; para dejar que me vuelva a desordenar.

Intento poner en fila el resto: Magnus, el plazo, los proveedores. Levanto el móvil, *scroll*. Ningún correo nuevo. Ninguna llamada. Empiezo a escribir un mensaje que no envío. Lo borro. Guardo el móvil.

En el portal del apartamento alquilado, el portero automático tiene una luz azul que parpadea. Subo por las escaleras para obligarme a respirar. Cada peldaño me devuelve a la versión de mí que entiende el mundo por reglas y consecuencias. Pero al abrir la puerta, el silencio de la casa me resulta insoportablemente limpio.

Dejo la chaqueta en el respaldo de una silla. Me miro en el espejo del pasillo. El nudo de la corbata está deshecho. El cuello de la camisa, húmedo. Me toco los labios y me descubro una sonrisa minúscula que intento borrar.

Tardo más de lo normal.

Enciendo la lámpara del salón y me siento con el portátil. Escribo un título: *Plan de cierre semanal y trazabilidad de variaciones*. Abajo:

pendiente de prueba en Santa Justa 14B. Las palabras no acuden con la velocidad a la que me obedecen siempre.

«Esto complica las cosas», dije. Lo repito en voz baja. Confieso —aunque nadie me oiga— que no me arrepiento. Que no me arrepiento y, sin embargo, voy a mantener la línea que todavía me sostiene.

Abro una nota nueva. Escribo: *No usarla. No exponerla. No mentirle.* Los tres renglones me parecen una declaración de guerra contra mí mismo. Acepto la batalla.

Me levanto, apago la luz, vuelvo al espejo, como si de allí pudiera salir un manual de instrucciones. No sale. Me río, sin sonido, por la inutilidad del gesto. En la ventana, Sevilla aún respira: un taxi gira al final de la calle, alguien arrastra una silla. Este ruido no me molesta. Me gusta saber que hay vida desordenada afuera mientras yo intento ordenar la mía.

Antes de acostarme, cojo el móvil y escribo un mensaje que sí envío: *Gracias por incluirme en tu territorio.* Lo firmo con mi nombre. No pongo nada más, porque lo demás no cabe en pantalla.

Me tumbo. Cierro los ojos. Ella vuelve.

No la invito; entra.

El mechón, la risa, el borde de la mejilla. El beso que no aprendí a prolongar. Siento otra vez el impulso de volver sobre mis pasos y tocar su puerta, pero no lo hago. Esta vez no.

Respirar.

Mañana vendrá el precio.

Mañana habrá trabajo y sospechas y la necesidad de no equivocarme con alguien que no merece ser moneda de cambio.

Hoy me quedo con una verdad nueva, aún incómoda: *había prometido usarla como carnada y ahora el cazado soy yo.*

36

Entre contratos y suspiros

Rocío

Viernes. Entro en la oficina con la sensación de que la resaca emocional del tablao aún me late en las sienes. Me he repetido diez veces que hoy toca ser profesional, pero con ese hombre en la misma planta se me hace misión imposible.

Nada más dejar el bolso, salta un mensaje.

Alexander: «Rocío, pásate por mi despacho un momento.»

Un momento. Traducción: ahora. Me enderezo y entro con la libreta en mano.

—Buenos días —saludo.

—Siéntate —responde él, sin adornos.

Me acomodo a su lado. Demasiado cerca. Él comienza a dictar un correo, su respiración rozándome el oído. Me concentro en las palabras… y en no arquear la espalda como un gato.

—Asunto: «Revisión de variaciones y propuesta de protocolo piloto». —Hace una pausa—. Mejor «análisis detallado».

—Qué osado —murmuro—. Negrita y análisis detallado. Estás desatado.

Él ni se inmuta, pero sus labios se curvan apenas un milímetro.

Ufff.

La chispa me dura todo el correo. Cuando me devuelve una hoja, sus dedos rozan los míos. Yo hago como que sigo escribiendo, aunque me tiemble el pulso.

Más tarde me vuelve a llamar. Esta vez para revisar un contrato. Silla con silla. Sus manos y las mías coinciden sobre la cláusula 4.2. Un roce largo, demasiado.

—Perdón —susurro.

—No estorbas —responde seco. Y, sin embargo, me suena a caricia.

Le marco un error. Él asiente, serio. Entonces me atrevo:

—Alexander, a veces eres un robot. Uno muy guapo, pero robot.

Levanta la vista. Me sostiene los ojos.

—Si yo soy un robot, tú eres mi error de fábrica.

Me muerdo la lengua para no soltar la carcajada.

¿Un chiste? ¿De su boca? Me voy flotando.

Y mientras camino de un lado a otro con carpetas en la mano, no puedo evitar pensar en su extraña dualidad. Anoche parecía otra persona: un hombre capaz de soltar el gesto y perderse un rato en mi mundo, dejarse llevar por el duende y el calor. Hoy, en cambio, vuelve a ser ese muro frío, esquivo e impenetrable que me desespera y me atrae a partes iguales. Esa contradicción me

enciende más que cualquier sonrisa perfecta: me hace querer descifrarlo y, al mismo tiempo, salir corriendo.

A media mañana, Iván me intercepta junto a la máquina de agua.

—Bueno, ¿qué tal el tablao anoche? —pregunta con una ceja arqueada.

—Bien —respondo, esquiva.

—¿Bien? Con esa cara desencajada que traías ayer… venga, suelta.

—No puedo decírtelo todavía —respondo bajito.

El resto del día es más de lo mismo: excusas mínimas para llamarme a su despacho. Que revise un anexo, que corrija esto, que si valide un número. Y yo, como tonta, voy y vengo, notando cada vez más esa electricidad rara.

En uno de esos roces de hombro en el ventanal, suelto:

—Últimamente me necesitas demasiado.

—Demasiado —repite él. Ni un gesto. Pero la palabra me quema.

Me aparto, resoplo y hago un chiste torpe:

—La gente va a pensar que vengo a robarte la humedad de la piel.

—La piel se regenera —contesta, implacable.

Mi cerebro me grita que me centre en el maldito correo sospechoso, pero mi cuerpo solo piensa en el sueco serio que me

trae a salto de mata. Y yo, atrapada entre las ganas de investigar y las ganas de meterme debajo de su mesa, solo sé que el viernes aún tiene demasiadas horas por delante.

37

Espuma de cerveza

Rocío

El viernes por la noche Iván me escribe: *«Cervecitas en la Alameda. No acepto un no»*. Y como no tengo excusa válida, acabo plantada frente a él, con el pelo aún oliendo a champú barato y la cabeza hecha un lío. También porque sigo dándole vueltas a que Alexander, con todo un fin de semana por delante para hacer algo interesante —y lo de interesante lleva mensaje velado de sexo adictivo con el sueco, porque me muero de ganas de probarlo— no me ha dicho nada de volver a quedar. Esa dualidad suya me trae loca: un rato parece acercarse, y al siguiente me repele como si yo fuera un error de sistema.

Nos pedimos dos jarras bien frías. El aire trae conversaciones que se mezclan como un gazpacho mal batido. Yo me siento frente a mi mejor cómplice y me repito que no voy a hablar del correo. Que no. Que de eso, nada.

—A ver, cuéntame —arranca Iván, mirándome por encima del vaso—. ¿Qué tal el tablao con el *frigorífico* andante? —me guiña un ojo.

—Normal —miento, bajando la vista.

—Normal… —alarga la palabra—. Tú no sabes mentir, Rocío. Traías ayer una cara… parecía que habías visto un fantasma antes de largarte como si tuvieras fuego en el culo.

—Exagerado.

—No, no. Algo te pasa. ¿Qué narices fue lo de ayer? —me aprieta.

Le doy un sorbo largo a la cerveza, buscando que el amargor me tape la lengua.

—No puedo decírtelo todavía —murmuro.

Él se reclina en la silla, teatrero.

—Ah, misterio. Esto me gusta. Seguro que tiene que ver con tu adorado jefe del Ikea.

—No es adorado. Es… es complicado.

Iván levanta una ceja, encantado de ver grietas en mi muro.

—Complicado… y guapo. Venga, suéltalo.

Suspiro. La verdad me sale sola.

—Me tiene loca, Iván. Me acerca, me aleja, me sonríe con medio labio y luego me habla como si estuviera firmando un acta notarial. Es un robot, pero uno que a ratos se quita las pilas y me deja sin defensas.

—Ajá —dice él, bebiendo con calma—. O sea, que te tiene coladita perdida.

—¡No! —protesto, y me pongo colorada—. Bueno… sí. Pero también me saca de quicio. Es como si quisiera que me enamorara y al mismo tiempo me echara del edificio a patadas.

—Eso se llama tensión sexual no resuelta, amiga. Y por la pinta que traes, no está tan resuelta.

Le lanzo una servilleta, pero me río. Él sigue:

—¿Y por qué llevas esa cara rara? —me pincha de nuevo.

Me atraganto un poco con la cerveza.

—Nada, cosas mías. Trabajo. Ya sabes.

Iván me mira fijo, como quien sabe que le ocultan un secreto, pero no insiste. Cambia de tema a propósito, aunque su sonrisa me dice: *te pillaré más adelante*.

Pasamos a reírnos de una pareja que discute en la mesa de al lado, de lo mal que suena un reguetón metido entre sevillanas, y de lo mucho que necesitamos vacaciones. Pero en el fondo yo sigo con Alexander en la cabeza. Con su voz grave, con sus ojos fríos que a ratos parecen encenderse, con esa dualidad que me trae de los nervios.

Termino la segunda jarra y apoyo la barbilla en la mano.

—Estoy confundida, Iván. Mucho. Siento que Alexander me atrae como un imán y al mismo tiempo es como si me pusiera un muro de hielo delante. ¿Qué se supone que hago?

—Pues fácil —responde, encogiéndose de hombros—. O escalas el muro o le echas un cubo de agua caliente. Pero lo que no puedes es quedarte mirándolo desde lejos.

Me río entre dientes. A veces Iván parece el hermano mayor que nunca tuve.

—Ojalá fuera tan sencillo.

Brindamos. Yo me dejo llevar por la espuma y la complicidad. Pero dentro de mí, sé que esta historia va a traerme más dolores de cabeza de los que puedo curar con cerveza.

38

Hologramas y celos

Rocío

Llego a mi portal con un puntito alegre en la sangre. Las jarras de cerveza me han puesto las mejillas templadas y la lengua suelta. Voy tarareando algo que no existe, un tres por cuatro inventado, y el suelo me parece más elástico de lo normal. Es ese estado tonto y hermoso en el que todo te hace gracia y, a la vez, cualquier cosa puede hacerte llorar.

Y, de pronto, ahí está. Plantado delante de mi puerta como una aparición convocada por mis pecados: traje oscuro, postura erguida, ese mentón que parece hecho para apoyar decisiones impopulares. El farol de la calle le dibuja la cara en blanco y sombra. Se me pasa el hipo de golpe.

—¿Estás borracha? —pregunta Alexander, sin preliminares ni suavizante.

Me apoyo en la pared, sonrío porque la vida me hace estos chistes, y contesto:

—¿Y tú eres un holograma?

Parpadea despacio, como si mis palabras fueran una diapositiva mal enfocada.

—He estado esperándote —dice.

—¿A las puertas de mi casa? Qué costumbre tan poco sueca.

—Quería hablar contigo.

—Hablar… —repito, y el eco en mi cabeza añade: *o besarme hasta el olvido.* — ¿Y no sirve el móvil?

—No para esto.

Silencio. Mi corazón, chivato, se acelera. Intento disimularlo arreglándome el pelo, que a estas alturas es una medusa fogosa.

—¿Con quién has estado? —pregunta entonces, y ahí noto otra cosa en su voz: un filo nuevo.

—Con Iván —contesto, dándole importancia cero.

Se le tensa la mandíbula. Minúsculo, pero lo veo. Lo disfruto un poco, no voy a mentir.

—Siempre estás con él —dice, demasiado rápido.

—Alexander Lundqvist, ¿acaso me estás celando? —lanzo la bomba con una sonrisa ladeada.

No responde. El silencio y la cara lo delatan mejor que cualquier palabra.

—Por si te interesa —sigo—, Iván es gay. Mi amigo. Mi hombro. El que me rescata cuando los capullos heteros me mandan mensajes confusos.

Baja la vista un segundo, como si guardara un archivo con nueva información.

—No lo mencionaste —murmura.

—Tampoco preguntaste y no creo que sea relevante para nadie la vida privada de mi amigo —replico.

Nos quedamos frente a frente. Mi espalda toca ya la puerta. La distancia entre su torso y el mío es un suspiro con traje. El farol parpadea y me da ganas de reírme, porque si esto fuera una peli cutre, ahora sonaría un violín.

—Eres… —empieza, y se calla.

—¿Irritante? ¿Imprudente? ¿Sexi? —lo ayudo, por si necesita diccionario.

—Impredecible —dice al fin, y la palabra me sienta como un pendiente nuevo.

—Tú, en cambio, eres predecible a ratos —respondo—. Te acercas, me miras como si fuera tu cosa favorita… y luego te pones el muro de hielo.

—No lo hago a propósito.

—Pues lo parece —le sale a mi boca antes que al filtro.

Levanta la mano como si fuera a jurar, pero me toca la mejilla con los nudillos. Es un gesto torpemente tierno. Se me enciende la piel. Me gustaría hacer un chiste para escapar, pero mi cerebro ha decidido dimitir.

No sé quién se inclina primero. Tal vez los dos. Lo que sí sé es que el beso que llega no tiene nada de tímido: viene decidido, caliente, como si hubiera estado calentando motores desde anoche. Su boca cae sobre la mía y mis manos suben por instinto al cuello de su camisa. Un choque perfecto. Un encaje que ni diseñado por ordenador.

Me besa con paciencia y hambre, esas dos palabras que no suelen ir juntas y aquí son un maridaje. Yo respondo con la misma mezcla, tirando de él hasta que el pomo de la verja me duele en los riñones. Su mano encuentra mi cintura; su pulgar hace ese gesto mínimo que me desarma desde el tablao. Suspiro dentro del beso. Él hace un sonido bajo que me incendia la garganta.

Me separo un centímetro para respirar y para decir algo inteligente.

—Sube —sale de mi boca en lugar de lo que fuera a decir. Abro la puerta a trompicones, riéndome porque no atino con la llave. Él me la quita con delicadeza, la gira, empuja. Entramos.

Mi piso nos recibe con olor a jabón y planta regada. Cierro la puerta con el talón. La luz del pasillo es suave, casi de confesionario. Alexander se queda un segundo quieto, como si necesitara orientación. Yo no. Yo sé perfectamente dónde quiero que quede cada cosa.

—Zapatos fuera —digo, señalando el felpudo. —Regla de la casa.

Se descalza sin preguntar. Pienso que ese detalle no debería excitarme y, sin embargo, *hola*, aquí estamos. Deja el móvil en la entrada. Yo también. Dos rendiciones alineadas.

Voy a la cocina, con él detrás. Sirvo dos vasos de agua para que la neurona de la cordura asome un poquito. Cuando me da el suyo, me roza los dedos. Otra vez la corriente.

—No quería que pensaras que esto es un juego —dice, apoyado en el quicio.

—¿Y lo es? —pregunto, con el vaso aún en la mano.

—Ojalá lo fuera. Sería más fácil.

Lo miro. Es el hombre más serio y el más peligroso para mi equilibrio que he visto en mi vida. Y aun así me dejo arrastrar.

Le acaricio la nuca. El contacto me rompe algo por dentro. Él baja la vista a mi boca y ahí se acaba mi resistencia. Volvemos a besarnos, esta vez más lentos, probando ángulos, descubriendo territorios con calma.

Nos reímos cuando al chocar las narices hago un ruido tonto. Y seguimos. Me tumba contra el sofá con suavidad. No cruzamos la frontera del todo, pero nos quedamos peligrosamente cerca. Su mano recorre mi espalda por encima del vestido, leyendo mi piel como en braille. Mis dedos se entretienen en su camisa, jugueteando con los botones sin desabrocharlos todos. Promesa, no prisa.

Todo se apaga salvo él y yo. Hasta la conciencia del correo extraño. La cierro con pestillo mental. *Mañana*.

—Tengo miedo de estropear esto —dice, con la frente apoyada en la mía.

—Entonces no hables —respondo—. Bésame.

Y lo hace. Nos quedamos en esa frontera, sosteniendo el *ya casi.* Es el terreno más erótico que he pisado nunca. Sabiendo que el fin de semana acaba de cambiar de rumbo.

Hoy, el holograma sí ha subido a mi casa. Y es terriblemente humano.

39

Fuego

Alexander

El sofá aún conserva el eco de su risa cuando la beso de nuevo. Tengo la sensación de estar cometiendo un error y, sin embargo, es el único lugar en el que quiero estar.

Pienso que debo acercarme a ella por estrategia. Eso me repito. Que era cuestión de obedecer a Magnus, de usar mi atractivo, de jugar el juego sucio de la persuasión. Y, sin embargo, en este instante no soy estratega, no soy hijo, ni auditor. Soy un hombre a punto de perderse en la mujer que tiene entre sus brazos.

Su pelo me roza el rostro, ese olor a champú de coco que de pronto es la fragancia más embriagadora del mundo. Me río por dentro al notar que cada gesto suyo es un terremoto. No hay nada calculado en Rocío: cuando me acaricia el cuello lo hace con hambre, cuando se pega a mí es con una sinceridad que me vuelve loco.

Me arde la piel donde me toca. Su vestido se arruga entre mis manos, como si la tela me impidiera llegar a donde necesito. Le beso la clavícula y la oigo suspirar; ese sonido me tensa hasta el límite. Me descubro excitado, más de lo que debería. Y en lugar de frenarme, me hundo más.

—Alexander… —susurra, con la voz rota de deseo.

La miro. Sus ojos me devuelven la misma duda que siento: sabemos que no deberíamos, y aun así ya no hay vuelta atrás. La beso otra vez, más profundo, y mis manos se deslizan por su cintura, explorando con respeto, con hambruna. Ella se arquea contra mí y me empuja al mismo tiempo. Es un tira y afloja que me enciende como nunca.

Me siento vivo, irónicamente, en el momento en que más pierdo el control. Pienso en su boca como una droga: cuanto más la pruebo, más la quiero. Mis labios bajan a su cuello, y la oigo reírse bajito, nerviosa, excitada. Me dice que estoy loco. Y quizá lo esté, porque ya no razono. Quiero más.

El asiento cruje bajo nosotros cuando me acomodo sobre ella. Rocío me muerde el labio inferior y casi pierdo el aire. Ella gime bajito cuando mis dedos se detienen en la curva de su muslo. Ese sonido es dinamita.

La ropa va desapareciendo entre caricias torpes y urgentes: sus dedos me arrancan la camisa como si estorbara, yo deslizo la cremallera de su vestido sintiendo cómo su piel me recibe caliente y vulnerable. Nos reímos al tropezar con los botones, pero enseguida la risa se ahoga en un beso húmedo y largo. Mis manos recorren cada curva, memorizándola, mientras las suyas me exploran con la misma hambre.

Los gemidos se mezclan con el compás salvaje que marca mi cuerpo al hundirse en el suyo. La penumbra nos cubre, pero yo lo veo todo: su boca entreabierta, la lengua húmeda asomando apenas, los ojos cerrados como si el placer la desgarrara desde dentro.

La agarro fuerte de las caderas y la estrello contra mí, una y otra vez, con embestidas que no buscan ternura, solo esa descarga brutal que llevábamos acumulando demasiado tiempo. Ella grita mi

nombre y me muerde el hombro, duro, dejando un rastro de saliva y dientes que me enloquece.

Siento su calor apretándome, húmedo, abrasador, y pierdo el control. Meto la mano entre nuestros cuerpos, paso los dedos por su clítoris hinchado. Late contra mis yemas, palpitante, la masturbo con fuerza mientras la penetro, su cuerpo convulsionando contra el mío, cada movimiento un choque eléctrico.

—Más —gime, arqueándose.

Obedezco. La tomo por el muslo, lo levanto hasta mi hombro, y la penetro más profundo, más duro, hasta que siento cómo se rompe en un orgasmo que me estalla en los oídos. Sus uñas me arañan los costados, me reclama como si pudiera quedarse con pedazos de mí.

Yo también caigo, hundiéndome hasta el límite, explotando dentro de ella con un gruñido salvaje que me deja sin aire. La aprieto contra mí, como si pudiera fundirla en mi piel, como si ella fuera el único lugar donde quiero quedarme.

El clímax nos deja deshechos, sudados, respirando como animales. Su pelo revuelto pegado a la frente, la piel roja, los labios temblando. La visión más peligrosa y más hermosa de mi vida.

Y lo sé, aunque no quiera admitirlo: acabo de cruzar una línea de la que no hay regreso.

La beso en la frente, intentando disfrazar de ternura lo que en realidad es miedo. Porque no sé si esto nos salva… o nos condena.

40

Telarañas fuera

Rocío

Si alguien me hubiera dicho hace una semana que iba a pasar el fin de semana encerrada con Alexander Lundqvist en mi piso, me hubiera reído en su cara. A carcajadas. Pero aquí estoy, lunes por la mañana, con las sábanas todavía oliendo a nosotros y el cuerpo protestando de tanto… ejercicio.

El viernes por la noche empezó con un beso en el sofá y terminó con un: *a la mierda todo*, que nos duró cuarenta y ocho horas seguidas. No exagero. Bueno, un poco sí, porque hubo pausas: para pedir Glovo. Sushi, pizza, hamburguesas, hasta una tarta de queso industrial que devoramos a cucharadas entre un polvo y otro. Lo justo para no morir de inanición. Mi nevera sigue vacía, pero mi cuerpo está al borde de la extenuación más feliz de su vida.

Alexander se fue temprano, muy temprano, como si necesitara escapar antes de que el sol nos pillara juntos. Me besó la frente, seco pero intenso, y dijo que tenía que prepararse para la oficina. Traducción: no quería que llegáramos juntos y levantar sospechas. Lo entiendo. Es mi jefe, y que yo sepa, tener un romance con tu jefe todavía no aparece en las guías de "cómo triunfar en la vida laboral".

Y aquí estoy, mirándome al espejo con una sonrisa que no me cabe en la cara. Estoy pletórica, con ganas de gritar por el balcón que me he quitado las telarañas con un sueco macizo. Pero lo mejor no es eso. No es que sea guapísimo, ni que esté forrado, ni que sea el hombre más disciplinado y recto que he conocido. Es que cuando

me mira… siento que por un momento dejo de ser la Rocío que siempre tiene que luchar contra todo. Me siento ligera. Deseada. Válida.

Claro que luego me acuerdo de que él es mi jefe. Y ahí está el pequeño detalle que podría mandar toda esta nube de placer al garete. No suele estar muy bien visto en la oficina acostarse con el auditor enviado de Estocolmo, por muy buen par de hombros que tenga.

Me muerdo el labio, aún con la piel sensible en cada rincón, y me río sola.

—Joder, Rocío, ¿en qué berenjenal te has metido? —murmuro.

Lo único que sé es que quiero más. Y que, por primera vez en mucho tiempo, el lunes no me pesa.

41

Entre paredes

Alexander

El lunes se supone que debería traerme de vuelta al orden. A las ocho de la mañana ya llevo dos cafés, tres correos de Estocolmo y un repaso mental de los números pendientes. El fin de semana debería estar bien guardado en una caja con candado. Un error, nada más. Pero el problema es que la caja no existe: cada vez que la veo, la caja se rompe.

Rocío Romero.

No sé cómo ha pasado, pero esta mujer ha desestabilizado cada uno de mis sistemas de defensa. Y lo peor: no puedo, ni quiero, mantener la distancia.

Ella entra en mi despacho con un dossier en la mano, seria, el pelo recogido en un moño mal hecho que me da ganas de deshacer a tirones. Me dice "aquí tiene los datos de proveedores" con voz firme, pero debajo late un pulso que reconozco: la tensión de quien aún siente en la piel lo que pasó en el sofá, en la cama, contra la pared de su salón.

Yo intento ser frío. Ella, menos.

—Así que aquí dentro soy señorita Romero otra vez, ¿no? —recrimina, arqueando las cejas.

—Estamos en horario laboral —respondo, seco.

—Ya. Horario laboral —repite, avanzando un paso—. Porque lo del fin de semana no cuenta, ¿verdad? Eso fue… ¿qué? ¿Un pasatiempo?

Su voz se eleva, peligrosa. Me pincha, me provoca. Y lo peor es que tiene razón: la trato como si no fuera nadie, cuando ha pasado todo un fin de semana bajo mis manos.

—Rocío… —intento mantenerme firme.

—No me *Rocíes* —me corta, dura como el acero—. Te lo digo claro: no soy tu capricho de fin de semana. No soy nadie a quien usar y luego mandar callar en la oficina.

Doy un paso hacia ella. Mala idea. Mi cuerpo me traiciona: estoy demasiado cerca y siento cómo su respiración choca contra la mía.

—¿Y qué se supone que eres entonces? —pregunto, más bajo, más oscuro de lo que pretendía.

Ella se queda mirándome, los labios entreabiertos, la rabia mezclada con algo más. Lo sé, lo noto: es deseo disfrazado de indignación.

—Soy la mujer que te ha tenido entre sus piernas y que ahora mismo no entiende por qué me tratas como a una becaria invisible.

Ese golpe me atraviesa. Y antes de darme cuenta, la tengo contra la mesa. Mis manos en su cintura, su espalda arqueada, nuestras respiraciones mezcladas. El aire es denso, eléctrico, como si bastara un movimiento para prenderlo todo.

—Joder… —susurro contra su cuello.

Ella me empuja débilmente, como si quisiera resistirse, pero sus dedos se aferran a mi chaqueta. El tira y afloja de siempre, la chispa

que nos consume. Estoy a punto de perder la razón. La beso con furia, y ella responde igual: besos salvajes, desordenados, con la urgencia de quienes se odian y desean a la vez. Rocío levanta un poco la falda y yo deslizo la mano, apartando con brusquedad la tela de sus bragas para acariciarla allí, caliente y húmeda. Siento cómo su clítoris palpita bajo mis dedos, duro, sensible, como si me rogara más. Me recorre un impulso primario: querría morderlo, saborearlo, hundirme en ella con la boca, pero me contengo y sigo masturbándola con la mano, cada roce arrancándole un jadeo que me enloquece aún más.

Y entonces, la puerta se abre.

Magnus.

Su sombra llena el umbral. Silencio. Solo nos observa, su mirada de hielo clavada en mí primero, luego en ella. No dice nada, pero no hace falta: ese silencio pesa más que un grito.

Me aparto de Rocío con una rapidez que no disimula nada. El aire se corta en dos. Ella baja la vista, yo me enderezo como si la compostura pudiera reconstruirse en un segundo.

Mi padre cierra la puerta detrás de él. No habla. Solo me mira, y esa mirada es juicio puro. Siento el frío en los huesos.

42

Juicio

Alexander

No pasa mucho tiempo después de quedarnos petrificados en el despacho y de que Rocío se haya marchado con la vergüenza haciendo eco en sus mejillas, cuando la puerta se abre de nuevo sin previo aviso. Magnus entra con paso firme. La puerta se cierra y el silencio se vuelve insoportable. Magnus se queda de pie, las manos en los bolsillos, los ojos fijos en mí como si pudiera leer todos mis pecados en la frente.

—Te pedí que te acercaras a esa chica —empieza, con voz grave, pausada—. No que te metieras en su cama.

—No es… —intento explicarme, pero me corta con un gesto.

—No me tomes por idiota, Alexander. La he visto. He visto cómo la mirabas. He visto cómo la tocabas. Y ahora dime: si esa mujer está implicada en los contratos inflados y tú estás encamado con ella, ¿qué pasará?

No respondo. Me muerdo por dentro.

—La empresa se hundirá —responde él mismo, sin perder un ápice de calma—. Y contigo dentro.

Sus palabras son como golpes de martillo.

—Padre… —me atrevo a decir.

—No. Aquí no soy tu padre. Aquí soy Magnus Lundqvist, el dueño de todo esto. Y me importa un carajo si te enamoras, si pierdes la cabeza o si te pierdes en la primera española que te sonríe con gracia. Lo único que me importa es que, si esa chica está jugando sucio, la echaré a patadas.

Su dureza me asfixia.

—No creo que Rocío esté implicada —digo, aunque dentro de mí la duda me carcome.

—No crees. Exacto. No sabes. Y ese es el problema.

Me acerco un paso, intentando mantener la firmeza.
—Yo la conozco. He visto cómo trabaja. No encaja en ese perfil.

Magnus me perfora con la mirada.
—¿Y cómo lo sabes? ¿Porque te lo susurra entre sábanas? ¿Porque gime tu nombre en la oscuridad? Alexander, ¿te das cuenta de lo que has hecho? Has cruzado la línea. Has convertido la investigación en un juego personal.

Aprieto los puños. Tiene razón, maldita sea. Pero no puedo soportar escucharlo de su boca.

—Si descubro que esa mujer ha puesto un pie en terreno turbio, yo mismo la sacaré de la empresa. No me importa que lloriquee, ni que me pongas cara de mártir. Se acabó.

Me quedo en silencio, tragando su amenaza como un trago de fuego.

Cuando se va, cierro los ojos y me dejo caer en la silla. El eco de sus palabras me retumba en el pecho.

¿Y si tiene razón? ¿Y si Rocío es culpable?

El dilema me desgarra. Quiero protegerla. Quiero creer en ella. Pero una voz, la más cruel, me susurra que tal vez solo soy un idiota.

Abro los ojos y miro la mesa aún desordenada por el cuerpo de Rocío hace unos minutos. Me arde la piel con el recuerdo.

Y pienso, con un nudo en la garganta:
He dejado de saber si la quiero para protegerla… o para destruirla.

43

Entre azulejos

Rocío

El frío del baño de la oficina me recibe como un cubo de agua helada. Me encierro en uno de los cubículos y me siento en la tapa del váter, con las manos apretadas contra la cara. No sé si quiero llorar, reírme o desaparecer como humo.

Me arde la piel, todavía siento los dedos de Alexander donde no deberían haber estado en horario laboral. Y lo peor: la imagen de Magnus entrando por la puerta se me repite una y otra vez, como un bucle de vergüenza infinita. Si hubiera un agujero negro debajo de estos azulejos, me lanzaría de cabeza.

—Qué cuadro, Rocío… —murmuro para mí misma—. Ni en las peores telenovelas.

Me miro en el espejo pequeño del bolso: mejillas encendidas, labios hinchados, el pelo hecho un desastre. La viva imagen de una culpable. Resoplo y me echo agua fría en la cara. No sirve de nada, pero al menos me da la excusa de que si alguien me ve los ojos rojos pueda decir que me ha saltado jabón.

¿Cómo se supone que una mujer digna se recompone de semejante espectáculo?

Suspiro y me obligo a salir. El pasillo me parece un corredor de la vergüenza, pero no queda otra: toca fingir normalidad, aunque por

dentro me sienta como si me hubieran pillado desnuda en mitad de la plaza de España.

44

Confesiones con croquetas

Rocío

A mediodía, decido salir de la oficina a comer con Iván. Necesito aire fresco, o al menos unas croquetas que me devuelvan la dignidad perdida. Nos sentamos en una tasca de barrio, y él me mira como si leyera en mi cara todo lo que intento ocultar.

—Venga, suelta, ¿qué te pasa? Llevas días rara de cojones y no he sabido nada de ti en todo el fin de semana—me pincha, dándole un sorbo a su cerveza.

Trago saliva y bajo la voz.

—Antes de nada… Magnus nos pilló esta mañana en el despacho de Alexander. Y no en un momento inocente, precisamente.

Iván abre mucho los ojos y luego suelta una carcajada que hace que un par de mesas se giren.

—¡No me jodas! ¿El suegro entrando en plena fiesta erótica? Ni Netflix se atreve a tanto. ¿Se quedó blanco como un folio o rojo como una gamba?

—A ti te hace gracia, pero yo estoy acojonada —respondo, llevándome una croqueta a la boca sin saborearla. Siento que la vergüenza me sigue pegada a la piel—. No sabes lo que fue, Iván. Sentí que me moría de la vergüenza. Y lo peor es que no fue solo eso… hay algo más que no le he contado a nadie.

—¿Más bomba todavía? —pregunta, teatral, inclinándose hacia mí como si estuviéramos en una serie de espías.

Me froto la frente. Respiro hondo. No quería contarlo, pero me quema por dentro.

—El jueves pasado recibí un correo. Firmado por Magnus. Y no era un correo normal: estaba implicado en los contratos que estamos revisando.

Iván casi se atraganta con la croqueta y tiene que beber para no ahogarse.

—¿Me estás diciendo que tu *suegrísimo* oculta algo turbio? —Arquea una ceja, entre incrédulo y divertido—. Pero vamos a ver, ¿qué necesidad tiene? ¿Qué hace un tío que factura millones metiéndose en berenjenales así?

—No lo sé —admito, bajando la voz hasta casi un susurro—. Pero por cómo me miró cuando nos pilló esta mañana… —trago saliva—, siento que tiene la mirada puesta en mí, como si quisiera pringarme en el ajo. Y no entiendo por qué. Es como si buscara un chivo expiatorio, y yo le viniera al pelo.

Iván me observa con una mezcla de compasión, miedo y un toque de guasa que nunca pierde.

—No me jodas que también piensas que Alexander está intentando utilizarte para salvar el *culete* de su papaíto.

Le clavo la mirada, y asiento despacio.

—Me has leído el pensamiento.

Se queda callado unos segundos, luego resopla y se echa hacia atrás en la silla.

—Amiga, eso pinta peor que un examen de matemáticas con resaca. Si Magnus quiere cubrirse las espaldas, ¿y Alexander está en medio? Podrías ser la moneda de cambio.

—Exacto —susurro—. Y no sé cómo protegerme sin que parezca que me invento cosas.

Iván apoya un codo en la mesa y me señala con la croqueta.

—Entonces hay que jugar con cabeza. Si te hundes tú, se hunde él. Y si lo hundes a él, puede que te arrastre. Vamos a pensarlo bien, pero prométeme que no te callarás nada más.

El murmullo del bar sigue a nuestro alrededor, pero yo solo escucho los tambores de mi propio corazón. Algo muy grande se está cociendo, y siento que estoy justo en el centro del fuego.

45

La otra cara del hielo

Magnus

Sostengo el teléfono en mi mano como si pesara toneladas. Hablo poco, con frases cortas, la voz grave y controlada. Del otro lado, un socio insiste, presiona. Prometo que cumpliré. Que habrá más transferencias. Que todo se resolverá.

Cuando cuelgo, me quedo unos segundos en silencio, mirando por la ventana del hotel donde me hospedo. Sevilla bulle abajo, con su calor y su ruido. Tan lejos de Estocolmo, tan lejos de todo lo que un día consideré principios.

Reflexiono para mí mismo:

—Estoy fallando a demasiada gente. A la junta, a mis socios… y sobre todo a Alexander. Ese chico confía demasiado en mí.

Me sirvo un whisky y lo dejo sobre la mesa sin probarlo. Mis pensamientos vuelven a la joven que he visto en el despacho de mi hijo.

Esa tal Rocío… No tengo nada en contra de ella. Una chica que lleva poco en la empresa. Pero a veces pagan justos por pecadores. Y si esto se complica, será ella la que lleve el peso, no yo.

Me aprieto el puente de la nariz, cansado, vencido.

Espero que Alexander no esté enamorándose de ella. Porque quizá con el tiempo no pueda con mi conciencia… aunque hace años que la perdí. Con moralidad no se hacen buenos negocios.

La copa de whisky queda intacta mientras vuelvo a marcar otro número, arrastrando el peso de decisiones que ya no tienen marcha atrás.

46

Copas y confesiones

Rocío

Lunes por la noche.

Está lleno de un algo que no sé si es expectación, vértigo o las dos cosas juntas. Alexander está aquí, sentado en mi sofá, con una copa de vino blanco en la mano. La botella descansa en la mesa de centro, ya medio vacía. De fondo suena una lista de reproducción que había puesto para no sentirme ridícula en completo silencio, y ahora me doy cuenta de que cada acorde parece subrayar lo raro de la situación.

Nunca pensé que compartiría sofá y copas con este hombre. En la oficina es hielo puro, pero aquí… aquí parece humano. No sonríe mucho, claro, pero de vez en cuando deja escapar frases que me sorprenden.

—Nunca he sido de cenas en casa ajena —comenta, girando apenas la copa para observar el reflejo del vino—. Supongo que debería sentirme incómodo, pero no es así.

—Eso es un cumplido, ¿no? Y te recuerdo que hemos pasado el fin de semana metidos aquí dentro y pidiendo comida a domicilio— me río, apoyando la barbilla en la mano.

—Supongo —responde, con esa sequedad que en otro me molestaría, pero que en él ya empieza a parecerme fascinante.

Le cuento, entre trago y trago, algunos retazos de mi pasado sentimental: un exnovio que confundía control con amor, otro que nunca quiso nada serio. Él escucha más de lo que habla, pero cuando lo hace, deja caer cosas que no me esperaba.

—Nunca he sabido mantener relaciones largas —confiesa—. Trabajo, viajes, exigencias… Al final, siempre se rompía todo.

Lo dice sin dramatismo, casi como si hablara de balances contables. Pero noto un atisbo de algo vulnerable. Y me toca, aunque no quiera.

El vino me calienta la lengua, y antes de que me arrepienta, suelto lo que llevo días callando.

—¿Sabes que no puedo quitarme de la cabeza la cara de tu padre esta mañana?

Alexander se queda quieto, como si hubiera pisado terreno minado.

—Magnus no es un hombre fácil de leer —responde, con tono neutro.

—Pues yo lo leí clarísimo. Me estaba taladrando con la mirada. Como si… —respiro hondo— como si me odiara.

Él niega con un gesto breve, pero la mandíbula apretada lo delata.

—No es odio. Es… exigencia.

—¿Exigencia? —me río, amarga—. No, Alexander. Esa mirada era de: *quiero encontrar un culpable, y me viene muy bien que seas tú.*

Silencio. Solo la música de fondo llena el aire.

—No deberías cargar con eso —dice al fin, bajo—. No tienes pruebas de que piense así.

—No necesito pruebas cuando alguien me mira como si fuera un error andante —replico, encogiéndome en el sofá—. Me sentí desnuda. Y no en el buen sentido.

Él me observa largo rato, con esa dualidad suya que me parte en dos: parte jefe implacable, parte hombre que ya conoce cada rincón de mi piel. Y no sé qué me enfada más, si la indiferencia aparente o la intensidad con la que me observa.

—Solo busca respuestas —murmura—. Nada más.

—Pues que no pienso cargar con culpas que no me corresponden.

Ese tema queda suspendido, como un nudo que ninguno de los dos sabe deshacer. Minutos después estamos enredados en la cama. Su cuerpo sobre el mío, el vino todavía ardiendo en mis venas, la música de fondo convertida en susurro. Sus labios recorren mi cuello con calma, su mano dibuja círculos en mi cintura y la sábana se desliza como un secreto que nadie debe ver. Es más lento, más íntimo, como si cada roce estuviera cargado de algo prohibido y adictivo, como si nos permitiéramos hablar con la piel lo que con palabras nunca sabríamos decir. Cuando el sudor aún nos tiembla en la piel, con el corazón desbocado y el aliento mezclado, él rompe el silencio.

—Dime la verdad, Rocío. ¿Qué pasa entre tú e Iván?

Me congelo. El tono no es de simple curiosidad: es celoso, casi acusador.

—¿Perdona? —me incorporo un poco, sujetando la sábana contra mi pecho—. ¿Ahora me vas a interrogar?

—Es una pregunta. Sois demasiado cercanos. Y él trabaja en el departamento financiero.

—¿Y qué? Es mi amigo. El único que me ha apoyado desde que llegué a la empresa.

Él me mira fijo, como si buscara grietas en mi cara.

—¿Seguro que es solo eso?

La indignación me sube a la garganta.

—¿Toda esta conquista tuya… ha sido para sacarme información sobre Iván?

Alexander parpadea, y por primera vez parece tambalearse.

—No. No es eso.

—¿Entonces qué? ¿Celos? ¿Sospechas? —Me levanto de la cama, buscando la ropa tirada por el suelo—. Te acuestas conmigo y ahora me vienes con un interrogatorio. ¿Qué clase de juego enfermo es este?

Él se pasa la mano por la nuca, tenso, como si no supiera cómo explicarse.

—No es un juego. Pero Iván maneja datos delicados y tú y él sois inseparables. Podría estar ocultando información y…

—Y yo tapándoselo, ¿no? —lo interrumpo, con la rabia a flor de piel.

Me mira, y hay algo en sus ojos que no sé si es dolor, duda o ambas cosas. Pero yo ya estoy demasiado herida para intentar

descifrarlo. El vino, la música, la intimidad… todo se diluye bajo el peso de esa acusación velada.

Y por primera vez pienso que igual estoy durmiendo con un enemigo. O con alguien que no sabe decidir si quiere salvarme o arrastrarme con él al abismo

47

Bajo sospecha

Alexander

La estoy follando como si fuera la última vez. No hay otra manera de describirlo. No es delicado ni romántico: es piel contra piel, ritmo marcado, sudor que resbala por la espalda. Mi boca encuentra su cuello y su sabor se mezcla con el vino que todavía siento en la garganta. Ella gime, se arquea bajo mi cuerpo, y yo aprieto más fuerte, porque necesito grabar este momento en la memoria, como si al hundirme en ella pudiera apagar el fuego que me consume.

Pero no se apaga. Crece. Cuanto más la toco, más quiero. Cuanto más la beso, más me jode no poder sacármela de la cabeza. Y eso me enfurece. Porque no vine aquí a perder el control.

Cuando terminamos, nuestros cuerpos aún pegados, mi respiración todavía enredada con la suya, la miro y lo suelto. No debería, pero lo suelto.

—Dime la verdad, Rocío. ¿Qué pasa entre tú e Iván?

Ella se congela bajo mí. Lo noto en la tensión de su espalda, en la manera en que aprieta la sábana contra el pecho.

—¿Perdona? —me dice, con los ojos abiertos como platos—. ¿Ahora me vas a interrogar?

—Es una pregunta —respondo, seco, sin apartar la mirada—. Sois demasiado cercanos. Y él trabaja en el departamento

financiero.

—¿Y qué? —me escupe, como si le hubiera ofendido de muerte —. Es mi amigo. El único que me ha apoyado desde que llegué a la empresa.

—¿Seguro que es solo eso? —insisto, porque necesito escuchar algo más, porque mi cabeza no me deja tranquilo.

La veo arder de rabia. La indignación la atraviesa.

—¿Toda esta conquista tuya… ha sido para sacarme información sobre Iván?

Me siento un imbécil. Parpadeo, y por primera vez en mucho tiempo pierdo pie.

—No. No es eso.

—¿Entonces qué? ¿Celos? ¿Sospechas? —se levanta de la cama de golpe, buscando la ropa como si yo fuera veneno—. Te acuestas conmigo y ahora me vienes con un interrogatorio. ¿Qué clase de juego enfermo es este?

Me paso la mano por la nuca, intentando mantener la calma. La tensión me parte en dos.

—No es un juego. Pero Iván maneja datos delicados y tú y él sois inseparables. Podría estar ocultando información y…

—¿Y yo tapándoselo, ¿no? —me corta, con los ojos llenos de furia.

La miro y siento un golpe en el pecho. No sé si es dolor, duda o un maldito cóctel de los dos. Pero no me sale nada más. Me callo. Y el silencio se convierte en un muro entre nosotros.

Ella tiembla, se cruza los brazos y me señala la puerta.

—Vete, Alexander. Vete a tu casa.

Intento hacerla entrar en razón, con la voz más firme de lo que me siento:

—No malinterpretes lo que he dicho. No quise insinuar nada, solo necesito estar seguro de en quién confiar.

Ella me corta con la mirada dura.

—No intentes maquillar lo que has insinuado, ni manipularme. Sé muy bien lo que oí.

—Lo que hay entre nosotros es real —respondo, dando un paso hacia ella, casi suplicando que lo vea.

—La única que sabe la verdad de momento soy yo —me lanza—. Y si no puedes verla, quizá no seas tan buen auditor como crees.

La orden cae como un martillazo. Y aunque todo en mí me pide que la agarre, que la sacuda, que la bese hasta que se olvide de todo, recojo mi ropa del suelo. Me visto en silencio, sin dejar de mirarla. Está preciosa incluso en su rabia. Preciosa y fuera de mi alcance.

Cuando cierro la puerta detrás de mí, me queda claro que he jodido algo que no sé si podré recomponer.

48

Oficinas de cristal

Alexander

Martes. La luz entra a raudales por las cristaleras de la oficina y me ciega más de lo que ilumina. No logro concentrarme. No importa cuántos informes abra, cuántos correos revise: cada palabra me recuerda la noche anterior en casa de Rocío. Me expuse demasiado. Dejé que viera algo que jamás dejo salir a la superficie. Y lo peor: lo arruiné todo.

Camino por el pasillo y la veo, inclinada sobre su escritorio. El cabello oscuro cae en ondas rebeldes y me distrae como si fuera un arma diseñada contra mí. Su risa baja con Iván me taladra la sien. No puedo evitarlo: la llamo a mi despacho.

—Señorita Romero, necesito que me revise estas cifras. —Excusa trivial. Lo sé. Pero necesito verla aquí dentro.

Ella entra con pasos firmes, la barbilla alta. No hace falta ser un genio para adivinar que todavía está furiosa conmigo. Deja los papeles sobre mi mesa con un golpe suave, pero cargado de intención.

—Aquí tiene —dice, sin mirarme demasiado.

Nuestros dedos se rozan cuando me pasa un informe. He tocado su piel con la boca, con las manos, con el cuerpo… y aun así un simple roce consigue descolocarme.

—Hay un error en la paginación —murmuro, solo para romper el silencio.

Ella arquea una ceja.

—¿De verdad me ha hecho venir por eso?

La observo más de lo que debería. Sus labios, la curva de su cuello, la tensión en sus hombros. Y me debato entre mi deber y el deseo. Mi padre quiere pruebas, nombres, certezas. Pero lo único que quiero es inclinarme hacia adelante y probar si vuelve a gemir como anoche.

—Quiero precisión —contesto al fin, aunque suene hueco.

Ella suspira, se inclina a mi lado para señalar unas cifras en la pantalla. Su perfume me golpea de lleno. La proximidad es un castigo exquisito. Podría contarle las pestañas. Podría besarla si girara un poco la cabeza.

—Mire —dice, marcando con el dedo—, aquí está la secuencia correcta.

Yo asiento, pero no estoy viendo los números. Estoy viendo la curva de su clavícula y recordando cómo la recorrí con los labios.

Se separa al notar mi mirada. Me lanza una mueca entre burla y reproche.

—Está usted muy raro, Lundqvist.

—¿Raro? —replico.

—Sí. Demasiado serio incluso para usted. Quizá porque odie haberla cagado tanto conmigo anoche. —Sonríe de lado, y esa chispa vuelve a desarmarme.

Me tiento de decirle que lo raro sería confesar cuánto me afecta. En vez de eso, cierro el portátil con un clic.

—Eso es todo por ahora.

Ella asiente y se marcha, dejando una estela de perfume que me sigue como un látigo invisible. La observo salir por las paredes de cristal, su silueta alejándose entre mesas y ordenadores. Y ahí, con los nudillos blancos de tanto apretar el bolígrafo, me descubro admitiendo lo impensable:

Ya no sé si quiero descubrir la verdad o quedarme en la mentira que hemos creado entre los dos.

49

Dudas incendiarias

Rocío

Mitad de semana. Camino por la oficina con el gesto torcido, los nervios agarrotados y la sensación de que me están diseccionando cada paso. No puedo más con las miraditas y las insinuaciones veladas de Alexander. Que si Iván por aquí, que si los datos financieros por allá.

Estoy harta.

Y lo peor es que, en el fondo, me da pena Iván. Mi amigo no merece estar bajo sospecha. Casi prefiero no decirle nada y empezar a investigar por mi cuenta a Magnus y a la gente que me puso en copia en aquel correo.

He estado demasiado distraída con Alexander, volviéndome loca fuera y dentro de la cama. Me siento tonta. Quizá eso era justo lo que pretendía el muy maldito: desconcentrarme, hacer que me olvidara del resto.

En el *office*, mientras espero a que la cafetera termine su ritual, Iván entra silbando una sevillana. Solo con verlo me baja un poco la tensión.

—Tienes cara de haber dormido en un cactus —me suelta, abriendo el armario para sacar dos tazas.

—Muy gracioso —respondo, intentando sonreír.

—Venga, cuéntame. —Me mira con esa mezcla de amigo y hermano mayor que nunca falla.

Bajo la voz, aunque no hay nadie cerca.

—No puedo contártelo todo, Iván. Solo… me siento utilizada. Como si estuviera en medio de un tablero y no supiera ni qué pieza soy.

Él me pasa la taza de café y me guiña un ojo.

—Ya sabes que para mí siempre eres la reina. Aunque algún sueco cuadriculado crea que eres un peón.

Me río, pero es un sonido roto. Me aprieto los brazos contra el pecho.

—Ojalá fuera tan fácil.

Nos quedamos en silencio un rato, tomando el café, hasta que él cambia de tema con un chiste malo sobre el azúcar. Pero yo sigo con la mente atrapada, decidida a no perder más tiempo.

En la oficina, de vuelta a mi mesa, recibo un correo de Alexander. Una nota absurda sobre un documento que ya revisamos dos veces. Sé que es una excusa. Quiere que vaya a su despacho. Y voy, porque soy incapaz de negarme.

Allí dentro, todo es tensión. Él habla con frases cortas, yo respondo igual. Sus ojos se clavan en mí más de lo que deberían.

—Señorita Romero, necesito saber que puedo confiar en usted —dice, con voz baja.

—¿Otra vez con lo mismo? —le espeto, cansada.

Él no contesta de inmediato. Solo me observa, demasiado fijo, demasiado serio. Y en ese silencio empiezo a darle vueltas a algo que no había considerado antes. *¿Y si toda esta presión, todas estas*

dudas que lanza sobre mí y sobre Iván… son solo una manera de desviar la atención?

Mi estómago se encoge. La desconfianza late fuerte, como una batucada en la sien.

Salgo del despacho con la sensación de que Alexander y yo estamos atrapados en un juego perverso, donde ya no sé si somos aliados, enemigos, o dos idiotas demasiado atraídos para dejar de tocarnos, aunque sepamos que podemos acabar muy mal.

50

Bajo la mesa

Alexander

Jueves por la tarde. La reunión técnica debería centrarse en balances, en gráficas, en contratos. Pero lo único que pesa en la sala son los silencios. Nadie lo nota, salvo ella y yo. Rocío se acomoda en la silla frente a mí, con ese aire de ironía que me provoca más que cualquier cifra inflada. Cada vez que abre la boca, me lanza un dardo.

—Con tanto control, señor Lundqvist, al final vamos a necesitar un ejército para firmar cada factura —suelta, con media sonrisa.

—No es un chiste, Rocío —respondo serio, sin levantar la voz. Pero sé que la rigidez en mi tono es justo lo que la enciende.

Ella se inclina hacia delante, los ojos brillando de diversión y desafío. Y yo siento cómo la tensión erótica se cuela bajo la mesa. Es invisible para los demás, pero nos recorre como fuego.

En un movimiento aparentemente trivial, dejo que mi mano roce la suya. Podría apartarse. No lo hace. Deja la palma abierta un segundo más de lo necesario. Ese segundo basta para romper la línea.

Las intervenciones de los demás se vuelven ruido de fondo. Esa chispa de humor que me revienta los nervios y me endurece al mismo tiempo. La reunión termina, los técnicos se marchan, y quedamos solos en mi despacho.

El silencio dura poco. Ella me mira con descaro y se levanta despacio. Yo también. El choque es inevitable.

—Sabes perfectamente qué estás provocando —le digo, con la voz áspera.

—Y tú sabes que lo disfrutas —responde, acercándose un paso más.

El siguiente movimiento es instinto. La empujo contra la puerta cerrada del baño privado de mi despacho y la beso como si quisiera devorarla. Ella gime contra mi boca, me araña la nuca, se agarra fuerte. Entramos tambaleándonos en el aseo y cierro de golpe.

Las manos no se detienen. Le subo la falda con brusquedad, aparto sus bragas y la acaricio con dos dedos, húmeda y lista como si llevara horas esperándome. Ella me muerde el labio, se ríe entre jadeos.

—Tan serio en la mesa, tan salvaje aquí dentro… —susurra.

No me da tiempo a replicar. Se baja la blusa, me arranca la camisa, sus uñas marcan mi piel. La giro contra el lavabo y la penetro de golpe, fuerte, sin preámbulos. El eco de su gemido retumba contra el espejo. La agarro de las caderas, el ritmo duro, animal. Y ella se mueve conmigo como si quisiera romperse contra mí.

El sudor resbala por mi espalda, su cabello se pega húmedo a la frente. Me clava la mirada en el reflejo.

—Más fuerte —ordena, y obedezco.

El vaivén se vuelve salvaje, casi peligroso. No sé si quiero castigarla o perderme en ella. Quizá ambas cosas. La siento

tensarse, arquearse, gritar mi nombre ahogado, y me dejo arrastrar con ella, explotando en un orgasmo que me deja sin aire.

Nos quedamos unos segundos jadeando, el cuerpo pegado, el mundo reducido a cuatro paredes y a nuestro secreto.

Entonces, ella se recompone. Se gira despacio, con los labios aún hinchados y el pelo desordenado, y me lanza una sonrisa venenosa.

—Gracias por sus servicios, Lundqvist —dice, burlona—. Pero estoy muy cerca de darle a alguien el nombre de un culpable. Ninguno de sus polvos salvajes va a distraerme de dar con la verdad.

Me quedo mudo, todavía temblando, observando cómo se arregla la falda como si nada hubiera pasado. Y entiendo, con un nudo en el estómago, que lo nuestro no es solo sexo ni trabajo: es un juego de poder. Y en este juego, el que ceda primero, pierde.

51

La verdad en la cara

Rocío

Apenas he dormido. La noche anterior Iván y yo la pasamos en mi piso, rodeados de carpetas, cafés y pantallas brillando más de la cuenta. No solemos llevar trabajo a casa, pero esta vez era distinto: había que atar cabos. Y encontramos demasiados. Movimientos extraños, facturas repetidas, proveedores beneficiados con descuentos sin explicación. Todo apunta a lo mismo: Magnus, de algún modo, intenta tapar deudas o favores ocultos desviando dinero. El panorama es turbio. Y yo no puedo sacarme de la cabeza que Alexander me ha tenido distraída justo cuando más falta me hacía estar centrada. Quizá ese era el plan desde el principio.

Iván, agotado pero lúcido, me lo dijo con su tono de siempre:

—Tía, esto pinta feo. Si lo que crees es cierto, estás jugando con fuego. Y no del sexi.

—Lo sé —suspiré—. Pero no puedo callarme. Me niego a ser la pardilla a la que culpen de todo.

Con esa convicción me planto en el despacho de Alexander el viernes por la mañana. Él me espera con un informe en la mano y la misma expresión impenetrable de siempre. En cuanto cierro la puerta, el ambiente se enrarece.

—Necesito confirmar otra vez algunos movimientos financieros —dice, sin preámbulos.

—¿Otra vez insinuando lo mismo? —le lanzo, cruzándome de brazos.

Él me mira fijo.

—Quiero estar seguro de que todo está limpio.

Yo resoplo, buscando valor. No quiero soltarlo de inmediato.

—¿Y si te dijera que no tienes ni idea de lo que pasa realmente? —provoco.

Alexander entrecierra los ojos.

—Entonces dímelo.

—Me acusas a mí y a Iván, pero las piezas no encajan ahí. Hay alguien más… alguien con mucho más poder.

Su silencio me presiona. El corazón me late tan fuerte que casi me ahoga.

—Déjate de rodeos, Rocío.

—Está mucho más arriba. —Trago saliva y por fin lo suelto—. Es tu padre. Magnus.

El silencio se vuelve insoportable. Alexander aprieta la mandíbula.

—Mi padre tenía razón —espeta al fin.

—¿En qué? —le reto, acercándome un paso—. ¿En qué, Alexander?

Él respira hondo.

—Me pidió que me acercara a ti. Que desmontara los beneficios que sacas con los proveedores, para evitar que pudieras tergiversar los datos y salir indemne.

La indignación me golpea.

—¿Beneficios? ¿De qué hablas? Soy pobre, pero honrada. Trabajo como una mula y aprecio lo que hago en esta empresa. Desde el minuto uno me trataste como si fuera poca cosa, como si no valiera nada.

Él devuelve la mirada con dureza.

—Fuiste tú la que me sedujo para salirte con la tuya.

Suelto una carcajada amarga.

—¿Seducirte? ¿De verdad? —resoplo—. Mira, Alexander, no pienso seguir con este circo. Voy a renunciar, y que el marrón te lo comas tú solo.

Doy un paso hacia la puerta, pero su voz me frena.

—No vas a hacer bomba de humo. Te vas a quedar y vas a afrontar la acusación que acabas de lanzar contra mi padre.

Me giro de golpe, el corazón en la garganta.

—No es por tu padre, ¿verdad? Es por ti. Quieres que sea yo la que destape todo, porque no soportas ser el verdugo de tu progenitor.

Él titubea un segundo, y lo admite:

—Sí, es por mí… pero no por lo que piensas.

Me río con sarcasmo.

—Claro. Ahora vas a decirme que es porque estás coladito por mí y la idea de no volver a verme te mata por dentro, ¿verdad?

Alexander me sostiene la mirada.

—No iba a usar esas palabras, pero… más o menos.

—Ni un paso más —le advierto, al ver cómo intenta acercarse. —Si lo das, grito.

Él ladea la cabeza, desafiante.

—No serías capaz.

—Créeme, Alexander, soy capaz de eso y de más. He acumulado suficiente rencor hacia los suecos que me tratan como si no valiera nada.

Por un instante guarda silencio, y cuando habla su tono es dual, casi íntimo:

—Será mejor que lo que dices sobre mi padre sea verdad. Pero necesito discreción. Y cualquier cosa, me la comunicas a mí primero.

Le clavo la mirada.

—¿Ahora quieres que sea de nuevo tu aliada?

—Si mi padre ha hecho algo así, es porque hay problemas en la empresa que no me ha contado —responde—. Y necesitamos resolverlo.

—Esa conclusión la he sacado yo solita, a pesar de ser una empleada de segunda.

Alexander me mira con una seriedad inesperada.

—Para mí siempre has sido de primera.

El aire se corta entre nosotros. Aprieto los puños, temblando de rabia y orgullo.

—Pues justo eso voy a demostrarte. Plantándote la verdad en la cara.

—Ten cuidado con lo que haces, Rocío —dice, con un deje de súplica en la voz—. No sabes la magnitud de lo que puede haber detrás de todo esto.

—Sé cuidarme sola —respondo con firmeza, dándole la espalda y dejando claro que la última palabra, esta vez, es mía—. Y ten seguro que, si tú estabas al corriente de todo esto y has venido a Sevilla para salvar el culo de tu padre, también lo averiguaré.

52

La llamada

Magnus

Viernes tarde.

He quedado con Alexander en el bar del hotel donde me hospedo. Entra con esa mirada que heredó de su madre: directa, inquisitiva, incómoda como un bisturí en manos firmes. Deja unos papeles sobre la barra con demasiado cuidado, como si el gesto quisiera disfrazar lo que trae dentro.

—He notado algo —empieza, seco—. Rocío anda revisando proveedores con demasiado ahínco.

Levanto la vista despacio, calibrando su tono.

—¿Y? —pregunto, sin mover un músculo más que la boca.

—Que si hay algo que quieras contarme.

Lo fulmino con los ojos.

—¿Qué cojones estás insinuando, Alexander?

Él no pestañea. Esto tampoco lo heredó de mí. Lo aprendió solo.

—Nada —replica, firme, aunque noto la tensión en su mandíbula —. Confío en ti y en que, si la empresa tiene problemas, me los vas a contar. ¿No es cierto?

Silencio. Puro silencio. Y lo detesto porque me expone. Me humedezco los labios y desvío la mirada al cristal.

—Ocúpate de tu trabajo —corto, esquivo—. Ya bastante tienes con poner orden en esa filial.

Él asiente, pero sé leerlo. Mi hijo no me cree del todo. Se marcha y la intranquilidad me queda zumbando en las sienes.

Marco un número.

—Dígame, señor Lundqvist —responde la voz de Beatriz, temblorosa como siempre que presiente que no traigo buenas noticias.

—Necesito verla en el hotel ahora mismo —le ordeno, sin dar margen a excusas.

—Sí, señor… en seguida —titubea.

No tarda más de media hora en llegar, demasiado arreglada para un viernes a estas horas y con esa faldita corta que se pone cuando quiere que la note.

Beatriz Cortázar… una trepa de manual. Departamento de administración, pero siempre dispuesta a colaborar en lo que *convenga*. Y no me refiero solo a papeles.

—Alexander me ha dicho que la tal Rocío anda revisando proveedores con demasiado ahínco —le suelto, con los dedos crispados sobre la mesa—. ¿A qué crees que se debe?

La veo tragar saliva.

—Fue un error —admite al fin, con voz baja—. Estaba gestionando varias listas de distribución y, sin darme cuenta, la incluí en copia en un correo sensible. No pretendía que lo viera, pero se me coló. No debería haber pasado.

—¿No debería? —repito, arqueando una ceja.

Baja la mirada, frotándose las manos. La conozco demasiado. No es lealtad lo que la mueve, sino el miedo a perder su escalón en esta escalera que sube a base de rodillas.

—Lo lamento —farfulla—. Creí haberlo eliminado enseguida.

—Pues no lo eliminaste a tiempo —la corto—. Y ahora tenemos un problema.

Ella levanta la vista, nerviosa, y de pronto cambia de estrategia.

—Puedo compensarlo de otra manera… ya sabe, dándole otro tipo de servicios.

No la despido. No aún. Porque, aunque es un desastre, me sirve. Me ha servido en más de un sentido durante mis estancias en España. Y los trepas siempre son útiles cuando se les recuerda quién manda.

—Estoy demasiado cabreado para sexo —gruño, apartando la mirada.

—Magnus… —insiste, alargando mi nombre como si quisiera acariciarlo con la lengua.

—No me llames así —la corto con frialdad—. Solo mi mujer me llama por mi nombre de pila. Y tú no lo eres.

Beatriz sonríe torcido. —No, no lo soy. Pero se lo pasa bien conmigo, admítalo.

Maldigo en silencio. La odio y al mismo tiempo me dejo arrastrar por ese acento andaluz que mantiene cuando hablamos inglés. Al final, me seduce lo suficiente para que, sin más rodeos, se acuclille delante de mí y me baje los pantalones. Cuando termina, intenta besarme en la boca, pero me aparto con brusquedad.

—Eso no —le gruño.

Se queda desconcertada, y yo aprovecho para señalar la puerta.

—Fuera.

La echo con un gesto brusco y cierro la puerta tras ella.

Respiro hondo. Cojo el teléfono. El número de él lo tengo memorizado, aunque desearía no tenerlo.

—¿Sí? —su voz áspera responde al tercer tono.

—Tenemos un contratiempo —digo, en voz baja—. Una empleada ha visto cosas que no debía. Una tal Rocío Romero.

Pausa al otro lado. Un silencio que me hiela la espalda.

—Esa mujer no será un problema —responde por fin, con una calma que me aterra—. De eso me encargo yo.

Me quedo helado, con el auricular ardiendo en la mano.

—No hablaba de… —intento matizar, pero me corta.

—Tú no te preocupes, Magnus. Bastante tienes con mantener las cuentas en orden.

Cuelga.

Me quedo mirando mi reflejo en el cristal del ventanal. Sudor en la frente. Jamás pensé en algo tan drástico. Jamás quise que llegara a ese punto. Pero la maquinaria ya está en marcha. Y yo, Magnus Lundqvist, que siempre he creído controlar todas las piezas… descubro que esta vez el tablero me ha superado.

Y que tal vez he condenado a esa chica sin quererlo.

53

Juego de espejos

Rocío

Me esfuerzo por mantener las distancias. Camino con paso firme, pero por dentro me siento como una olla a presión. Alexander no tarda en notarlo: me observa desde su despacho como si quisiera descifrarme. Sus ojos se clavan en mí cada vez que paso por el pasillo.

—¿Algún problema, señorita Romero? —pregunta en cuanto me cruzo con él en la sala de copias.

—Ninguno —respondo, con una sonrisa cargada de veneno—. Solo disfrutando del viernes… como todos, ¿no?

Me mira con ese gesto que mezcla desaprobación y recelo. Yo arqueo las cejas, sarcástica, y me largo sin darle más munición.

Que se fastidie.

Mientras recojo unos documentos pienso en lo que descubrí con Iván, en lo mucho que nos acercamos a atar cabos, y en cómo Alexander logra, con su sola presencia, hacerme olvidar las prioridades. Mi vida se ha convertido en una bomba de relojería: pasión, secretos y el maldito sueco siempre en medio.

Y entonces noto algo extraño. Beatriz. La chica que, supuestamente por *error*, me puso en copia en aquel correo maldito. Me lanza una mirada rara, fugaz, como si me hubiera pillado en un renuncio. Me fijo: está nerviosa. La vi salir de la oficina a media tarde y acaba de volver, con el maquillaje ligeramente corrido y el pelo fuera de lugar. Se mueve como si ocultara mucho más de lo que está dispuesta a admitir.

¿Será miedo? ¿Culpa? ¿O un aviso encubierto de que meta las narices en otra parte?

Agarro mis papeles y regreso a mi mesa con la sensación de que el aire está cargado. Peligro. Está en todas partes, invisible pero real. Y yo, sin querer admitirlo, ya estoy en el centro de un juego de espejos en el que cualquier movimiento en falso puede costarme caro.

54

Promesas rotas

Alexander

No logro concentrarme. Me he quedado hasta tarde en la oficina; todo el mundo se ha ido, incluida Rocío. Los informes se amontonan en la mesa del despacho y las cifras empiezan a bailar como si se burlaran de mí. Intento repasarlas, tachar incoherencias, buscar una línea clara… pero lo único que resuena en mi cabeza son las palabras de Rocío sobre mi padre. Magnus. El hombre al que debo todo y al que, quizás, debería empezar a temer.

Releo facturas con fechas cruzadas, proveedores que no cuadran, llamadas registradas a horas imposibles. Incluso reuniones que mi padre mantuvo fuera de agenda, ocultas bajo la apariencia de *encuentros sociales.* Y de pronto todo encaja en un patrón oscuro que hasta ahora me negaba a ver.

Si Rocío tiene razón, estoy entre proteger a mi padre… o protegerla a ella.

El teléfono vibra. Es él. Contesto, con un nudo en el estómago.

—Cena. Ahora —ordena, sin rodeos.

***

En el restaurante, Magnus me observa con una seriedad que cala hasta los huesos. Apenas ha probado la comida. Su copa de vino sigue intacta.

—Dime, Alexander —empieza, tajante—. ¿Rocío te ha dicho algo?

Dudo. Pienso en su mirada, en cómo me desafía, en cómo se me cuela bajo la piel. No puedo mentir del todo.

—La he visto muy empeñada en sacar a la luz a los culpables. Más de lo que debería. Eso me preocupa —respondo, midiendo cada palabra.

La alarma se enciende en sus ojos. Me estudia como si estuviera valorando si soy un aliado o un traidor.

—¿Esa chica… te importa tanto? —pregunta al fin, en un tono que no es paternal, sino calculador.

Aprieto la mandíbula. Me obligo a admitirlo, aunque me pese.

—Mucho más de lo que pensé que llegaría a importarme. Más de lo que debería.

Magnus apoya los codos en la mesa, entrelaza los dedos. Su mirada es hielo puro.

—A veces, para mantener el estatus, hay que hacer sacrificios. No lo olvides, Alexander.

Me quedo en silencio, con un sabor amargo en la boca. Porque por primera vez, empiezo a entender que los sacrificios de los que habla pueden incluirla a ella. Y esa idea me destroza.

—Lo que aún espero —le respondo, clavando la mirada en él— es que me cuentes de una vez qué narices está pasando.

—No te preocupes por eso —ataja, girando la copa entre los dedos.

—Ya es demasiado tarde para que me digas que no me preocupe. Haz el favor de contarme lo que sea que estás intentando ocultar.

Magnus duda. Veo el titubeo en su mandíbula, la sombra en su mirada. Finalmente suspira y me revela lo que temía: está siendo chantajeado por un empresario turbio, un proveedor con demasiado poder, al que hace años pidió un favor y ahora lo tiene cogido por el cuello. Me confiesa que los pagos disfrazados en contratos y facturas no son errores, sino la forma de saldar esa deuda sucia que lo persigue.

—¿Por eso me mandaste a Sevilla? —lo encaro—. ¿Para que yo lo descubriera y al mismo tiempo lo encubriera?

—¿Y qué otra opción tenía? —me devuelve, con un deje cansado en la voz.

—Ser honesto —respondo, seco—. Por primera vez en mi vida me siento realmente decepcionado de ti.

Golpea la mesa con los dedos, como si quisiera cortar el aire.

—No te atrevas a desacreditarme. Sigo siendo el que manda.

—No necesitas que yo te desacredite —replico—. Te has desacreditado solo. Y dejarás de ser el jefe supremo en cuanto los accionistas se enteren de todo.

Magnus entorna los ojos y suelta una carcajada amarga.

—Esa chica… Rocío no hablará.

—¿Cómo estás tan seguro? —pregunto, con un hilo de voz que me quema la garganta.

—Porque sé que sabrás cómo mantenerla callada —responde, sin titubear.

—Lo único que he conseguido a pulso es que me odie y no quiera saber nada de mí —le lanzo, con rabia contenida.

—Entonces también debes aprender a asumir las derrotas —responde, con frialdad calculada.

—No me hables de derrotas —escupo—. Has conseguido convertirte en tu peor enemigo. Y eso es algo que ni siquiera yo puedo encubrir.

Magnus abre la boca para replicar, pero yo ya me he levantado de la mesa. Tiro la servilleta con brusquedad y me marcho del restaurante con el corazón en un puño, dejando a mi padre cabreado y con la palabra atrapada en la garganta.

55

La sombra se acerca

Rocío

Salgo de casa intentando repetirme que necesito desconectar, que no todo en mi vida puede girar en torno al maldito sueco, los contratos sospechosos y las cuentas que no cuadran. Iván me espera en la esquina, apoyado contra la pared con las manos en los bolsillos y esa sonrisa suya que parece sacada de una comedia romántica de serie B.

—¿Lista para cenar como dos personas normales? —me pregunta, alzando las cejas.

—Lo de normales lo dejamos en cuarentena, ¿no? —intento sonar ligera.

Nos reímos y caminamos hacia el restaurante. Pedimos unas tapas, un par de cervezas y, como siempre, Iván empieza a improvisar monólogos que harían llorar de la risa hasta a un santo. Yo sonrío, me esfuerzo en seguirle el ritmo, pero por dentro estoy en otro sitio.

—Tía, ¿qué te pasa? —me corta Iván en seco, inclinándose sobre la mesa—. No estás aquí.

—Claro que sí —miento, clavando la mirada en el plato de croquetas.

—Ya. Y yo soy Ricky Martin.

—No, hombre, tú eres más de Camela —respondo, para esquivar, y él suelta una carcajada.

La broma funciona solo a medias. En ese momento, vibra mi móvil. Un mensaje desconocido. Lo abro bajo la mesa, con el

corazón repicando en las costillas.

“Deja de escarbar. O acabarás mal.”

La pantalla me tiembla en las manos.

Iván me observa, atento.

—¿Qué? ¿Quién es?

—Nada. Spam. Que si quiero ampliar la tarifa del móvil —contesto demasiado rápido.

Él no me cree, pero no insiste. Me conoce y sabe que, si no quiero hablar, no lo haré. Intento recuperar la risa, pero el mensaje se me queda grabado a fuego.

La cena termina más tarde de lo previsto. Iván me acompaña un rato, pero cuando nos separamos para que cada uno tome su camino, la soledad de la calle me golpea como un cubo de agua fría. Las luces naranjas de las farolas parpadean, los bares han bajado la música y solo queda algún que otro grupo despidiéndose con abrazos largos.

Camino deprisa. Siento la nuca erizada, como si alguien me estuviera siguiendo. No me giro, no quiero parecer paranoica. Pero mis pasos se aceleran, y los de atrás también.

El móvil en el bolsillo vibra una vez más. No me atrevo a sacarlo. Me concentro en llegar al portal. Estoy a media manzana. Respiro hondo, como si fuera a correr una maratón.

Doblo la esquina, y ahí está mi edificio. Un alivio fugaz me inunda, pero se corta en seco cuando una sombra se adelanta desde un coche aparcado.

—¿Rocío Romero? —susurra una voz masculina.

No contesto. Aprieto el paso. Entonces lo siento: una mano dura en mi brazo, otra cubriéndome la boca. Intento gritar, pero apenas sale un murmullo ahogado.

Me empujan hacia la calle lateral. La furgoneta blanca espera con las puertas abiertas. Pataleo, araño, me revuelvo como una gata enjaulada, pero son dos contra mí. Uno me agarra las piernas, el otro me aprieta tan fuerte el brazo que estoy segura de que me dejará moratones.

El olor a gasolina y a sudor me invade mientras me lanzan dentro del vehículo. El portazo resuena como un disparo.

Y en ese instante lo sé: he pasado de estar jugando a la detective en mi propia vida… a convertirme en el objetivo de alguien que quiere silenciarme.

56

Bajo llave

Rocío

Estoy acurrucada en la parte trasera de la furgoneta, con las muñecas doloridas por la presión de las manos que me sujetaron. La tela áspera del asiento me araña los brazos, y la oscuridad apenas me deja ver más allá de las siluetas de los dos tipos que me escoltan. Mi bolso ha desaparecido, con el móvil, las llaves, mi cartera. Todo lo que me ancla a la normalidad se ha esfumado.

—Quietecita, preciosa. No querrás que se pongan las cosas feas —gruñe uno, con un acento que no reconozco.

Trago saliva, el corazón a mil. El motor retumba, las ruedas golpean los baches de la carretera. No tengo ni idea de a dónde me llevan. Intento no derrumbarme, recordar cada calle, cada giro, como si pudiera reconstruirlo después… si es que hay un después.

—¿Qué queréis de mí? —consigo soltar, la voz temblando.

El hombre del asiento delantero se gira lo justo para mostrarme una sonrisa torcida.

—Calladita estás más guapa. Solo somos el transporte. El que quiere verte… ya te espera.

Mi estómago se encoge. La furgoneta se detiene de golpe en un polígono mal iluminado a las afueras. Me sacan a empellones y me empujan hacia una nave industrial. El portón chirría al abrirse, un eco metálico que me eriza los pelos de la nuca. Dentro huele a humedad, a polvo viejo y a aceite rancio.

En medio de la penumbra, una figura se perfila. Reconozco esa cara antes de que la luz me la confirme: el empresario alemán que he visto más de una vez en la oficina, siempre hablando con Beatriz de Administración. Hartmann. Klaus Hartmann. Un hombre con demasiadas empresas de logística repartidas por Sevilla y alrededores, con fama de haberse instalado en la ciudad hacía años y de tener contactos en cada esquina. Le han salpicado varios escándalos y no son pocos los que lo han acusado de tener la mano demasiado metida en la administración pública, aunque siempre ha sabido salir indemne de esas sospechas.

—Señorita Romero —me saluda, con un castellano impecable pero frío, casi quirúrgico—. Qué inoportuno que se haya cruzado en un asunto que no le concierne.

—¿Qué… qué quiere de mí? —pregunto, con la garganta seca.

Él sonríe, pero no hay humor en ese gesto.

—Nada personal. Solo le estoy haciendo otro favor a su jefe, Magnus. Viejos compromisos. Él se preocupa por la familia, y yo me encargo de que sus problemas no salgan a la luz.

La sangre se me hiela. ¿Magnus? El estómago me da un vuelco. Claro, Hartmann. El engranaje que faltaba en el rompecabezas. Proveedores, facturas, contratos inflados. Y ahora, mi secuestro.

—Usted no entiende, señorita. Este mundo se sostiene en favores y silencios. Y a los que meten las narices donde no deben hay que darles un recordatorio, hacerles pasar un mal trago para que nunca lo olviden. No tema por su vida, pero sí por el recuerdo que va a llevarse de todo esto.

—Yo… no diré nada, lo juro —suplico, con lágrimas ardiéndome en los ojos—. No era asunto mío, hasta que pensé que me estaban utilizando para encubrir a otros. Fue un error.

Hartmann ladea la cabeza, divertido.

—En efecto, se ha equivocado. Solo fue un error de la señorita Cortázar.

—¿Y por qué no han ido a por ella en lugar de por mí? —pregunto, furiosa y aterrada a la vez.

—Porque la señorita Beatriz está protegida por Magnus —responde con calma venenosa—. Usted ya me entiende. Digamos que es su favorita. Y usted, en cambio, una metomentodo que ha puesto en jaque la honradez del padre de su querido Alexander.

Me quedo helada. Beatriz, protegida. Magnus, implicado hasta las cejas. Y yo, la pieza sacrificable.

—Por favor, déjenme ir. Ignoraré todo lo que he visto. Lo prometo.

Hartmann se inclina lo justo para que sus ojos azules se claven en los míos como cuchillos.

—Créame, señorita Romero: después de esta noche, nunca volverá a olvidar dónde está su lugar.

El miedo me aplasta el pecho, pero también me enciende una llama de rabia. Puede que me hagan temblar ahora, que me quiten hasta la respiración. Pero lo que acabo de escuchar es la confirmación que necesitaba. Y sé que, pase lo que pase, encontraré la manera de contarlo.

57

Obsesión al desnudo

Alexander

No puedo quitarme de la cabeza la forma en que traté a Rocío. La frialdad, la desconfianza, las palabras duras que usé contra ella. El remordimiento me corroe como una lija contra la piel. No soporto quedarme sentado, así que cojo las llaves y conduzco hasta su casa. El corazón me late con tanta fuerza que me cuesta mantener las manos firmes en el volante.

Cuando aparco frente a su portal, noto que las luces están apagadas. Subo, toco el timbre una, dos, tres veces. Nada. Un nudo me aprieta la garganta. La llamo al móvil, pero está apagado. Esa señal muerta me hunde más todavía.

Decido que debe de estar con Iván. Claro, su confidente, su amigo inseparable. En un ataque de celos y desesperación, voy directo a la oficina para buscar la dirección en el sistema. La encuentro en menos de cinco minutos y me lanzo a la carretera rumbo a su casa. La rabia y la angustia me impulsan a cada metro.

Iván abre la puerta medio en pelotas, con el torso descubierto y el pelo revuelto. Me clava una ceja arqueada.

—¿Alexander? ¿Qué coño haces aquí?

—Dile a Rocío que salga —le suelto, la voz más dura de lo que pretendía.

Él frunce el ceño, confuso.

—¿Disculpa?

—Lo que has oído. Sé que os consoláis mutuamente. Que folláis y os escondéis tras la etiqueta de amigos.

Las palabras me saben amargas en la boca. Es puro veneno. Y entonces, de pronto, aparece un chico detrás de Iván, envuelto en una toalla, el pelo todavía húmedo. Se apoya en el marco de la puerta y pregunta con tono despreocupado:

—¿Va todo bien?

El mundo se me desmorona un poco. Iván me mira como si yo fuera un completo imbécil.

—¿Contento ya? —me espeta.

Siento cómo la sangre me sube a la cara. Balbuceo una disculpa, torpe, y me largo sin mirar atrás. El aire de la noche me golpea como un castigo. Estoy avergonzado, rabioso conmigo mismo, y, sobre todo, descolocado.

Me estoy volviendo loco por ella. Por una mujer que me saca de mis casillas, que me hace decir cosas que jamás pensé pronunciar. Ninguna otra me ha llevado a este estado de pérdida de control. ¿Es esto amor? Tal vez. O lo más cercano a lo que jamás me he permitido sentir.

Pero no sé reconocerlo, porque nunca me dejé sentir tanto por nadie. Y ahora, atrapado entre la desconfianza y la obsesión, tengo la certeza de que, si la pierdo, me hundiré con todo lo demás.

58

Desesperación

Alexander

El sábado amanece pesado, como si las nubes se hubieran instalado en mi cabeza. He pasado la noche llamando a Rocío, una y otra vez, sin obtener respuesta. El maldito buzón de voz es lo único que me contesta.

A mediodía conduzco hasta su casa. Me planto frente a su portal con la esperanza absurda de verla salir en cualquier momento. El reloj avanza, la calle se mueve a mi alrededor, pero ella no aparece. Ni rastro. Cada minuto es un golpe en el estómago.

Vuelvo a marcar su número. El mismo silencio muerto. El móvil sigue apagado. Aprieto los dientes y apoyo la cabeza contra el volante, tratando de contener una rabia que no sé hacia dónde dirigir.

¿Dónde demonios está?

Me repito que es libre, que no me debe explicaciones. Pero la inquietud es más fuerte que cualquier razonamiento. La imagino con alguien más, en cualquier sitio donde no debería estar. Los celos se mezclan con un miedo extraño, nuevo para mí. Es más que celos: es la sensación de que algo no encaja, de que le ha ocurrido algo.

La vigilo desde el coche, como un guardián torpe. La gente entra y sale del edificio, vecinos, familias, nadie que me dé una pista. Las horas se diluyen y mi desesperación crece.

Al caer la tarde, me bajo del coche y doy vueltas por la acera, como un perro desorientado. La llamo de nuevo. Nada. Miro hacia

las ventanas oscuras y siento que me ahogo.

Nunca me había importado tanto alguien como para quedarme clavado en una puerta esperando un indicio. Nunca había sentido este vacío en el pecho, esta ansiedad que me corroe.

Si no aparece pronto, lo sé: perderé la cabeza. Y empiezo a temer que tal vez ya la he perdido.

59

Gritos en la oscuridad

Rocío

Estoy encerrada en un cuartucho miserable de esta nave, con un camastro oxidado que chirría cada vez que intento moverme. El olor es insoportable: dos noches aquí, con un cubo en la esquina para hacer mis necesidades. El hedor se mezcla con la humedad de las paredes y me revuelve el estómago.

Me han traído comida varias veces, platos fríos que apenas pruebo porque la angustia me cierra la garganta. No sé ni qué hora es. La única referencia es una ventana diminuta, tan alta que apenas me deja distinguir si afuera es de día o de noche. El tiempo aquí dentro es un castigo en sí mismo.

Hoy pierdo la paciencia. Grito hasta que la voz se me quiebra, golpeo la puerta con los puños, imploro:
—¡Si ya ha sido suficiente! ¡Si el castigo ya lo he pagado! ¿Qué más quieren de mí?

Las lágrimas me inundan y termino desplomada en el suelo, temblando como una niña. Pienso en Iván, en cómo me reñiría por meterme en camisas de once varas. Pienso en mi familia en Córdoba, en mi hermana Luisa, que está a punto de ser madre. Y me duele imaginar que quizá no llegue a conocer a ese bebé.

Y pienso en Alexander. Ese maldito sueco que me arrastró a este lío, el hombre que me desconcertó desde el primer segundo. Con lo tranquila que estaba yo en mi vida, ignorando todos los chanchullos de esta empresa, ¿por qué tuvo que aparecer? Lo odio. Lo deseo. Lo culpo de todo y, aun así, en este instante lo único que quiero es verlo irrumpir por esa puerta.

Me sorprendo a mí misma fantaseando como una tonta: que aparezca como un caballero andante, que me saque de aquí en brazos, como Richard Gere a Debra Winger en *Oficial y caballero*. Un sueño ridículo, lo sé. Pero aferrarme a él es lo único que me mantiene cuerda en esta oscuridad.

60

El lunes del silencio

Alexander

Llego a la oficina temprano, con el estómago anudado. Hay algo distinto en el aire, como si el edificio mismo supiera que falta una pieza esencial. Camino por los pasillos y pregunto con disimulo: nadie ha visto a Rocío. Nadie sabe nada.

La inquietud se convierte en un nudo en la garganta. La llamo de nuevo. El mismo silencio, el mismo buzón de voz. Aprieto el móvil hasta que cruje, como si de esa presión fuera a salir una respuesta.

Busco a Iván. Lo encuentro en el *office*, con gesto serio. Me acerco.

—Necesito hablar contigo —le digo.

Él me clava la mirada, defensiva.

—Si vienes a inventarte otra excusa contra mi amiga, no tengo tiempo.

Respiro hondo.

—No. Vengo a disculparme. Y a decirte que creo que a Rocío le ha pasado algo.

Iván cambia de postura, pero no suaviza el gesto.

—Si le ha pasado algo por tu culpa o por la de tu padre, te juro que voy a la policía y os denuncio a los dos.

Siento que la amenaza es real, y la respeto.

—Déjame resolverlo primero. Si metemos a más gente en esto, podría acabar peor. Lo digo por el bien de todos, pero sobre todo por el de Rocío.

Iván se inclina hacia mí, con los dientes apretados.
—Más te vale encontrar a mi amiga sana y salva, Lundqvist. O te juro que me encargo de que no vuelvas a pisar Sevilla.

Lo dejo con su rabia y camino directo al despacho de Magnus. No golpeo la puerta, entro sin permiso.

—¿Qué ha pasado con Rocío? —le suelto sin rodeos.

Mi padre guarda silencio, demasiado. Ese silencio suyo que conozco mejor que nadie. Su rostro, tenso, me da la respuesta que no quiere pronunciar.

Me hierve la sangre. Por primera vez en mi vida, siento el impulso de partirle la cara a mi padre. Aprieto los puños, doy un paso hacia él. Magnus se adelanta, me frena con la mirada. Se pasa una mano por la frente, abatido, y murmura: —Lo siento, Alexander, todo esto se me ha ido de las manos.

—No quiero tus disculpas —le corto con rabia—. Quiero a Rocío fuera de este lío. Quiero que la dejen en paz.

Él asiente con gesto cansado, incapaz de sostener mi mirada.

—Sé dónde está —admite, finalmente—. Te llevaré hasta allí.

—¿Qué has hecho con ella? —le espeto.

—No he sido yo… ha sido Klaus —responde con la voz tensa—. La ha retenido para darle una lección.

—¿Retenido? ¿Te refieres a que la han secuestrado? —le grito, incrédulo.

—Está bien, Alexander, no le han hecho nada —intenta calmarme.

—¿Privarla de libertad en contra de su voluntad te parece nada? —escupo, temblando de ira.

Mi padre baja la mirada, la voz se le quiebra. —No sabía que iban a hacer eso.

—Debería ir a la policía y denunciarte a ti y a ese tipo con el que tienes chanchullos —le digo, con el corazón a punto de estallar—. Pero por evitarle un disgusto a mamá no lo haré. Lo que sí exijo es que encuentres una solución alternativa a tus deudas en cuanto liberen a Rocío.

—Lo haré —me promete, hundido.

—Y vas a tener que compensarla por todo esto —añado, helado.

—Lo haré —repite, como una sombra de sí mismo.

El aire me golpea en el pecho como un martillazo. Y juro que, si le pasa algo a ella, lo pagaré con todos. Incluso con mi padre.

61

Rescate

Alexander

No conduzco. Solo aprieto los dientes y clavo la mirada en mi padre mientras el coche avanza por la carretera secundaria. Magnus va al volante, con ese silencio suyo que pesa como plomo. No necesito preguntarle dónde vamos: lo arranqué de su boca a la fuerza, con la amenaza de que, si no me llevaba hasta ella, se lo contaría todo a la policía.

Cuando giramos por un camino de tierra, el pulso me late en las sienes. Una nave metálica se recorta contra la penumbra del atardecer. La veo y el estómago se me revuelve. Siento que, si llego un segundo tarde, me arrancarán algo vital.

Magnus detiene el coche y bajamos. Klaus nos espera con dos matones que parecen sacados de un maldito cliché de película barata. Yo no pierdo tiempo:

—Quiero verla. Ahora.

Klaus sonríe, ese gesto viscoso que lo define, y suelta:

—Siempre tan impaciente, Lundqvist. Pero ya sabes que los favores se pagan, y tu padre aún tiene cuentas pendientes conmigo. No me gusta que tu amiguita meta la nariz donde no debe. La curiosidad mata, ¿sabes?

—Deja de hablar y tráela —gruño, con el corazón en un puño.

Klaus se ríe, un sonido áspero, cargado de desprecio.

—El problema es que vuestra chica tiene agallas. Lástima que, en este juego, las agallas salen caras. Pero tranquilo, no le hemos hecho nada… todavía. Solo un recordatorio para que aprenda. —Me

lanza una mirada ladina—. Y recuerda, Magnus, esto es otro favor. Como los de siempre. Y los favores pesan más que las deudas.

Magnus se tensa, la mandíbula apretada, pero no replica. Su silencio me da más miedo que cualquier palabra.

Finalmente, Klaus da una orden y abren una puerta lateral.

Y ahí está.

Rocío. Desencajada, los ojos hinchados de tanto llorar, la ropa arrugada y el cabello hecho un desastre. Un cubículo sucio detrás de ella, y el olor del encierro impregnando el aire. Se me encoge el pecho de golpe. Quiero correr hacia ella, pero me obligo a mantenerme firme.

Sale tambaleante, cubierta de dignidad rota. Entonces, contra todo pronóstico, me abraza. Se lanza a mi pecho como si fuera su único refugio y rompe a llorar. Me agarro a ella con tanta fuerza que temo quebrarla. El mundo se detiene: mis brazos alrededor de su cuerpo tembloroso, mi mentón hundido en su pelo enmarañado, y la certeza de que mataría a cualquiera que volviera a tocarla.

Quiero morirme por verla así. Por haber permitido que esto sucediera.

Pero al segundo se aparta de golpe, con las lágrimas aún en el rostro. Su mirada se endurece.

—No. No voy a dejarme embaucar más por ti —escupe, con la voz rota pero firme. Señalándome con el dedo—. Tú. Tú eres igual de culpable que él. Y tú también —mira a Magnus—. Y a esa inútil de Beatriz… ¿sabéis lo que me contó Klaus? Que la tal Cortázar no solo pasa correos por error, también se abre de piernas para tu padre.

Magnus palidece, pero ella no frena.

—Sois dos sementales de pacotilla que hacéis negocios bajando bragas. Asco me dais.

Cada palabra es un puñal. Mi padre se pone rojo, pero yo solo puedo mirarla a ella, tan rota y tan valiente al mismo tiempo.

No puedo responder. La garganta me arde, la rabia y la impotencia se mezclan. Ella está viva, pero ya no me mira con los mismos ojos. Y sé, con la claridad de un mazazo, que la herida que acabo de abrir en ella no se cerrará con un simple rescate.

En el trayecto de vuelta, la tensión se vuelve insoportable dentro del coche. Rocío va en el asiento trasero, con los brazos cruzados y la mirada fija en la ventana. No dice nada, pero su silencio grita más fuerte que cualquier reproche. El ambiente es tan denso que corta la respiración.

Yo la observo a través del espejo interior: cada vez que mis ojos se posan en ella, siento que me atraviesa con una rabia helada. Ella lo nota y me devuelve una mirada cargada de desprecio, como si quisiera borrarme de su vida en ese instante. Magnus conduce con los nudillos blancos sobre el volante, el gesto endurecido, sin atreverse a abrir la boca.

El motor ruge, la carretera se alarga bajo nosotros, y sé que, aunque la he recuperado, la he perdido al mismo tiempo.

62

La ira

Rocío

Salgo del coche sin mirar atrás. Ni una palabra, ni un gesto. El aire frío de la noche me golpea la cara y lo agradezco: me ayuda a no derrumbarme del todo. El motor aún ruge detrás, pero yo solo quiero poner distancia. Unos pasos antes de alcanzar el portal escucho su voz:

—Rocío, espera, yo...

Me giro apenas lo suficiente para fulminarlo con la mirada.

—Ahórrate las palabras.

Él da un paso, inseguro, y añade:

—Tómate el tiempo que necesites para volver al trabajo.

Suelto una carcajada amarga.

—No sé si volveré.

—Espero que sí —responde, con esa seriedad impenetrable—. No soporto no verte cada día.

Trago saliva, me tiembla la voz, pero no cedo.

—Si has podido soportarlo tres días, podrás superarlo todo.

No espero su reacción. Abro el portal, subo las escaleras casi corriendo y cierro de un portazo tras de mí. Me siento en el suelo del recibidor, con la espalda contra la puerta, y dejo que las lágrimas me mojen la cara. Estoy viva, pero no me siento libre.

Abro mi bolso. Saco el móvil con manos temblorosas. Lo enciendo y marco el único número que me viene a la mente.

—¿Rocío? —la voz de Iván suena al otro lado, cargada de sorpresa—. ¿Qué coño ha pasado? Alexander se presentó en mi casa este fin de semana, medio fuera de sí. Y esta mañana me soltó algo turbio, muy turbio. ¿Qué demonios ocurre?

Me muerdo el labio hasta que me sabe a hierro.

—Iván... ¿puedes venir a mi piso? Necesito compañía. No puedo estar sola ahora.

—Por supuesto. Dame diez minutos y estoy allí.

Cuelgo y me abrazo a mí misma, balanceándome como si pudiera calmarme así. La espera se hace eterna, pero al fin escucho el timbre. Abro y me lanzo a los brazos de mi mejor amigo. Iván me aprieta contra él, sin preguntas, sin reproches. Solo apoyo, puro y duro.

Nos sentamos en el sofá. Yo me froto los brazos como si tuviera frío, aunque lo que me hiela es el recuerdo del encierro, las miradas de los matones, el olor de ese cuartucho. El asco.

—Vale, ahora sí —dice Iván, mirándome con esa mezcla de preocupación y humor que solo él consigue—. Suéltalo todo, porque estás con la cara desencajada y no tienes buen aspecto.

Me cubro la cara con las manos, respiro hondo y empiezo a hablar. Le cuento el secuestro, las amenazas, la sucia sonrisa de Klaus. Le hablo de Beatriz y de su error imperdonable. Y sobre todo de Magnus, de cómo me usó como si fuera una ficha de ajedrez, de cómo Alexander fue cómplice, consciente o no, hasta que me vio rota.

Iván me escucha, serio, con el ceño fruncido. Cuando termino, suelta un silbido largo.

—Hostia, Rocío. Ni en una telenovela mexicana pasan estas cosas.

Suelto una risa rota.

—Ojalá fuera una telenovela. Al menos ahí, la protagonista siempre sale airosa.

—Tú también lo harás. Pero no puedes dejar esto pasar. —Se inclina hacia mí—. Tienes que decidir: o te quedas callada y dejas que esta panda de capullos siga manejando tu vida, o te plantas y luchas.

Las palabras me golpean más fuerte que cualquier amenaza. Tiene razón. Estoy harta de ser víctima: del error de Beatriz, de los juegos de Magnus, de la frialdad calculada de Alexander. De todos.

Me miro en el espejo del salón y apenas me reconozco. Ojos enrojecidos, pelo revuelto, pero también un brillo nuevo. La rabia. La determinación.

—Necesito olvidarme de Alexander —murmuro, casi como una plegaria.

Iván arquea una ceja, con media sonrisa.

—Estás coladita por él, ¿verdad?

—No debería... pero parece ser que me van los malos.

Él resopla.

—El malvado es Magnus. Alexander es solo otra víctima.

Lo miro entrecerrando los ojos.

—¿Lo estás defendiendo?

—No. Pero tampoco voy a contribuir a que lo odies más. Sé que en el fondo es un caso perdido. Y tú necesitas tiempo para procesar todo esto. Decidas lo que decidas, tendrás mi apoyo.

Me muerdo el labio, con el pecho apretado. Agradezco esas palabras más de lo que puedo decir.

—Gracias, Iván.

Él me da un golpecito en la pierna.

—Esa es mi chica. Ahora anda, date una ducha en lo que yo te preparo algo de comer.

Respiro hondo.

El camino no será fácil, pero ya no hay marcha atrás. Este juego sucio lo han empezado ellos.

Y pienso terminarlo yo.

63

Últimas cartas

Alexander

La casa está en silencio cuando cerramos la puerta tras de nosotros. Magnus camina delante con paso firme, pero sé que está igual de agotado que yo. El viaje desde el piso de Rocío ha sido un suplicio: ni una palabra y mis pensamientos repitiéndose como un martillo. Su imagen llorando en mi pecho, rota, incapaz de mirarme, me acompaña todavía. Y aunque me destroza, lo que más me quema por dentro es saber que el responsable de todo está justo a mi lado.

Magnus deja las llaves sobre la mesa de mármol del recibidor y se sirve un whisky como si nada hubiera ocurrido. Yo me quedo de pie, clavado en el suelo, con los puños cerrados.

—¿Eso es todo? —mi voz rompe el silencio—. ¿Ni una palabra sobre lo que ha pasado?

Él me lanza una mirada cansada, bebe un sorbo y responde:

—Está viva. Con eso basta.

—¡No, no basta! —estallo, avanzando hacia él—. La han tenido encerrada como a un animal, por tus deudas, por tus chanchullos con Klaus. Y tú pretendes que me quede callado, como si nada.

Magnus deja el vaso sobre la mesa con un golpe seco.

—Baja la voz. No tienes ni idea de lo que dices.

—Tengo más de lo que crees. Klaus dejó claro que todo esto fue otro de tus favores. Que Beatriz metió la pata, sí, pero fuiste tú quien abrió la puerta para que esa gente se creyera con derecho a joderle la vida a cualquiera que se cruzara en su camino. —Lo miro con desprecio—. ¿Y ahora esperas que yo lo encubra?

Mi padre aprieta la mandíbula. Durante un segundo parece más viejo, más frágil. Pero enseguida se recompone.

—He hecho lo necesario para mantener la empresa en pie. Para mantener el apellido. Tú no entiendes lo que significa llevar ese peso en los hombros.

—Lo entiendo demasiado bien. Y por eso te digo que esto se ha terminado. —Camino hasta él y lo señalo con el dedo—. Vas a vender tus acciones. Todas. Vas a pagar a Klaus y después te vas a retirar. Porque si no lo haces tú, lo haré yo. Iré a los accionistas y les diré exactamente lo que está pasando.

Magnus suelta una carcajada amarga.

—¿Vas a traicionar a tu propio padre?

—No. Tú ya lo hiciste. —Mi voz sale baja, firme—. A mí. A mamá. A todos los que confiaron en ti.

El silencio cae como un bloque de cemento entre nosotros. Solo se escucha el tictac del reloj del salón. Magnus se deja caer en un sillón, hundido, con el vaso todavía en la mano. Yo permanezco de pie, incapaz de relajar la tensión que me atraviesa.

—¿Sabes lo que más me duele? —pregunto, con un hilo de voz —. Que cuando acepté venir a Sevilla, pensé que sería para limpiar la suciedad de otros. Nunca imaginé que el barro me llegaría desde dentro de mi propia casa.

Magnus aparta la mirada. Yo sigo.

—Me siento decepcionado. Por primera vez en mi vida, de verdad. Y no por la empresa, ni por los accionistas. Por ti.

Él aprieta los labios, como si mis palabras fueran un golpe físico. Pero no dice nada. No hay defensa posible.

—Vas a vender, Magnus. —Lo llamo por su nombre a propósito, devolviéndole la frialdad que tantas veces usó conmigo—. Por dignidad. Y porque no te queda otra salida.

Se incorpora de golpe, encarándome.

—Yo sigo siendo el que manda aquí. No te atrevas a desacreditarme.

—Dejarás de ser el jefe supremo en cuanto los accionistas sepan lo que has hecho. Te guste o no, ahora el mando lo tengo yo porque estoy dispuesto a comprar tus acciones.

Mi padre tiembla de furia. Me señala con un dedo acusador.

—Esa chica no hablará. Y te recuerdo de dónde sale tu dinero.

—Sale de mi trabajo, a mí nadie me ha regalado nada.

Sus ojos, tan parecidos a los míos, brillan con un destello helado.

—Piénsalo bien, Alexander —dice, forzando calma—. Si caigo yo, caerás tú conmigo.

—Entonces caeremos juntos. Pero al menos yo no habré vendido mi alma del todo.

Respiro hondo, me aparto un paso y bajo la voz.

—Siento que haya pasado todo esto, Alexander, pero hay veces que un hombre tiene que tomar decisiones difíciles para salvar a los suyos.

—No quiero tus disculpas. Quiero que nos dejes en paz. Que encuentres una vida lejos de todo esto. Si no lo haces, te juro que seré yo quien te destruya.

Magnus me sostiene la mirada. Hay ira, sí, pero también un destello de miedo. Por primera vez, tal vez, entiende que no soy el hijo obediente que esperaba. Que estoy dispuesto a todo.

—No estés tan seguro —advierte.

—Puede que Klaus quiera ayudarme a presionar para que pagues la deuda.

—No serás capaz.

—Créeme que sí, he tenido al mejor maestro.

Su respiración se agita, los nudillos blancos alrededor del vaso que aún sostiene. Durante un instante parece a punto de replicar,

pero en lugar de palabras escoge el silencio. Se pone en pie con brusquedad, recoge el abrigo y cruza la estancia con pasos firmes. La tensión impregna cada movimiento.

El portazo retumba en la casa.

64

El poder cambia de manos

Alexander

Ha pasado una semana. Una semana sin Rocío en la oficina. Cada mañana espero verla entrar, con sus comentarios sarcásticos y ese brillo imposible de ignorar, pero el asiento sigue vacío. Me repito que fue ella quien dijo que tal vez no volvería, pero ahora empiezo a creer que lo decía en serio. La idea me destroza.

Magnus, en cambio, no falta. Lo encuentro en su habitación de hotel en Sevilla, sentado con su eterno whisky en la mano, como si el tiempo se hubiera detenido para él. Yo no puedo permitirme ese lujo. La empresa no puede permitírselo. Y tampoco mi paciencia.

—Ha pasado una semana —digo sin rodeos, cerrando la puerta tras de mí—. ¿Qué decisión has tomado?

Él levanta la vista despacio, con esa calma fingida que ya no me engaña.

—No tienes idea de lo que me pides, Alexander. Vender no es una opción.

—Lo es. Y es la única que tienes. —Camino hasta ponerme frente a él—. Vas a vender tus acciones. Todas. Y vas a pagar tu deuda con Klaus. La empresa no puede seguir cargando con tus errores.

Magnus apoya el vaso en la mesa y suspira, largo, cansado. Por primera vez parece realmente viejo.

—¿También quieres quitarme eso? ¿Mi empresa, mi apellido, mi vida?

—No. Lo que quiero es que por una vez seas honesto. Contigo mismo, con mamá, conmigo. —Lo miro fijo, sin pestañear—. Tienes que contarle a ella lo que has hecho. Tiene derecho a saber con quién está casada.

Su mandíbula se tensa, la ira contenida en cada músculo.

—¿Quieres arrebatarme también a tu madre?

—No. Quiero darte la oportunidad de hacer lo correcto. Dejar que decida si quiere seguir en un matrimonio podrido o no. Eso ya no es asunto mío, es asunto tuyo. Pero si aún te queda un gramo de dignidad, serás sincero.

El silencio se prolonga. El tictac del reloj parece más fuerte que nunca. Magnus se pone en pie y me encara.

—No me das otra salida, ¿verdad?

—Nunca la tuviste. Solo te engañaste creyendo que aún mandabas. —Cruzo los brazos, firme—. Lo único que puedes hacer ahora es vender y retirarte.

Se pasa la mano por el rostro, abatido. Y por primera vez en años, noto un temblor en su voz.

—Muy a mi pesar… aceptaré. La venta se completará en unos días. Volveré a Suecia y saldaré la deuda. —Su mirada me perfora—. Pero nunca me perdonarás, ¿verdad?

—No. Y tampoco pienso fingir lo contrario. Ganar poder no me devuelve la confianza que destrozaste. Eso ya no existe.

Se queda quieto, inmóvil.

—Eres más duro que yo. O tal vez más ingenuo. Pero cuando lleves mi peso sobre los hombros, entenderás lo que significa.

No respondo. Solo lo dejo que me mire mientras me marcho. El portazo resuena como un final anunciado.

La venta está en camino. Pronto seré el dueño mayoritario. Pero lo que pierdo con él… ya no tiene remedio.

65

Decisiones

Rocío

Miércoles nublado, como si la ciudad también cargara con todo lo que llevo en la espalda. Han pasado demasiados días desde lo del secuestro, desde que decidí apartarme, y aunque juré que no volvería, aquí estoy, entrando de nuevo en la oficina. No por Alexander, no por Magnus, no por nadie más que yo misma. Necesito demostrar que valgo, que soy más que la pobre empleada a la que usan de chivo expiatorio.

Al cruzar la puerta noto las miradas. Algunos fingen no verme, otros sonríen como si nada hubiera pasado. Yo solo quiero llegar a mi mesa y respirar. Pero antes de sentarme, ahí está él. El sueco. Impecable, traje oscuro, la corbata perfectamente anudada. Ni una arruga. Ni un resquicio de debilidad en su gesto.

—Me alegra verte de vuelta —dice, acercándose con esa voz grave que se me mete debajo de la piel.

Le clavo los ojos, tajante.

—Respeto y distancia, Lundqvist. Nada más. Quiero una relación estrictamente profesional. —Mi tono es tan seco que, hasta Iván, que está a unos metros, alza las cejas.

Por un segundo noto cómo Alexander se queda quieto, como si buscara palabras que no encuentra. Pero enseguida vuelve a su rigidez habitual y asiente con un leve movimiento de cabeza.

Me siento en mi puesto, el corazón a mil. No es fácil. No después de haber deseado tanto su cercanía, de haber probado sus besos y

su calor. Pero es lo que necesito. Distancia. Paredes firmes. O acabaré rota otra vez.

Iván se acerca con su taza de café en mano, inclinándose hacia mí con ese aire de colega que lo vuelve imprescindible.

—Tía, *el frigorífico* tiene pinta de arrepentido que te cagas —susurra.

Le lanzo una mirada cansada.

—Déjalo. Estoy dolida, pero no pienso ceder. No después de todo lo que pasó.

—Vale, vale. —Levanta las manos en gesto de paz—. Solo te digo que cuando ese hombre te mira, parece que está guardando secretos del tamaño de la Giralda.

No le contesto. No puedo. Porque en el fondo sé que tiene razón. Alexander está demasiado cerca, demasiado pendiente. Lo noto cuando pasa por mi mesa con cualquier excusa, cuando deja su sombra caer sobre mí sin decir palabra. No es solo trabajo. Es otra cosa.

Lo confirmo unas horas después, cuando al salir del baño nos cruzamos de frente. Ojos contra ojos, tan cerca que siento su respiración mezclarse con la mía. Por un instante me dan ganas de lanzarme a su cuello, recorrerlo con los labios hasta morderle la nuez. Él permanece firme, contenido, y esa represión compartida nos sacude más que cualquier roce. Me aparto la primera, con la frente ardiendo.

Respiro hondo y me hago una promesa: no voy a ser la víctima de nuevo. Si quiere algo de mí, tendrá que darme la verdad completa primero. Antes de entregarle nada más, quiero saber qué diablos oculta. Y mientras tanto, seré hielo por fuera, aunque me queme por dentro.

66

Caja y planta pocha

Rocío

Jueves.

El ambiente en la oficina está más cargado que el aire de Sevilla en agosto. Ni el aire acondicionado logra enfriar las miradas que van y vienen. Se palpa que algo raro está por pasar. Yo lo noto al segundo de cruzar la puerta: un murmullo soterrado, teclados que se detienen, cabezas que se inclinan unas hacia otras.

Y entonces la veo. Beatriz.

Sale de Recursos Humanos con los ojos rojos, una caja de cartón en brazos y una planta pocha asomando como si fuera la bandera blanca de una rendición. La escena parece sacada de una película barata, de esas en las que la villana paga por sus pecados en el minuto noventa. Solo que aquí no hay música épica, solo silencio y cuchicheos.

La caja está llena de bolígrafos, archivadores y hasta un tazón con la frase: *Hoy va a ser un gran día*, estampada en letras que hoy resultan crueles. Beatriz camina tiesa, intentando mantener la dignidad, pero los tacones traquetean demasiado fuerte contra el suelo.

Yo la sigo con la mirada, inmóvil. Parte de mí siente alivio. Otra parte, miedo. Porque si de verdad la han echado por lo del correo, por ese error que me puso en el punto de mira, entonces Magnus sigue moviendo hilos. Y yo sigo en el centro de la tela de araña.

Iván, a mi lado, murmura bajito:

—Vaya cuadro.

Le doy un codazo flojo para que calle, aunque agradezco la ironía. Él sonríe de medio lado, pero se guarda el resto de comentarios. Yo no me atrevo a sonreír.
Beatriz me pasa por delante. Sus ojos, hinchados de tanto contener lágrimas, me miran apenas un segundo. No dice nada, pero hay un reproche mudo, una acusación silenciosa. Como si todo fuera culpa mía. Como si yo hubiera querido estar en esa copia maldita.

Aprieta el paso. La planta, torcida y amarillenta, se bambolea al borde de la caja. Me fijo en que la tierra suelta mancha su blusa. El colmo de la humillación.

El murmullo crece cuando la puerta del ascensor se cierra tras ella. Algunos colegas fingen volver al trabajo, otros hacen como que leen correos. Nadie quiere ser el siguiente en la lista.

Y ahí, al otro extremo del pasillo, aparece él.

Alexander.

Con las manos en los bolsillos, la mirada clavada en mí. No en la caja, no en la planta moribunda, no en los cuchicheos. En mí. Directo, implacable. Es un segundo eterno, como un choque frontal sin posibilidad de frenar. Me tiemblan las manos bajo la mesa, así que las escondo en el regazo. No le devuelvo la mirada más de dos segundos. No quiero que vea el torbellino que tengo dentro: alivio, rabia, miedo… y, maldita sea, esa chispa que no se apaga, aunque lo intente.

Me obligo a mirar la pantalla, aunque no leo nada. Las letras bailan.

Sé que él sabe que yo lo sé.

El ambiente huele a pólvora.

Iván carraspea, intentando romper la tensión.

—Pues nada, a la pobre Bea le ha tocado la lotería negra —susurra, inclinándose hacia mí—. ¿Tú crees que se irá llorando o se pillará primero un gin-tonic?

Le lanzo otra mirada de advertencia. No es momento de bromas, aunque su humor ácido me salve un poco de desmoronarme.

Respiro hondo. Intento ordenar ideas. Que Beatriz haya salido con la caja no significa que el peligro se haya acabado. Al contrario. Si Magnus la ha dejado caer, ¿qué será lo próximo? ¿Hasta dónde está dispuesto a llegar para tapar sus mierdas?

Miro de reojo hacia Alexander otra vez. Él sigue en pie, firme, observándome con ese gesto indescifrable. ¿Arrepentimiento? ¿Advertencia? No lo sé. Lo único que sé es que, mientras todos fingen normalidad, él y yo nos estamos diciendo mil cosas sin abrir la boca.

Aprieto los labios. Me prometo, una vez más, que no voy a dejar que me arrastre su mundo. Pero cuando su mirada se cruza con la mía, tan intensa, tan seca y tan… jodidamente suya, siento que me estoy engañando.

La caja y la planta pocha se han ido en el ascensor, pero la sombra de lo que representan se queda flotando. Y con ella llega también la voz de Alexander pidiéndome hablar. Yo respondo seca:

—Claro, ¿qué necesita, señor Lundqvist?

—Que me des otra oportunidad.

Resoplo y me obligo a mantener la dignidad, aunque por dentro me tiemblen las entrañas.

—Soy amable hasta que me pones a prueba, porque entonces puedo hacer como si tú y yo nunca hubiéramos existido. Si me traicionas lo suficiente, puedo llegar a borrarte de mi mente.

—¿Y lo he conseguido?

—¿Traicionarme lo suficiente? —ironizo con una sonrisa amarga.

—Hacer que me borres de tu mente —su voz tiene un filo de dolor que no me deja indiferente, pero no cedo.

—Me gustaría decir que sí. Mira, Alexander, nadie me preparó para lo que iba a ocurrir, aun así, lo hice lo mejor que pude y eso es suficiente. No necesito tu validación ni la de nadie. He sobrevivido sola a los peores días de mi vida y todavía estoy aquí. —Me planto con firmeza, aunque la voz me tiembla—. No estoy dispuesta a darte más poder sobre mí.

Él sacude la cabeza, con los ojos encendidos.

—No pienso rendirme, Rocío. No me pidas que deje de luchar por ti.

—Pues yo ya lo he decidido —respondo, seca, aunque por dentro se me quiebra algo—. No voy a darte otra oportunidad.

—Dices eso con los labios, pero tu mirada me grita lo contrario —retruca.

—Te lo advierto, Alexander. No importa cuánto insistas: mi respuesta sigue siendo no. Y cada vez que lo repitas, más firme se vuelve.

Me quedo clavada en mi silla cuando se marcha, con el corazón latiendo a mil por hora. Sé que acabo de clavar otro muro entre nosotros, y aun así no estoy segura de que sea suficiente. Porque lo más jodido de todo es que, aunque mi boca diga *no*, mi cuerpo y mi mente siguen buscándolo en cada esquina.

Y ese es el campo de batalla más cruel: *el que llevo dentro.*

67

Entre sombras

Alexander

Viernes.

La oficina está tan silenciosa que puedo escuchar el zumbido de las lámparas del techo. Han pasado días desde que todo explotó, pero la tensión no se ha ido; solo ha mutado en otra cosa, más densa, más personal. Y yo tampoco. No soy el mismo hombre que llegó a Sevilla creyendo que podía controlarlo todo.

He tomado una decisión: no quiero seguir arrastrando las cadenas de mi padre. Lo he apartado de la empresa, lo he sacado de mi vida. Y, aunque duele, lo hice por ella. Por Rocío. Necesito que lo sepa. Necesito que entienda que hay algo en mí que ha cambiado para siempre.

La hago llamar a mi despacho. No por un informe ni por una reunión. La necesito frente a mí, aunque sepa que probablemente solo obtendré otra negativa.

Ella entra con la barbilla en alto, los labios apretados, los ojos encendidos. No necesita abrir la boca para dejar claro que está a la defensiva.

—No me hagas más daño, Alexander. Déjalo así. —Su voz es un filo que me corta de inmediato.

Respiro hondo.

—No puedo. He cometido errores, lo sé, pero no puedo sacarte de mi cabeza. Eres la única persona que me ha hecho perder el

control, y lo odio tanto como lo necesito. Por ti enfrenté a mi padre. Por ti lo obligué a irse.

Ella me fulmina con la mirada, como si acabara de soltar la confesión más absurda del mundo.

—¿Por mí? —ríe, amarga—. No lo hiciste por mí, Alexander. Lo hiciste porque tu padre era el verdadero traidor, porque estaba poniendo en juego el trabajo y la reputación de mucha gente. No me uses como excusa para sentirte mejor contigo mismo.

Sus palabras me arden. Intento acercarme, pero ella se cruza de brazos.

—He roto con Magnus —insisto, con la voz tensa—. He perdido a mi padre, a mi referente. Todo por ti.

—¡Basta! —me corta—. No ha sido por mí, ¡ha sido por él mismo! Porque se lo merecía. Porque era un hombre podrido. Si lo has echado, has hecho lo correcto, pero no intentes endulzarlo poniéndome a mí como la causa. Yo no soy tu salvación. Yo soy la que se quedó atrapada en medio de vuestros juegos de poder. La que fue utilizada. —Su respiración se entrecorta, pero no baja la guardia—. ¿Sabes lo que es sentirse como un peón, como alguien que nunca tuvo valor para ti más allá de ser la llave para abrir cajones turbios?

Me duele escucharla, pero la dejo hablar. Su rabia es un torrente imparable.

—Y encima vienes con tus confesiones románticas como si eso borrara todo lo que pasó. ¿Quieres que te crea? ¿Quieres que olvide las veces que me acusaste, que me miraste como si fuera culpable de todo? No, Alexander. Las cicatrices no se borran con palabras bonitas.

Doy un paso más, arriesgándome.

—Rocío, lo que siento es real. Lo que vivimos no fue un juego. Lo sé ahora, y me jode haberlo entendido tan tarde.

Ella resopla, ríe sin alegría.

—Eres un auditor brillante, pero en lo personal eres ciego. No viste quién era tu padre y tampoco me viste a mí. Yo no era tu enemiga, ni tu presa, ni tu carnada. Era la persona que de verdad se partía el lomo por esta empresa. Y, aun así, siempre me trataste como a una empleada insignificante.

—Para mí siempre has sido importante —respondo sin pensarlo.

Ella me sostiene la mirada, firme.

—Entonces demuéstralo. Pero no con flores, no con confesiones de última hora. Demuéstralo con hechos. Con respeto. Con honestidad.

El silencio se estira entre nosotros, lleno de todo lo que ninguno quiere o puede decir. Intento alargar la mano hacia ella, pero se aparta.

—No me toques, Alexander. No intentes suavizar esto con un gesto. No puedes borrar el daño con una caricia. —Su voz tiembla, pero no se rompe.

Me quedo quieto, sintiendo que cada palabra suya es un golpe certero en el pecho. Ella continúa:

—¿Sabes qué es lo peor? Que una parte de mí todavía tiene sentimientos por ti. Y eso me enfurece más que todo lo demás. Porque no debería. Porque lo lógico sería mandarte a la mierda y olvidarme de ti para siempre.

—No lo hagas —respondo, con un hilo de voz—. No me olvides.

Ella me mira con frialdad, y entonces dejo escapar lo que llevo días masticando:

—Si de verdad te incomoda mi presencia, me marcharé pronto a Estocolmo. Klaus ya ha cobrado lo que se le debía y no habrá más problemas. Solo… dime que no quieres verme y desapareceré.

Por un instante su máscara tiembla, pero enseguida la recompone.

—Haz lo que quieras. Yo ya no espero nada de ti —su voz suena rota por dentro.

Doy un paso hacia ella.

—Rocío, dame un último beso. No te pido nada más.

—No —niega de inmediato, tajante.

—Por favor. Déjame llevarme al menos eso, porque si no lo hago, sé que me perseguirá toda la vida —mi voz sale grave, contenida.

Ella se queda inmóvil, tragando saliva. Finalmente se inclina y roza mis labios. Es un beso breve, con sabor a despedida y a reproche.

—Espero que con eso ya sea suficiente —susurra, apartándose.

El silencio posterior es demoledor. Me quedo mirando la puerta cuando sale, sintiendo que, aunque he ganado poder y libertad, he perdido lo único que realmente quería.

68

Standby

Rocío

Salgo del despacho como si me ardieran los pies. La garganta me quema, los ojos me arden. Camino rápido, con la vista clavada en el suelo, hasta que siento que me falta el aire y me meto en el baño. Cierro la puerta de golpe y me apoyo contra el espejo. Y entonces, rompo. Las lágrimas me caen sin permiso, como si todo lo que he aguantado hasta ahora decidiera desbordarse de golpe.

—¿Rocío? —la voz de Iván me corta la respiración. No sé cómo, pero abre la puerta y me encuentra hecha un desastre, con las manos cubriéndome la cara.

—No entres —digo, inútil, porque ya está dentro.

Se acerca despacio, como si yo fuera un animal herido al que no conviene asustar.

—¿Qué coño ha pasado?

Sollozo. Intento recomponerme, pero las palabras salen atropelladas:

—He hecho lo que tenía que hacer. Alexander… me ha dicho que se marchará a Estocolmo.

Iván abre mucho los ojos, silba entre dientes.

—Pues mira, igual es lo mejor. Así te manda otro sueco *buenorro* a quitarte las penas.

Lo fulmino con la mirada entre lágrimas.

—No quiero quitarme las penas con nadie. Solo desearía que él nunca me hubiera jodido tanto.

Iván se cruza de brazos, me observa un instante y luego me suelta:

—Te gustaría no odiarlo tanto ¿verdad?

Me encojo de hombros, derrotada.

—Lo que pasa es que el frigorífico ahora parece más bien una estufa, gracias a ti.

Una carcajada rota se me escapa.

—No exageres. Todavía tiene el alma un poco helada.

—Puede ser —asiente él—, pero ha perdido gas y ya no enfría tanto. Créeme, lo has cambiado más de lo que imaginas.

69

El anuncio

Alexander

Última hora de la tarde. Los relojes marcan las seis y media, pero nadie se ha movido. No es un día cualquiera. Yo he convocado esta reunión y todos saben que no es para hablar de simples balances.

Los rostros se giran hacia mí cuando me levanto de la cabecera. Tengo los papeles delante, el discurso que he preparado a medias, pero en realidad no necesito leer nada. Hoy no se trata de cifras, ni de contratos. Hoy se trata de algo más grande: de romper con el pasado, de devolver dignidad a esta filial que mi padre casi destroza, y de reconocer lo que nunca me atreví a decir en voz alta hasta ahora.

—Gracias a todos por quedaros hasta esta hora —empiezo, mi voz grave, más baja de lo habitual—. Este no ha sido un año fácil. Hemos atravesado turbulencias que casi nos hunden. Y aún estamos aquí, de pie, porque alguien se empeñó en que merecía la pena luchar.

Miro a Rocío. Ella aparta los ojos en el mismo instante en que los míos la buscan, pero he visto el brillo en su mirada. La garganta se me cierra un segundo, pero continúo.

—Hoy quiero hacer un anuncio. No es un gesto de cortesía ni un capricho. Es justicia. —Respiro hondo—. Rocío Romero pasará a ser socia de esta empresa, con participación real.

Un murmullo recorre la sala, como una ola que rompe contra la orilla. Rocío me mira incrédula, la boca entreabierta, como si acabara de soltar una bomba en mitad de la mesa. Y en cierto modo, lo he hecho.

—No es un premio —añado, firme—. No es una dádiva. Es un reconocimiento a su trabajo, a su coraje y a su capacidad de detectar lo que otros no quisieron ver. Esta empresa necesita ojos como los suyos. Necesita su voz.

El silencio que sigue es atronador. Solo se escucha el zumbido del aire acondicionado y algún bolígrafo cayendo al suelo. El poder ha cambiado de manos. Y es mi deber ejercerlo de forma distinta.

Rocío al fin logra hablar. Su voz tiembla, pero resuena clara:

—¿Esto es… en serio?

—Más en serio que nada de lo que he dicho nunca —respondo. Y lo pienso de verdad.

Ella se recuesta en la silla, como si necesitara apoyo para no desplomarse. Sus manos se crispan sobre la mesa. Me mira, pero esta vez no aparta los ojos. Hay mil preguntas en ellos, y ninguna es fácil de contestar.

—Además —continúo, consciente de que cada palabra es una sentencia—, debo informarles de que regresaré a Estocolmo esta misma noche. La filial quedará en manos de Rocío a partir del lunes. Confío en que todos la apoyen, porque tendrá que tomar decisiones difíciles. Pero si alguien ha demostrado merecerlo, es ella.

El segundo murmullo es aún más fuerte, casi una protesta. Algunos se giran hacia Rocío, otros hacia mí. Ella parece petrificada, como si le hubieran sacudido el suelo bajo los pies. Y quizá lo he hecho.

—¿Me estás nombrando… responsable de todo esto? —pregunta al fin, con un hilo de voz.

—Sí —respondo, sin vacilar—. Y socia. Con poder de decisión.

Veo cómo traga saliva, cómo lucha contra las lágrimas y el orgullo. Sus labios se abren, pero no sale ninguna palabra. Y en ese silencio, siento que lo he arriesgado todo. Que puede odiarme aún más por cargarla con este peso. O puede, tal vez, entender que nunca la vi como una simple empleada.

La reunión continúa unos minutos más, con formalidades, con miradas incrédulas. Cuando se disuelve, cada uno sale comentando en voz baja lo que acaba de suceder. Yo me quedo, observando cómo Rocío recoge sus cosas con movimientos torpes, como si todo su cuerpo temblara.

Se levanta y camina hacia la puerta. La sigo con la mirada, y por un segundo nuestros ojos se cruzan. El mundo entero parece detenerse. Quiero decirle que esto no es un adiós, que la distancia es solo un puente que algún día cruzaré. Quiero prometerle que no habrá más secretos ni mentiras. Pero no lo hago.

Porque la grandeza del gesto no está en lo que explico, sino en lo que callo.

Ella sale. Y me quedo con la sensación de que ese despacho acaba de volverse demasiado grande para mí solo. De que todo lo que he construido, lo he hecho para ella.

Y que, aun así, puede que nunca me lo perdone.

70

El eco del adiós

Rocío

El murmullo aún retumba en mis oídos cuando salgo de la oficina. El aire de la tarde sevillana me golpea como un portazo, pero no me despeja. Camino sin rumbo fijo, con el bolso apretado contra el costado y la sensación de que he cruzado un umbral invisible. Hace apenas una hora era una empleada más. Ahora soy… ¿qué? ¿Socia? ¿CEO improvisada?

Lo dijo con su voz grave, delante de todos, sin titubear. Yo, que nunca pedí más que respeto. Y lo ha hecho a su manera: sin consultar, sin prepararme, sin advertirme. Un gesto que debería halagarme, pero que me deja la garganta seca y un nudo en el estómago.

Al subir a casa, las piernas me tiemblan. La sala está en penumbra, silenciosa, con el eco de mi propia respiración rebotando en las paredes.

—¿Qué has hecho, Alexander? —susurro, como si pudiera escucharme.

Me ha regalado poder. O me lo ha lanzado encima como una losa, no lo sé. Y encima, se marcha a Estocolmo esta misma noche. Ni siquiera ha tenido el valor de decirme lo que todo eso significa. Ha dejado el bombazo y se ha escabullido. Cobarde y valiente al mismo tiempo.

Siento rabia. Orgullo. Miedo. Una mezcla explosiva que me arde en el pecho.

Pienso en lo que dijo: *No es un premio. Es justicia.* Y me pregunto si de verdad cree en esas palabras o si solo sonaba bien para la galería. Porque la justicia, en mi experiencia, nunca llega envuelta en papel de regalo. Llega con sangre, con esfuerzo, con noches de insomnio.

Me sirvo una copa de vino blanco, la misma botella que había dejado a medias la semana anterior. El líquido frío resbala por mi garganta y me da un poco de valor para marcar el número que siempre me salva:

—¿Iván? —mi voz suena más rota de lo que quiero.

—¿Qué pasa, compi?

—Ven. Por favor.

—¿Estás bien?

—No. —Me muerdo el labio.

—Dame quince minutos.

Cuelgo. Y me quedo mirando la copa. Me han cambiado la vida sin preguntarme si quería. El hombre que más me ha herido es el mismo que me ha puesto una corona que no sé si quiero llevar.

Iván llega con una pizza bajo el brazo y esa sonrisa socarrona que siempre me hace sentir que nada es tan grave.

—Vengo con ofrendas —anuncia—. Margarita con extra de queso, tu favorita.

Lo abrazo aliviada, aunque enseguida me aparto. No quiero que note lo temblorosa que estoy.

—Suéltalo —pregunta mientras deja la pizza en la mesa—. Porque yo salí de la oficina con la cabeza hecha un bombo.

Me siento frente a él y, antes de hablar, me sirvo otra copa de vino.

—Me ha nombrado socia. Y CEO interina de la filial. Delante de todos. Sin previo aviso.

—Lo sé, estaba allí, ¿recuerdas?

—Ni yo me lo creo. —Me río con amargura—. Ha hecho de mi vida un circo. Y ahora, además, me da la batuta para dirigir la función.

Iván me observa en silencio unos segundos. Luego, coge una porción de pizza y se la lleva a la boca como si necesitara masticar para ordenar las ideas.

—Vale, espera. —Se limpia con la servilleta—. ¿Y tú cómo te sientes?

—¿Cómo quieres que me sienta? Estoy en *shock*. Es un honor, sí. Es reconocimiento, sí. Pero también es… un castigo.

—¿Un castigo?

—Me ha cargado con una responsabilidad inmensa justo cuando más rota me siento. ¿Cómo voy a liderar nada si apenas puedo liderarme a mí misma?

Iván asiente despacio.

—Ya. Pero también es cierto que eres la única que ha tenido los cojones de sacar a la luz todo lo que pasaba. Eso lo saben todos, aunque no lo digan en voz alta.

Me muerdo el labio, conteniendo las lágrimas.

—No puedo evitar pensar que todo esto es su manera de despedirse. Como si todo lo que hemos vivido fuera un borrador que ya no tiene sentido guardar.

Iván me observa con ternura.

—Tampoco has hecho nada para impedírselo.

Las lágrimas al fin me ganan la batalla.

—Me duele. —La voz se me quiebra—. Me duele que haya jugado así conmigo, que me haya dado lo que más deseaba y al mismo tiempo lo que más temo.

Iván me abraza fuerte.

—Pues conviértelo en tu victoria. Usa ese puesto, esa participación, para demostrar que estás ahí porque lo vales, no

porque alguien te lo regaló.

Sus palabras me calan hondo.

—¿Y si no puedo?

—Podrás. Porque eres Rocío Romero. Y porque yo estaré recordándotelo cada vez que te fallen las fuerzas.

Nos reímos entre lágrimas. La pizza se enfría en la mesa, pero no importa. Esta noche no necesito comida caliente, sino un ancla que me mantenga a flote.

Me asomo a la ventana. La ciudad sigue viva, coches, voces, risas. Y pienso en él. En ese sueco maldito que ha vuelto mi vida del revés. En que ahora mismo debe de estar haciendo la maleta, preparando su huida elegante.

Lo quiero y lo odio a la vez. Como dos mareas que se encuentran y chocan en medio del océano.

—Voy a hacerlo, Iván —mi voz suena más firme que nunca—. Voy a demostrar que no soy la sombra de nadie. Ni de Alexander, ni de Magnus, ni de nadie.

Él sonríe, orgulloso.

—Esa es mi chica.

Y mientras bebo el último sorbo de vino, siento que algo en mí se ha encendido. Tal vez sea rabia, tal vez orgullo. O tal vez sea el primer paso hacia una nueva versión de mí misma.

La CEO improvisada. La mujer que sobrevivió a un secuestro, a un jefe traidor y a un amante imposible.

La que, aunque rota, sigue en pie.

71

Estocolmo en silencio

Alexander

El avión aterriza con un golpe seco. Ni siquiera miro por la ventanilla: no me interesa el cielo gris de Suecia ni el aeropuerto que conozco de memoria.

Camino entre la gente como un autómata hasta salir al exterior y tomar un taxi.

Durante el trayecto apenas intercambio palabras con el conductor: me limito a mirar las luces de la ciudad que pasan como destellos apagados, reflejos de una vida que ahora me parece lejana.

Cuando al fin llego a mi piso y cierro la puerta detrás de mí, el silencio me golpea de lleno. Está vacío, como yo. El eco de mis pasos me recuerda lo mucho que he dejado atrás.

He ganado. Empresarialmente, he ganado. Magnus fuera. Yo al mando. Las cuentas bajo control. Klaus satisfecho, al menos por ahora. Y, sin embargo, me siento como el mayor de los perdedores.

Sin encender las luces, cierro los ojos y lo único que veo es a Rocío, con esa mirada mezclada entre la rabia y fragilidad, con esa voz que me corta más que cualquier sentencia judicial.

He cruzado océanos para volver a Estocolmo, pero la distancia real está en el silencio entre nosotros.

Es tarde, pero le he prometido a mi madre ir a mi casa familiar.

Cuando llego, a pesar de la hora, la mesa está puesta con precisión, como siempre. Me recibe con una sonrisa que no llega a sus ojos.

En seguida noto que mi padre no está allí.

—Alexander, has adelgazado —dice mientras me besa la mejilla.

—O quizá he perdido algo más que kilos.

Nos sentamos. El olor a salmón y eneldo flota en el aire, pero tengo el estómago cerrado. Ella lo nota.

—¿Qué ha pasado, hijo?

La miro. Y por primera vez en mucho tiempo, me permito decir la verdad.

—He sentido que tenía algo real… y lo he perdido.

Ella no pregunta el qué. No hace falta. Siempre ha sabido leer entre líneas.

—Tu padre me lo ha contado todo —dice con calma—. Vamos a darnos un tiempo.

La frase me golpea como un martillo. No por sorpresa, sino por el peso de lo inevitable.

—¿Sabes lo de sus… líos? —pregunto.

Ella me sostiene la mirada.

—Alexander, no soy tonta. Lo sé desde hace años. He aguantado por no romper la familia. Pero todo tiene un límite.

La rabia se mezcla con un respeto amargo hacia ella. Ha cargado con un silencio que yo nunca habría soportado.

—Y tú, ¿qué vas a hacer? —me pregunta entonces.

—No lo sé. Dirigir la empresa. Pagar las deudas. Y aprender a vivir con el vacío.

Ella me toca la mano.

—El vacío se llena solo cuando dejas que alguien lo haga. No cierres la puerta, hijo.

Después de cenar camino hasta el puerto. El aire helado me corta la cara, pero me obliga a sentirme vivo.

Miro al mar oscuro, las luces reflejándose como fragmentos rotos.

Y me descubro preguntándome, en voz baja:

—¿Estarás pensando en mí, Rocío?

El silencio responde. Un silencio que me acompaña como una sombra que no se despega de mí.

72

El peso del mando

Rocío

Han pasado seis días desde el anuncio de Alexander y todavía siento el vértigo metido en la garganta.

Es jueves y yo sigo preguntándome cómo narices he acabado en este despacho, con la placa de CEO improvisada sobre la mesa como si fuera una medalla que no pedí pero que ahora me toca defender con uñas y dientes.

Entro en la sala de reuniones y noto las miradas. Algunas incrédulas, otras directamente hostiles. Murmullos apagados, sonrisas que parecen cuchillas. Me acomodo en la cabecera de la mesa, consciente de que cada gesto, cada palabra, será analizada con lupa. Decido hablar clara y concisa, sin titubeos.

—Este es el rumbo que vamos a tomar —explico señalando los gráficos—. Y quiero a todos alineados. Si alguien tiene dudas, este es el momento de plantearlas.

Silencio. Ni un carraspeo. Sólo miradas que parecen decir: *¿y esta quién se cree?*

Aguanto la presión sin parpadear.

Puedo estar rota por dentro, pero no dejaré que nadie lo note, me repito como un mantra.

A mediodía me encierro en el que ahora es mi despacho, que antes fue el suyo, el lugar donde pasamos tantos momentos raros,

malos y algunos buenos metidos en el baño.

Respiro hondo.

Echo de menos al *frigorífico andante*, aunque sea a medio gas como dijo Iván.

Alexander.

Me odio por pensarlo, por dejar que su nombre aún me queme en el pecho.

Él se fue. Punto.

Y yo me quedé aquí con el marrón.

Abro la ventana.

Pienso que el sueco probablemente ahora mismo esté mirando al mar helado, con ese gesto impenetrable que tanto me desquiciaba y que, al mismo tiempo, me encendía como una cerilla.

Por la tarde decido despejarme en una cafetería cerca de la oficina. Me acomodo con un café cargado cuando la puerta se abre y entra Beatriz. El mundo es pequeño, pienso. Ella me ve, vacila y luego se acerca con una sonrisa nerviosa.

—Rocío, hola… ¿podemos hablar un momento?

Levanto la vista con calma. La invito a sentarse, aunque mi mirada dice otra cosa.

—No hay mucho que decir, Beatriz.

Ella juguetea con la taza, sus manos tiemblan.

—Yo… cometí un error, lo sé. Lo de aquel correo, lo de ponerte en copia. Nunca fue mi intención.

—¿No? —replico, fría—. Pues me alegro de que tus errores no se limiten a los balances de proveedores.

Se muerde el labio. Su máscara de autoconfianza se ha resquebrajado.

—Rocío, yo… de verdad, no quería…

La corto con un gesto.

—Mira, no me importa si fue por torpeza o por cálculo. Lo hecho, hecho está. Pero no esperes simpatía de mi parte. Tú pusiste la chispa que creó todo este incendio. Y ahora yo soy la que camina entre las llamas.

Se queda callada.

Yo me levanto despacio, dejando unas monedas sobre la mesa.

Me inclino apenas hacia ella.

—La diferencia entre tú y yo es que yo voy a salir de aquí sin quemaduras. Tú verás si puedes decir lo mismo.

De regreso a casa, el cansancio me aplasta.

Me miro en el espejo del ascensor: ojos enrojecidos, gesto cansado, pero firme. Una mujer que aún tiembla por dentro, pero que ha aprendido a fingir estabilidad con la misma precisión con la que se sirve un té en Londres.

Pienso en Alexander.

En sus palabras, en su anuncio, en la forma en la que partió sin dejar más que un eco en mi pecho.

Y sé que, aunque lo desee, aunque me mate admitirlo, mi fuerza ahora depende de no dejarme arrastrar por lo que siento.

73

Noticias desde el sur

Alexander

Mediados de junio. Estocolmo se abre ante mis ojos como una postal impecable: canales que parecen espejos, el cielo interminablemente azul, fachadas que mezclan lo medieval con lo moderno. Las calles están llenas de bicicletas, turistas y ese olor a café recién hecho que invade cada esquina.

Es verano, pero el aire aún tiene ese filo frío que te recuerda dónde estás.

Bajo de mi coche que aparco frente a mi edificio. El cristal refleja mi rostro y apenas me reconozco: traje en orden, corbata recta, pero las ojeras me delatan.

Llevo un mes aquí y sigo sintiendo que me falta algo… o alguien.

Entro en mi apartamento vacío, decorado con precisión sueca, como si nada pudiera salirse de la línea.

Antes, este espacio era mi refugio. Hoy, parece una cárcel con ventanas demasiado grandes.

Abro el portátil.

Correos, informes, balances de la filial en Sevilla. Y ahí está su huella. *Rocío*. Que ahora toma decisiones con la misma firmeza con la que me plantaba cara en mi despacho.

Leo los reportes: ha congelado contratos sospechosos, ha cambiado el protocolo de recepción de mercancías, ha recortado gastos innecesarios y exigido auditorías independientes. Decisiones duras, pero correctas. Exactamente lo que había que hacer.

Me siento dividido. Por un lado, orgullo. Ella está demostrando ser la profesional que siempre intuí. Por otro, dolor.

No estoy allí para verlo, para escuchar su voz seca ordenando lo que yo antes decidía.

No estoy allí para verla caminar por los pasillos con esa seguridad que en realidad siempre escondía sus miedos.

Paso la mano por mi cara.

Cierro los ojos.

Y la veo.

Sus labios, sus ojos oscuros que siempre parecían leerme el pensamiento, incluso cuando yo no quería.

Esa tarde, decido salir. Camino por Gamla Stan, la ciudad vieja. Calles empedradas, edificios de colores, terrazas llenas. El mundo parece seguir su curso sin enterarse de mi guerra interna.

Me detengo frente a un bar discreto. Dentro me espera Henrik, un viejo amigo de universidad.

Pelo rubio casi blanco, sonrisa amplia, ojos que siempre parecen esconder una broma.

—Alexander, por fin —dice estrechándome la mano—. Pensé que te habías convertido en un fantasma.

—Quizá lo soy —respondo con ironía.

Nos sentamos. Él pide cerveza. Yo, un café. No tengo estómago para nada más fuerte.

—Así que Sevilla —comenta—. He oído rumores. Dicen que fue un desastre que lograste contener.

—No yo —corrijo—. Ella.

—¿Ella? —alza una ceja.

—Rocío. Una empleada que ahora es… más de lo que esperaba.

Henrik me observa en silencio unos segundos. No solemos vernos mucho por temas de trabajo y obligaciones, pero siempre ha sabido leerme entre líneas; sabe que estoy hablando de sentimientos profundos hacia esa empleada. Hasta que suelta:

—Si la quieres, deja de huir.

Lo miro fijamente. Trago saliva.

—No es tan sencillo.

—¿Y cuándo lo ha sido para ti? —replica con calma—. Siempre pones excusas, Alexander. El negocio, tu padre, el deber. Pero ahora no hay padre que te controle ni empresa que se hunda. ¿Qué excusa queda?

No respondo. El café se enfría en mis manos.

—Estocolmo no es tu refugio, amigo —continúa Henrik—. Es tu escondite. Y todos los escondites, tarde o temprano, se derrumban.

Camino de vuelta a casa por los muelles. El agua brilla con los últimos rayos del sol. Barcos pequeños atracan y zarpan. El aire huele a sal y madera húmeda.

Me detengo y respiro hondo.

Henrik tiene razón. Estoy usando Estocolmo como excusa.

Me digo que me he marchado para protegerla, para dejarla en paz, pero la verdad es que he huido. Porque enfrentar lo que siento me asusta más que cualquier auditoría o chantaje.

Recuerdo su risa. Su forma de desafiarme. El calor de su cuerpo bajo el mío. Y sé que no he luchado lo suficiente.

Que me he rendido antes de tiempo.

Miro el horizonte, donde el mar se funde con el cielo.

¿Qué estará haciendo ahora?

No lo sé.

Pero yo pienso en ella cada segundo.

Y tal vez, sólo tal vez, sea hora de dejar de huir.

74

Choque de mundos

Rocío

Las puertas del ascensor se abren y el aire se me corta en los pulmones.

NO PUEDE SER.

Ahí está.

Alexander.

Más guapo aún que en mis recuerdos: con esa mirada impenetrable que me desenchufa de la tierra, aunque me empeñe en lo contrario.

Durante un segundo, el mundo entero se congela y solo escucho el eco de mi corazón golpeando en el pecho.

Qué injusto que un solo hombre pueda removerme tanto sólo con aparecer.

Es como si el suelo me temblara bajo los pies, como si todo este edificio —esta empresa en la que él sigue siendo socio mayoritario y que ahora me toca pilotar— quedara reducido a escombros al verlo aquí.

Me arde el orgullo, me tiembla la piel.

Odio que note el temblor en mis dedos.

—Rocío —suelta, con esa voz grave que siempre me sacude por dentro.

Me recompongo, levanto el mentón y me enfundo la máscara de protocolo.

—Señor Lundqvist. Qué sorpresa.

Lo tengo tan cerca que alcanzo a oler su perfume discreto, a limpio y madera. El ascensor pita y alguien tose en el pasillo, pero para mí sólo existe esta frontera de aire entre los dos.

—He regresado para revisar algunos acuerdos.

La frase es neutra, pero en su mirada hay otra historia, una que contradice la excusa.

Entrecierro los ojos, midiendo cada sílaba para no perder las formas.

—¿De verdad? Convendría avisar. Aquí las sorpresas, ya sabe, tensionan a los equipos… y a la dirección.

Su mandíbula se marca apenas. No me pierdo ese gesto: lo conozco. Es su manera de morderse lo que no dice.

La tensión es tan palpable que cualquiera diría que el aire chisporrotea; parece que el ascensor, las lámparas, el pasillo entero contuvieran la respiración con nosotros.

—Vayamos a mi despacho —digo, echando a andar—. Bueno… supongo que hoy es *nuestro* despacho.

Entramos.

Cierro la puerta con un clic que me suena a presagio.

Me apoyo un segundo en la madera para que no tiemblen las rodillas.

Él no dice nada; camina hasta la mesa, deja el maletín y me mira como si hubiera vuelto a una casa que conociera de memoria.

—¿Qué documentos necesita para empezar esa revisión? —logro articular, modulando la voz—. Contratos, métricas, nuevas auditorías…

Él arquea una ceja, casi divertido.

—Sabes de sobra que no he venido a eso. Podría revisarlo todo desde Estocolmo gracias al maravilloso invento de internet.

Me sale de sopetón, sin filtro:

—¿Por qué te fuiste tan rápido?

—Por negocios.

—¿Cuáles? —replico, clavándole la mirada—. Dame el nombre del contrato, la hora de la reunión, el número de la sala. Hazme un informe si quieres, pero no me trates como a una idiota.

Respira hondo. No aparta los ojos.

—Me fui porque iba a seguir haciéndote daño si me quedaba. Porque necesitabas espacio. Porque yo… —traga— no sabía cómo no arrastrarte conmigo a mi guerra con Magnus.

—Espacio —repito, con una risa sin humor—. ¿Eso le llamas a desaparecer y dejarme cargar con toda la empresa? Me dejaste el peso… y tu sombra.

—Lo estás haciendo muy bien —dice, bajando el tono—. Mejor que yo, incluso.

—No me hagas una auditoría —respondo, con el orgullo encendido—. Contesta a lo que te pregunto. ¿A qué has venido?

Da un paso más. El aire se vuelve eléctrico.

—A verte. A recuperarte a ti.

—No soy un trofeo que colgar en tu pared de éxitos —le corto—. ¿Qué vas a hacer distinto esta vez, eh? ¿Mirarme menos como si fuera un problema y más como si fuera una persona?

—Voy a escucharte —dice sin pestañear—. Voy a quedarme si quieres que me quede, o a desaparecer si prefieres que me vaya. Puedo estar en un segundo plano, como socio, no como tirano. Puedo… —hace una mueca leve— aprender.

—¿Aprender a qué?

—A no tener siempre la razón. A no esconderme detrás del trabajo. A decir lo que siento sin convertirlo en un plan.

Me atraviesa una oleada de calor.

Quiero creerle.

No sé si puedo.

—La última vez que me pediste confianza —susurro— me estabas investigando entre líneas mientras intentabas meterte en mi cama.

—Lo sé —asiente, y la sinceridad me desarma más que cualquier caricia—. Y me odio por eso. Me fui y fingí que era por negocios,

pero era por miedo. A ti. A lo que podías hacerme.

Me acerco un paso, casi sin querer.

—No soy tu enemigo, Alexander. Nunca lo fui.

—Lo sé. Y aun así… te traté como si lo fueras. —Se pasa la mano por la nuca—. He dormido poco este mes. O mejor: no he dormido. Sevilla no se me va del cuerpo. Tú no te me vas del cuerpo.

—Bienvenido al club —murmuro antes de tiempo, y me muerdo la lengua.

Nos quedamos callados. Solo se oye el ventilador del portátil y el zumbido de la luz.

Él da otro paso; yo doy uno atrás.

—No voy a tocarte si no quieres —responde en voz baja—. Pero voy a decirlo: he venido porque te echo de menos en todas las versiones posibles. La profesional que me desafiaba. La mujer que me vuelve loco. La persona que convirtió a un tipo frío en algo que, con suerte, calienta.

Se me escapa una risa mínima que detesto y adoro a la vez.

—No me vengas con metáforas. Dame hechos.

—Hechos: he hablado con el consejo para blindar tus decisiones. He traído una propuesta para cerrar definitivamente los contratos dudosos. Y he venido sin agenda ni escolta. Solo yo… y esto. —Se señala el pecho—. El resto, si quieres, lo construimos.

—¿Y si no quiero?

—Te dejaré en paz —contesta sin drama, pero con algo roto en los ojos—. Esta vez, de verdad.

Me acerco lo bastante como para contarle las pestañas.

—Dijiste que venías a recuperarme. Eso no se hace con promesas bonitas, sueco. Se hace con paciencia.

—Sé esperar, española —dice, y me tiembla algo muy hondo cuando añade—: y sé pedir perdón. Perdón por haberte dejado sola. Por haber dudado de ti. Por no haber entendido que estabas sosteniéndolo todo mientras yo me escondía en Estocolmo.

—No me pidas que te crea hoy —respiro, notando la piel arder—. Pídeme que te vea actuar mañana.

Asiente.

Estamos demasiado cerca.

Sus ojos bajan un instante a mi boca.

Mi orgullo levanta muros; mi cuerpo hace rendición.

—No ahora —digo, con una sonrisa —. Ahora no te lo pongo fácil.

—No te estoy pidiendo nada fácil —contesta—. Te estoy pidiendo verdad.

La habitación parece encogerse.

El móvil vibra en mi mesa y ninguno de los dos mira.

Su aliento me roza. Casi se besan nuestros silencios.

—Da un paso atrás —susurro.

—Dime que lo haga —responde.

Trago. Me sostengo a mí misma como si estuviera con los tacones sobre una cuerda floja.

—Paso atrás, Alexander.

Obedece.

Y esa obediencia, ese control que suelta por primera vez, me sacude más que cualquier arrebato.

—Buen chico—añado, buscando aire—. Quizá más tarde te sorprenda con lo que soy capaz de dar.

Sus ojos recorren mi rostro.

Yo me doy la vuelta para no perder la batalla a la primera. Y mientras contengo la respiración, siento la sangre latiendo en mis sienes… y más abajo también.

—¿En tu casa a las ocho?

—Más tarde, ahora soy la jefa y tengo que dar ejemplo y no salir de aquí la primera. Te avisaré.

Cuando sale del despacho, aún tengo la respiración cortada.

Apenas unos segundos después, Iván entra con cara de incredulidad.

—Dime que acabo de ver al *frigorífico andante* salir de aquí —dice, cruzándose de brazos.

Resoplo, me dejo caer en la silla.

—Era él. Ha vuelto. Y dice que ha venido a recuperarme.

Iván silba bajo.

—¿Y qué más quieres que haga ese hombre por ti, Rocío? Si se te está declarando en HD y con subtítulos.

Me rio por dentro.

—Pues no sé… quizá que invente una máquina del tiempo y borre todas las veces que me hizo sentir que no valía nada.

Él me mira fijo, tierno y perspicaz.

—Lo dices con la boca, pero tus ojos dicen otra cosa. Estás enamorada hasta los huesos.

Me cruzo de brazos, altiva, aunque la voz me traiciona con un susurro:

—Tal vez… pero de momento, me toca resistirme. No voy a ponérselo fácil. No después de todo lo que ha pasado.

Y en silencio, admito lo que no me atrevo a decir en voz alta: *quizá una rendición sea posible… si él demuestra que esta vez ha venido para quedarse.*

75

Piel con piel

Alexander

Son las diez de la noche y camino por las calles de Sevilla con el corazón acelerado.

No me creo que al final me haya llamado.

Rocío. Después de todo lo que hemos pasado, de todos los muros levantados, ella ha marcado mi número.

Eso significa que hay un atisbo de esperanza.

Y yo me aferro a esa chispa como un náufrago a la última tabla de madera en medio del océano.

El aire de la noche es tibio, casi pegajoso, cargado de azahares tardíos.

Camino sin prisa, alargando cada paso como si quisiera grabar en la memoria este recorrido.

Por fin estoy frente a su edificio. Alzo la vista, y sé que detrás de esas ventanas está la mujer que me ha puesto de rodillas como nadie.

Cuando abre la puerta, me corta el aliento.

Está guapísima.

No es sólo el vestido —negro, sencillo, ceñido lo justo para enloquecerme—, es la forma en la que me mira, como si quisiera probarme, como si quisiera que me arrepintiera de cada segundo lejos de ella.

Y lo consigue.

Pienso que ha dedicado tiempo a arreglarse, que lo ha hecho para impresionarme.

Me gusta.

Porque lo ha logrado.

—Hola… —mi voz se quiebra un instante, pero no me detengo.

Ella no responde. Solo me deja entrar, y el silencio se convierte en un campo de batalla donde lo único que queda es el deseo. Nos miramos un segundo más, y después nos devoramos.

Literalmente.

Mis labios buscan los suyos con hambre, con rabia, con necesidad.

Y ella me lo devuelve como un incendio que llevaba demasiado tiempo esperando una chispa.

La beso contra la pared del recibidor, mis manos recorriendo la curva de su cintura, su espalda, bajando con descaro hasta sus muslos.

Ella gime en mi boca, me agarra del cuello con desesperación.

El silencio se quiebra en jadeos. El mundo se reduce al roce de nuestras lenguas, al choque de nuestros cuerpos.

La levanto y ella se aferra a mi cintura, rodeándome con las piernas.

Camino a trompicones hasta su dormitorio, entre risas ahogadas y besos salvajes.

La dejo caer sobre la cama, y en ese segundo me parece la visión más perfecta y peligrosa de mi vida.

Me mira con esos ojos ardientes que me condenan y me salvan a la vez.

—Te voy a destrozar —murmuro, arrancándome la chaqueta.

—Ya era hora —responde, con un hilo de voz cargado de provocación.

Y entonces pierdo el control. La ropa se convierte en un estorbo.

Arranco el vestido de su cuerpo, dejando al descubierto esa piel suave que me vuelve loco.

Ella me ayuda, desabrochándome la camisa con torpeza y furia.

El roce de sus uñas en mi pecho me hace gruñir.

Nos acariciamos como si quisiéramos memorizarlo todo de una vez.

Mis labios bajan por su cuello, su clavícula, sus pechos.

Ella arquea la espalda, ofreciéndose, y yo muerdo, chupo, lamo con una voracidad que nunca me permití.

Mis manos se cuelan bajo su ropa interior, apartándola sin contemplaciones.

La encuentro húmeda, hinchada, palpitante. Y la toco con brutal ternura, haciéndola temblar bajo mis dedos.

Sus gemidos me enloquecen. Su cuerpo vibra y yo me hundo en ella sin esperar más. El primer embiste es un choque de mundos, de rabia, de deseo reprimido. Ella grita mi nombre, yo entierro el rostro en su cuello. La embisto con fuerza, sin freno, como si con cada movimiento quisiera borrar la distancia de las últimas semanas.

—Más —gime, clavando sus uñas en mi espalda.

Y le doy más. La tomo con la brutalidad de un hombre que se sabe perdido y encontrado en la misma cama. Cada jadeo, cada espasmo de su cuerpo me arrastra más hondo. El sudor nos cubre, las sábanas se arrugan, el aire se llena de sexo y de amor reprimido.

Cuando llega el clímax, explotamos juntos. Su grito y el mío se funden. Su cuerpo se arquea bajo el mío y me aferro a ella como si se me fuera la vida. Caigo sobre su pecho, jadeando.

Nos quedamos abrazados, respirando con dificultad. Ella acaricia mi cabello, luego se aparta un poco.

—No te emociones todavía —susurra, con media sonrisa rota—. Me ha podido la abstinencia.

La miro fijo, sonriendo con ironía.

—Sé cuándo mientes, Rocío.

—¿Eso es parte de las novedades que traes? —me desafía.

—No. La novedad es que por primera vez puedo decirle a alguien que la quiero.

Se queda helada. Sus labios tiemblan.

—¿A mí?

—No podría haber otra persona.

Me observa largo, como si buscara grietas en mi voz, en mi piel, en mis ojos. Al final asiente, casi imperceptible.

—Me vale —susurra.

—¿Qué es lo que te vale? —le pregunto, sintiendo que me falta aire.

—Esas dos palabras. Como un hecho.

Sonrío, con el corazón en la garganta. Quiero darle más, todo lo que nunca dije.

—Eres lo más inesperado y lo más perfecto que me ha pasado, Rocío.

Ella traga saliva, sus ojos brillan.

—Dímelo en sueco.

Me acerco a su oído y lo susurro en mi idioma, despacio, como si cada sílaba fuera un pacto.

—*Jag älskar dig.*

Ella cierra los ojos, y cuando los abre tiene una sonrisa torcida, andaluza hasta la médula.

—Pues yo también te quiero, maldito sueco. Y voy a darte otra oportunidad… porque sería tonta si no lo hiciera.

Me quedo sin palabras. Solo la beso de nuevo, esta vez lento, con reverencia.

Y mientras la abrazo, pienso que el arrepentimiento pesa, pero el amor verdadero redime. He pasado mi vida corriendo detrás de negocios, de cifras, de poder… y ahora sé que todo era un ensayo para llegar aquí.

A ella. A nosotros.

76

El presente que cuenta

Rocío

Alexander duerme a mi lado. Su respiración acompasada llena la habitación como un arrullo, y por primera vez en mucho tiempo me siento en paz. He pasado noches en vela, con miedo, con rabia, con la duda clavada como un cuchillo en el pecho. Y ahora, después de tanto dolor y tantas contradicciones, lo único que puedo pensar es que he sobrevivido.

Que hemos sobrevivido.

He aprendido a golpes que el orgullo es un abrigo pesado: calienta al principio, pero al final solo cansa y aísla.

Y yo no quiero vivir aislada.

No quiero hacer sufrir a quienes amo por defender una coraza que ya no me representa.

Prefiero desnudar el alma y dejar que me hieran antes que perderme la posibilidad de amar de verdad.

Con Alexander he vivido un huracán de contradicciones: el deseo más feroz y la traición más amarga; la pasión que me quema y la decepción que me rompe. Pero también he encontrado la ternura que nunca esperé, la entrega que nunca pedí y la mirada de un hombre que, aunque imperfecto, me ha hecho sentir única.

Decido quedarme con lo bueno.

Con lo que me hace fuerte.

Con lo que me da vida.

No sé lo que nos deparará el futuro. Quizá mañana volvamos a discutir, quizá el mundo se derrumbe a nuestro alrededor. Pero aquí y ahora, con su cuerpo descansando junto al mío, lo único que importa es este presente.

Este instante.

Este regalo inesperado que puede convertirse en algo hermoso si nos atrevemos a cuidarlo.

Lo miro y sonrío.

El maldito sueco ha conseguido derretir mi hielo.

Y mientras él duerme tranquilo, yo me prometo a mí misma no volver a dejar que el miedo marque mis pasos.

Porque el presente, con él, puede ser tan brillante como me atreva a soñarlo.

Epílogo

Dos años después

Alexander

El aire frío de Estocolmo golpea mi rostro mientras observo la ciudad desde la cristalera de la nueva sede que inauguramos hoy.

Nunca pensé que volvería a sentirme en casa aquí, pero la vida tiene maneras extrañas de recolocar las piezas.

Dos años han pasado desde aquella noche en Sevilla en la que casi lo pierdo todo.

Magnus se retiró, como le exigí. Aún lo veo de vez en cuando; vive en una casa modesta junto al mar, más cerca del silencio que del ruido de los negocios. Nuestra relación no volvió a ser la misma, pero tampoco lo lamento. Aprendí a verlo no solo como el hombre que me dio la vida, sino como el espejo de todo lo que no quiero ser.

Y quizá eso también es una forma de reconciliación.

Iván… ese cabrón sigue siendo el mismo. Rocío dice que es su brújula moral, yo digo que es su bufón personal. Abrió su propio estudio de consultoría, y cada vez que lo veo reír con ella en las videollamadas, recuerdo aquella noche en la que casi lo acusé de ser algo que nunca fue.

Él se lo tomó con humor, como siempre, pero todavía cargo con la vergüenza de haber dudado.

Y Rocío… ella se convirtió en lo que siempre debió ser: la mujer al frente. Dos años después, sigue siendo la CEO en Sevilla, respetada incluso por quienes antes la miraban por encima del hombro. Ha tomado decisiones valientes, muchas veces más firmes de lo que yo habría imaginado. Cuando la veo moverse entre accionistas y proveedores, sé que hice lo correcto: poner mi fe en sus manos.

Nuestro amor… no fue sencillo. No lo es todavía. Hemos discutido, nos hemos enfrentado, hemos estado a punto de romper más veces de las que confieso. Pero aquí estamos, juntos, contra todo pronóstico. A veces pienso que lo nuestro es como esas tormentas que descargan con furia sobre el mar báltico: intensas, impredecibles, pero que al final dejan el aire más limpio.

Hoy, mientras el auditorio aplaude el nuevo acuerdo internacional que Rocío cerró —sí, ella, no yo—, me doy cuenta de que ya no soy el hombre que llegó a Sevilla a poner orden. Soy el hombre que aprendió a arrodillarse ante lo que de verdad importa. Ella me enseñó que el poder sin amor es una victoria hueca.

La busco entre la multitud. Y ahí está. Vestida de negro, con ese brillo en los ojos que nunca se apaga. Sonríe al verme mirarla, y siento el mismo puñetazo en el pecho que aquella primera vez en el tablao flamenco.

Dos años después, sigo ardiendo igual.

Me acerco al atril, y mientras empiezo mi discurso, mis pensamientos no hablan de cifras ni de mercados. Hablan de ella, de la mujer que me devolvió el pulso.

Y sé que, pase lo que pase, este epílogo no es un cierre. Es el comienzo de todo lo que aún nos queda por vivir.

SERÍE JEFES NÓRDICOS

Libro 1: ¡Ayuda! Mi jefe es un Highlander.

Libro 2: ¡Socorro! Mi jefe es un Vikingo.

Libro 3: ¡Auxilio! Mi jefe es un Bárbaro.

Encuéntrala aquí:

https://www.amazon.es/dp/B0FD9XXPVM

Otros títulos de la autora:

https://www.amazon.es/stores/Olga-Andreu/author/B08P9YJYWK